25

«Krupp..., ha sido usted condenado»

En las postrimerías del otoño de 1945, cuando los primeros fríos hicieron que los chiquillos se abrigasen con las recortadas guerreras de la Wehrmacht de sus padres, cuando las muchachas alemanas se entregaban a los soldados por un cartón de cigarrillos y las madres cambiaban valiosas porcelanas de Dresde por unas piezas de pan, todos los miembros de la familia Krupp, con excepción de Alfried, Bertha y Gustav, seguían adelante. Ninguno de ellos tenía la menor idea del lugar donde podían estar los demás. Berthold, según declaró más tarde, se dedicó a errar «como un vagabundo por toda Alemania». Harald se hallaba protegido por su nombre falso en un campo para prisioneros de guerra en Rumania, mientras que se ignoran los pasos de Waldtrau e Irmgard por aquella época. Ursula von Wilmowsky, Von Waldhausen y su marido Rolf vivían como intrusos en una casa abandonada de Essen. Lo último que supo Ursula de sus padres era que habían logrado salir de su pesadilla y que estaban de vuelta en Marienthal, seguramente acogiendo de buen grado a los antiguos campesinos que regresaban de la contienda, y proyectando nuevas siembras y cosechas. La hija de Bárbara no tenía completa seguridad de esto último, pero los Wilmowsky habían cuidado de sus campesinos ya setenta y cinco años antes de que Sajonia se convirtiera en reino. ¿Qué otra cosa podían hacer? (1).

Lo cierto —la joven no lo hubiese creído, de haberse enterado— era que sus padres habían quedado en la calle, prácticamente con lo que llevaban puesto, tan desvalidos y hambrientos como los demás fugitivos que les rodeaban. «¿Su cuñado es Krupp?», preguntó un oficial del Ejército Rojo a Tilo, en el mes de setiembre. El barón asintió, y el oficial ruso le dijo que su propiedad quedaba confiscada. El castillo de cuatro pisos sería convertido en hogar para niños desamparados; las tierras servirían para instalar una granja colectiva. Al día siguiente un mensajero llevó a los Wilmowsky una nota por la que se les ordenaba desalojar la mansión en las siguientes veinticuatro horas. Se les permitiría llevar bolsos o mochilas, pero no otra clase de equipaje voluminoso. Una de las cosas que Bárbara se llevó fue su álbum de recortes, que conservaba de toda la vida. Luego, de un viejo baúl extrajo un reloj de pared forrado de cuero que Fritz Krupp le había comprado en París un mes antes de que estallase la guerra franco-prusiana. El reloj era el único

recuerdo que conservaba de su niñez, y pidió a una criada que lo escondiese en el campanario de la iglesia. (Años más tarde llegó en buen estado a Villa Hügel, en un paquete sin remitente.) Al dejar Marienthal, según explicó Bárbara más tarde, con un resignado encogimiento de hombros, «nos echamos los sacos a la espalda y partimos». Indudablemente no podían llegar al Ruhr a pie, pero eso no era necesario. A diferencia de los desplazados que le rodeaban, la anciana pareja pertenecía a la antigua aristocracia, y sus propiedades estaban diseminadas por toda Alemania. Una de las de Bárbara se hallaba justamente al otro lado de la frontera de Alemania Occidental, cerca de Kassel. Hacía años que no había ido allí, y la finca era pequeña, pero lo suficiente amplia para acogerlos durante el invierno. Sobrevivieron mediante el intercambio de productos. Entregaban a los vecinos preciados vinos de la bodega, leña de los bosquecillos de la finca. A su vez, recibían pan negro, leche, huevos y un pollo de vez en cuando (2).

La hermana de Bárbara se encontraba en una situación más delicada. En Blühnbach, Bertha pudo estar rodeada de comodidades, pero también ella había sido desalojada de su castillo. Los padres de Alfried se hallaban bajo la custodia del ejército norteamericano. El *Alpenfestung* privado de los Krupp era un lugar muy conveniente, de modo que los comandantes ordenaron a la abuela de cincuenta y nueve años que trasladase a su viejo esposo de setenta y cinco a una posada de la carretera vecina. Gert von Klass nos ha dejado una emotiva descripción de cómo, mientras sus parientes se buscaban frenéticamente unos a otros, Gustav yacía.

> «...en una posada de carretera cercana a Blühnbach, donde los autocares interurbanos se detenían a veces. El lugar no estaba alejado de su propiedad, que era ahora lo único que le quedaba. Incapaz de realizar cualquier movimiento, recibía los cuidados de Bertha Krupp y de una enfermera. Algún conductor de autobús ayudaba incluso a hacerle la cama... [Gustav] fue examinado por médicos norteamericanos, los cuales se limitaron a encogerse de hombros. El centinela siguió sentado cerca de la puerta del cuarto, donde el inválido, entre su bruma mental, se hundía en un silencio sin fin [*Der Wachtposten sitzt nach wie vor neben der Türe des Krankenzimmers, in dem der Gelähmte seinem Ende entgegendämmert*]. La mujer se había acostumbrado a la presencia del soldado, y apenas si se daban cuenta de que estaba allí.» (3).

Berthold, en cambio, no se había olvidado del centinela, ni de la acusación que pesaba sobre su padre. Si los vencedores querían ahorcar a un Krupp, era él, Berthold, el único de la familia que estaba en libertad para ir y venir, para hacer algo positivo. Mientras buscaba dinero para la defensa en Essen, llegó hasta él el rumor de que Carl Görens había muerto. Era cierto. El profundo estado de depresión causado en Görens por el deceso de su hijo en el campo de batalla, hizo que el ex director se arrojase desde una torre del Schloss Vehlen, el castillo de Westfalia donde Alfried y sus inmediatos colaboradores se hallaban encarcelados. Berthold debía verificar el hecho, pues había contado con el presunto finado como testigo principal. Al fin y al cabo, Alfried, Görens y Löser dirigieron en una ocasión la Firma a modo de triunvirato; Löser, según ahora se sabía, no fue digno de fiar políticamente, y sin duda suministraría ahora pruebas comprometedoras.

Partiendo del Hauptverwaltungsgebäude, el hermano de Alfried indagó hasta encontrar la residencia de Görens en Hohenzollernstrasse. Los informes que obtuvo eran limitados, ni siquiera sabía que dos días antes

el Direktorium había sido metido entre rejas. En su primer viaje a Essen, después de tanto tiempo, se dio cuenta de los daños que los bombardeos habían causado a la ciudad durante la guerra. Comprobó consternado que Hohenzollernstrasse había desaparecido. La RAF llegó a arrasar totalmente la calle, y no quedaban casas, jardines, aceras, farolas, pavimento, ni alcantarillado, siquiera.

Un desconocido le dijo que el *Direktor* había muerto. En el Essener Hof trató de verificar el informe. Un oficial poco comunicativo le contestó: «No se lo diré. Lo único que puedo informarle es que se encuentra mejor de lo que está usted». (Berthold encontró más tarde a frau Görens, la cual se dirigió al castillo, se enteró de que había muerto su esposo, y le permitieron que enterrase sus restos.) El que encontrase tanta oposición, según pudo al fin enterarse Berthold, se debía a que llevaba el nombre de Krupp. «Mi apellido es Von Bohlen und Halbach», manifestó. «Usted es un Krupp, Krupp, Krupp —repuso el oficial, apoyando su índice contra la solapa una vez elegante y ahora ajada—, y si se le encuentra dentro de los límites de la ciudad de Essen después del anochecer, será fusilado.» (4).

El barón Von Wilmowsky se enteró de todo, y al saber de las peripecias de Berthold dejó a Bárbara en la propiedad de Kassel y fue a ayudar a su sobrino. Aunque Tilo no era un Krupp, su esposa llevaba ese apellido, lo cual era suficiente para los ingleses. Ninguno de los dos obedeció el mandato de las autoridades. Actuaban sólo por la noche, y de día se ocultaban en el desván de la casa de Ursula von Waldhausen. Más tarde Berthold halló a Jean Sprenger, un viejo amigo en una esquina de Bredeney, cuando ya había anochecido. Hijo de un Schlotbarone, asimismo, Sprenger fue condiscípulo de Berthold en la Universidad de Munich, y su hermano fue también compañero de clase de Harald en el Realgymnasium de Essen. Este hermano, como Harald, había muerto. Jean, en cambio, seguía con vida. Alto, rubio, atlético, era como una especie de ejemplo del ideal ario de Goebbels, y parecía indestructible. Como oficial de infantería soportó cuatro inviernos en el frente oriental, y ahora aparentaba más fortaleza que nunca, aunque estaba algo más delgado.

En cierto modo, Sprenger resultaba decepcionante. Parecía un hombre duro, de acción, y sin embargo era un artista. Llegó a ser uno de los más cotizados escultores de Alemania, durante la posguerra. Se había instalado en la casa desocupada de uno de los directores de la Firma, el cual estaba encerrado entonces en el castillo de Vehlen, y reconstruyó una parte del edificio para que le sirviera de estudio. Ofreció a Berthold compartir la casa —el destino les llevaría a convivir durante los diez años siguientes—, y hacer lo que pudiese para defender a los Krupp (5).

Sprenger no pudo sin embargo hacer demasiado, igual que el barón Tilo. En esencia la tarea de Berthold era para un solo hombre, y se hallaba sembrada de dificultades que hubiesen desanimado a cualquiera que no fuese un hijo valiente y fiel. Berthold nada sabía de lo ocurrido en Essen en los anteriores diez años. Estuvo en Oxford durante el período previo a la guerra, luego en la Wehrmacht, y más tarde colaborando en investigaciones sobre la penicilina. Su padre poco había hecho para inspirar afecto paternal, y Alfried siempre se mostró frío y reservado con él; pero Berthold sabía bien lo que su madre sentía por Gustav y por su hijo mayor, y el joven idolatraba a Bertha. De ahí que se pusiera él mismo a prueba. El más frágil de los cuatro hermanos, por su aspecto, viajó incansablemente en trenes renqueantes, aguardó en estaciones frías y húmedas, siempre de camino entre el Ruhr, la posada de autobuses, las oficinas de los abogados, y Nuremberg.

Había pocos asientos libres en los vagones del ferrocarril, en aquel

invierno y durante el verano siguiente, en Alemania. Berthold vagaba por una especie de manicomio de 143.200 millas cuadradas. Estaba procurando contratar abogados en un país europeo cuya moneda nacional eran los cigarrillos norteamericanos, y recogiendo pruebas en un Reich reducido a la mitad del territorio de Francia —cuarenta y ocho millones de personas se hacinaban en un espacio de terreno más estrecho que la distancia que hay de Washington a Nueva York—, un imperio humillado en el que los puentes sobresalían medio hundidos en sus cauces, y las autopistas —de sólo diez años de antigüedad— estaban reducidas a fragmentos por las recias huellas de los tanques; una nación cuyas iglesias eran armazones calcinados, donde las ciudades apestaban con el hedor de los cadáveres y las aguas del alcantarillado; donde los niños se desplomaban en las escuelas por falta de alimento, los antiguos dirigentes vivían escondidos, los aristócratas sobornaban a los cocineros para que les cedieran un puesto como lavaplatos en las rebosantes cocinas de los ejércitos vencedores; donde las condesas usaban medias llenas de agujeros, y los obreros trabajaban al aire libre con zapatos que muchas veces carecían de suelas, y con ropas hechas girones. La gente más próspera, en aquella extraña tierra, eran los traficantes del mercado negro. Y la lucha por la vida se hizo más dura con la llegada de ocho millones de aterrados fugitivos que procedían del Este, y luego con la administración de los Gobiernos de ocupación de las tres potencias victoriosas, con un invitado adjunto, Francia (6).

En el centro de este torbellino, paradójicamente, descansaba la salvación de la dinastía. Haciendo trueques con «Lucky Strikes», durmiendo en los bancos de las estaciones, Berthold parecía tener pocas probabilidades frente al juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos, Robert H. Jackson. Y sin embargo, le derrotó y salvó la vida de su hermano. A decir verdad, el juez Jackson contribuyó a su propio fracaso. De no haber insistido tanto en que el culpable de los Krupp era Gustav, o de no haberse producido una increíble deficiencia legal, Alfried tal vez hubiera sido sentenciado sin remedio. Pero en gran parte, el error de los acusadores aliados al querer colocar al verdadero Krupp en el banquillo de Nuremberg se debió a un defecto en el sistema de comunicaciones. Alemania se hallaba entonces en tal estado de anarquía, que hasta los vencedores tenían dificultades para comunicarse entre sí. Los médicos norteamericanos redactaron un informe acerca de la incapacidad de Gustav, pero este documento no llegó a poder de Jackson, que desde el mes de mayo era el acusador principal de Estados Unidos, para crímenes de guerra. Thomas Harris, un joven y destacado abogado de Nueva York fue el primero en descubrir que los documentos existentes del Konzern exigían el proceso del cuarto Kanonenkönig, y no el de su padre; pero el escrito donde constaba el hallazgo de Harris no llegó hasta el escritorio de Jackson.

Estos documentos eran de importancia vital. De haber llegado a manos del juez norteamericano, o bien a sir Hartley Shawcross, de Gran Bretaña; o al general R. A. Rudenko, de la Unión Soviética; o a François de Menthon y Auguste Champetier de Ribes, de Francia, los acusadores colegas de Jackson, es muy improbable que Alfried Krupp hubiese salido de Nuremberg con vida. Aquel primer tribunal era un cuarteto de jueces implacables. Veintidós acusados se habían visto frente a él, y de ellos doce fueron condenados a la soga. Uno de éstos, Hermann Goering, se quitó la vida ingiriendo una cápsula de cianuro en la víspera de su ejecución.

Goering, evidentemente, habría sido condenado por cualquier tribunal aliado, pero los que estudiaron a fondo el proceso admiten que varios

de los once hombres ahorcados en el Palacio de Justicia en la mañana del 16 de octubre de 1946, fueron víctimas de los tiempos. Alfred Jodl, por ejemplo, habría sido perdonado sin duda por otro tribunal, en fecha algo posterior. Militares mucho más culpables —como Manstein, Kesselring y Erich von dem Bach-Zelewski, que dirigió la sangrienta represión de las SS durante la rebelión en Varsovia—, quedaron libres al cabo de pocos años. Incluso uno de los jueces que sentenció a Jodl, declaró más tarde que ese veredicto fue un error, y se hizo un desagravio a su viuda (7). Jodl murió por sólo una pequeña fracción de los crímenes de que fue hallado culpable Alfried más tarde, y por los cuales habría sido condenado ante el primer tribunal. La suerte favoreció a Krupp; la abnegación de su hermano le ayudó igualmente, lo mismo que el desliz de Jackson; pero lo que más le benefició fue el desbarajuste nacional que él tanto había contribuido a crear. En medio de la confusión, logró evitar la acción de la justicia enemiga durante el tiempo necesario.

Para los alemanes de la generación de la guerra, el nombre de Nuremberg es sinónimo de desgracia. Y lo es porque esa ciudad fue la cuna del nacionalsocialismo —el sueño que les traicionó—, y porque allí el enemigo vencedor les impuso su justicia foránea. Durante los procesos se adoptaron los procedimientos legales anglosajones, decisión protestada razonablemente por la defensa, ya que les colocaba en evidente desventaja. El periódico de Francfort *Die Neue Zeitung* resumía hábilmente las desventajas con que se enfrentaban por tal razón los acusados. En Europa se acostumbraba a que el juez tuviera a su alcance el legajo del acusado, se le suministrasen todos los detalles concernientes a la investigación; se confiaba más en la palabra oficial que en la de los ciudadanos privados, y por fin, el juez tenía autoridad para prohibir los interrogatorios en ciertos casos. Pero ahora todo aquello era diferente. Los jueces escuchaban mientras los abogados acusadores y defensores llevaban el caso. Los acusados eran considerados inocentes mientras no se probase su culpabilidad. Sólo se tenía en cuenta lo que se decía en la sala, bajo juramento. Todo testigo era sometido a interrogatorio, y el acusado debía guardar silencio a pesar del perjuicio que pudiera inferírsele, regla que se siguió en todos los juicios de Nuremberg menos en uno, el caso de Krupp (8).

Era evidente que los alemanes no podían procesar a sus mismos súbditos. En Versalles se juzgó a un centenar de germanos, de los cuales sólo fueron condenados a prisión seis, mientras que el resto eran absueltos. Sin embargo, hasta los mismos dirigentes aliados tenían ahora sus reservas acerca de los nuevos procesos. El secretario de Estado norteamericano Cordell Hull era partidario de que se juzgase a los dirigentes alemanes en un consejo de guerra sumarísimo. Winston Churchill, también de acuerdo, hablaba de sacar a los dirigentes nazis una mañana de la cárcel y fusilarlos. Pero Hull había renunciado en 1944, y el electorado británico desalojó a Churchill de la jefatura del Gobierno inglés. La mayoría estaban de acuerdo con Walter Lippmann, el cual comparaba el caso de Nuremberg con la Carta Magna y la Ley de Derechos, en cuanto a valor histórico. El presidente Truman consideró que se creaba un nuevo y brillante sendero para la justicia internacional. El *New York Times* coincidió en esa opinión, y nadie sintió esa cruzada espiritual más a fondo que el juez Robert Jackson, quien se trasladó a Baviera convencido de que era un representante de la moralidad y la justicia histórica (9).

«La totalidad de la acusación —escribió Eugene Davidson en su estudio acerca del Tribunal Militar Internacional— estaba resumida en el

deseo de juzgar a un miembro de la familia Krupp», y Jackson era su principal mantenedor. Cuando el acta de acusación fue firmada el 6 de octubre, en Berlín, el norteamericano estableció que la dinastía alemana era uno de los instrumentos de agresión teutónica más poderosos. Ya el caso contra Gustav era formidable por sí solo. Basado en documentos de la anteguerra, había sido completado durante la contienda y le hacía partícipe principal del rearme secreto del Reich y de la agresión nazi. Se había reservado ya un puesto para él en la segunda fila de los banquillos de los acusados, en el Palacio de Justicia de Nuremberg. El y Karl Dönitz tomarían asiento detrás de Goering y Hess, en compañía de Sauckel, Seyss-Inquart, Speer, Ernst Kaltenbrunner —jefe del SD—, y el antiguo compinche de Hitler, Julius Streicher, entre otros (10).

El 20 de octubre la Prensa reflejó los primeros rumores acerca de la enfermedad de Gustav. Nadie se molestó en investigar la certeza de los mismos, hasta que, el 4 de noviembre, su abogado presentó dos certificados médicos, fruto de los afanes de Berthold. Uno estaba firmado por el doctor Karl Gersdorf, de Werfen, Salzburgo, con fecha 9 de setiembre. El otro llevaba la rúbrica del doctor Otto Gerke, de Bad Gastein, con fecha 13 de setiembre. Ambos solicitaban que se postergara el proceso contra el paciente hasta que su salud le permitiese comparecer. A la acusación este hecho le pareció una treta, una artimaña tan familiar para los abogados anglosajones como para los europeos. A pesar de todo, el tribunal nombró una comisión médica para que examinase al acusado. El *Lord Justice* Geoffrey Lawrence, de Gran Bretaña, presidente del tribunal, reunió un equipo médico impresionante, integrado por el general de brigada R. E. Turnbridge, jefe médico del ejército británico en el Rhin; el doctor Bertram Schoffner, un neuropsiquiatra norteamericano; el doctor René Piedelièvre, profesor de Medicina de París, y tres especialistas soviéticos. Los seis médicos se presentaron en la posada de la carretera en la mañana del 6 de noviembre, dos días después de que el abogado de Krupp hubiese entregado su alegato. Bertha y la enfermera condujeron a los facultativos hasta el lecho del enfermo, el cual les acogió con dos palabras, dichas con ronca voz: «*Guten Tag*», e inmediatamente volvió a su estado de semiinconsciencia. Al día siguiente el juez Lawrence leyó sus conclusiones ante el perplejo equipo de abogados aliados:

> «Unánimemente convenimos en que el paciente sufre de reblandecimiento senil del cerebro... y que el estado de su salud es tal que se halla incapacitado para seguir los procedimientos ante el tribunal, y para comprender o colaborar en cualquier interrogatorio. El estado físico del paciente es tal que no puede ser trasladado sin peligro de su vida. Creemos, después de las debidas consideraciones, que su condición no tiene probabilidades de mejorar, sino más bien de empeorar. En consecuencia, sustentamos la opinión unánime de que [el acusado] jamás estará en estado físico o mental como para presentarse ante el Tribunal Militar Internacional.» (11).

El tribunal en cuestión consideró el asunto con todo cuidado, pero a la luz del inexpugnable lenguaje empleado por los médicos, no había duda sobre la decisión que iban a tomar, y el 14 de noviembre, en una audiencia preliminar, los acusadores, solicitando un proceso *in absentia,* se enfrentaron con el juez británico, que era el presidente. «¿Considera usted —preguntó Lawrence a Jackson— que sería justo sentenciar a un hombre que a causa de su enfermedad no está en condiciones de defen-

derse adecuadamente?» El norteamericano, desconcertado, contestó negativamente. Lawrence se volvió entonces hacia sir Hartley Shawcross y dijo:

LAWRENCE: ¿Está de acuerdo conmigo en que según las leyes de Gran Bretaña —así como las de Estados Unidos—, un hombre en la situación mental y física en que está Gustav Krupp debe ser considerado como incapacitado para el proceso?
SIR HARTLEY: Sí, estoy de acuerdo (12).

Por consiguiente, el tribunal falló contra un proceso *in absentia* contra Gustav, si bien Martin Bormann sería juzgado de ese modo, y luego condenado a muerte. Tres días después de tomar la primera decisión relativa a Krupp, los jueces anunciaron que se postergaba indefinidamente la acción judicial contra Gustav, añadiendo que sería llevado al banquillo cuando estuviera en condiciones. Esa misma noche el jefe de la acusación se reunió con Jackson y Charles Dubost, el abogado francés, y propuso el procesamiento de Alfried. Sir Hartley se mostró de acuerdo en ello. El general Rudenko, el ruso, estaba dispuesto por su parte a condenar a Alfried y a Gustav sin más tardanza.

Debatir el curso a seguir era una cosa, y presentar el caso ante los tribunales era un asunto distinto, y cuando Dubost y Jackson se dirigieron al tribunal aquel viernes, invalidaron el verdadero caso contra Alfried. Es evidente que Jackson no pudo examinar todas las pruebas a su disposición, ya que los documentos de las SS, solamente, llenaban seis vagones de carga, pero de todos modos, era un juez del Tribunal Supremo. Estaba al corriente de los procedimientos legales y su error es incomprensible. Puesto que el padre no podía sentarse en el banquillo, arguyó, el hijo debería ocupar su lugar, basándose en que «no podía causarse mayor perjuicio a la paz futura del mundo, que librar a la totalidad de la familia Krupp de aquel proceso».

De aquí partió la leyenda de que Alfried estaba pagando los delitos cometidos por Gustav. El juez Lawrence no quiso tomar parte en el asunto, y declaró: «Este no es un partido de fútbol, en el que un jugador puede sustituir a otro que está lesionado». Luego preguntó secamente si tal proposición sería aceptada por un tribunal norteamericano. Una vez que Jackson hubo admitido que no sería aceptada, Dubost planteó una pregunta parecida. A su vez, el juez francés inquirió a su compatriota: «¿Cree usted realmente que puede solicitar al tribunal que sustituya un nombre por otro, en ese documento de acusación?» La respuesta de Dubost fue también negativa; Lawrence le dio brevemente las gracias, y el tribunal convino en que el asiento de Krupp, en el banco de los acusados, permanecería vacío (13).

Sin embargo, las investigaciones hechas sobre la conducta de Alfried durante la guerra, habían convencido a los miembros más jóvenes del equipo de la acusación, de que el propio Alfried Krupp tenía considerables cargos de qué responder. Reunidos en una sesión extraordinaria aquel sábado, los miembros del tribunal escucharon la relación de esos argumentos a sir Hartley, De Menthon y Champetier de Ribes. Los jueces se mostraron indecisos. Quedaba poco tiempo, y la iniciación de las declaraciones se había establecido para el lunes. Por consiguiente, el tribunal decidió que si bien Alfried Krup quedaría excluido del actual proceso, sería enjuiciado «inmediatamente después de concluirse el presente juicio». Tal vez ante la realidad de este hecho en la mente, Jackson hizo su conmovedor alegato ante el tribunal: «Se encuentran ante los documentos de este proceso como el ensangrentado Gloucester se hallaba

ante el cuerpo de su soberano asesinado. El dijo a la viuda, como ellos les dicen a ustedes: "No, yo no le he matado". Si ustedes dijesen que estos hombres no son culpables, sería lo mismo que decir que no hubo guerra, que no hubo muertes, que no hubo crímenes» (11).

Así fue como al símbolo industrial de la «furia teutónica» le fue concedido un respiro. Este lapso duró mucho más de lo que nadie habría creído posible entonces. Dos años pasarían antes de que Alfried entrase en la sala del Palacio de Justicia, como acusado principal, ocupando el banquillo donde se sentara Goering, al final de la fila. El juzgarle «inmediatamente después» del suicidio de Goering y de las ejecuciones de Ribbentrop, Jodl, Keitel, Kaltenbrunner, Rosenberg, Frank, Fritz, Streicher, Sauckel y Seyss-Inquart demostró ser imposible. Y durante el tiempo transcurrido, tanto en Alemania como Europa y el mundo entero habían cambiado más allá de lo concebible.

En el devastado Reich, al concluir el proceso de nueve meses contra los principales jefes nazis, la confusión había aumentado, en lugar de disminuir. Cada uno de los testimonios presentados ante el Tribunal Militar Internacional creó una nueva cadena de acusaciones. Los exhaustos funcionarios tuvieron que traducir y copiar cien mil nuevos documentos. La Comisión de Crímenes de Guerra de la ONU tenía ahora una lista de 36.800 sospechosos, y los rusos, que por aquellos días estaban irritados con todo el mundo, procuraban boicotear a la comisión. Algunos testigos fundamentales para el proceso de Krupp estaban escondidos. Miles de nazis emigraron a Egipto, o siguieron la improvisada ruta de Otto Skorzeny a través de España hasta la Argentina; ésta ofreció «asilo político» a fugitivos tales como el doctor Fritz Mengele, quien no fue precisamente acusado de haber sostenido opiniones políticas poco gratas, sino de haber matado a millares de personas en los campos de concentración. Mientras tanto, los ex esclavos de Krupp trataban de regresar a sus hogares o se desvanecían entre las masas de los campamentos de personas desplazadas. Los acusadores aliados colocaron avisos en los periódicos solicitando a los supervivientes de los campamentos de Krupp que se presentaran ante el tribunal, pero la mayoría de ellos ya estaban hartos. Querían dejar Alemania de una vez para siempre, y como no había fuerza legal para detenerles, la mayor parte de las pruebas se evaporaron.

Sin embargo, el motivo principal de la demora fue la disgregación del Tribunal Militar Internacional. Repetidas veces, durante el juicio, la posición de las tres democracias occidentales se había visto comprometida por su desconcertante aliado del Este. *Tu quoque* (tú, también) es una antigua estratagema legal, una réplica que inculpa al acusador de haber cometido los delitos imputados al que se sienta en el banquillo, y los nazis que subieron al estrado de los testigos emplearon ese recurso en numerosas ocasiones contra el general Rudenko. Al acusársele de haber violado el territorio de Polonia, los alemanes podían contestar que la Unión Soviética se había unido a aquella operación. Si se les inculpaba de matanzas, no tenían más que mencionar el exterminio de 11.000 soldados polacos llevado a cabo por el Ejército Rojo en el bosque de Katyn, un crimen perfectamente comprobado por los servicios británicos y norteamericanos de Inteligencia, y por las investigaciones de los propios polacos (15).

La sospecha de que un ensangrentado Gloucester se hallaba entre aquellos que administraban la justicia, inquietaba a británicos, galos y norteamericanos. Los rusos no se sentían mucho más felices. No les hacía gracia que les acusaran ante un tribunal libre. Sus abogados estaban

acostumbrados a juicios en los que el reo recitaba una confesión preparada de antemano. La policía soviética quería incluso emplear el *Sippenhaftung*, la detención de parientes de los acusados, para intimidar a estos últimos. Con escalofriante franqueza eslava los abogados rusos explicaron que los hombres que estaban bajo su custodia eran culpables —después de todo, para eso se los había detenido—, y que esperaban que todo nazi sentado en el banquillo fuese ahorcado. Por consiguiente, cuando el tribunal sólo sentenció a Hess, Funk, Dönitz, Raeder, Speer y Von Neurath a prisión, y absolvió a Schacht, Von Papen, y Fritzsche, los soviéticos armaron un alboroto en el Justizpalast. En el futuro, manifestaron, ellos celebrarían sus propios procesos (16).

Así lo hicieron, y lo mismo hizo toda potencia europea que había estado en guerra contra Alemania. El Pentágono sugirió que Estados Unidos se retirasen también del tribunal, pero hombres de peso en el Gobierno Militar norteamericano, sobre todo los generales Clay y Taylor se opusieron firmemente. Un miembro de las SS que hubiese asesinado a un parisiense podía ser juzgado en París como criminal de guerra, pero los criminales de guerra principales eran otro asunto; habían cometido crímenes que afectaban a todo el continente. Norteamérica, la potencia transatlántica, tenía allí una especial responsabilidad. En el Gobierno Militar norteamericano se hallaban los libros con los casos de 1.762 alemanes, comprendidos 420 que más tarde serían condenados a muerte por atrocidades cometidas en Dachau. De aquéllos, 199 fueron acusados de crímenes de guerra importantes. Clay y Taylor agruparon a los prisioneros en doce casos, que comprendían miembros de escuadras de exterminio, «experimentadores» médicos, torturadores, y otros más. De éstos, Krupp, debido tal vez a la acumulación de datos, sería el caso número diez. Conforme se aproximaba la fecha del proceso, los rumores de descontento se hicieron más intensos en la comunidad internacional; pero, según recordó más tarde el general Taylor, «el general Clay me apoyó firmemente. Nació en Marietta, Georgia, una población muy pequeña, y posee la rural desconfianza de los sureños hacia los "astutos banqueros"» (17).

A lo largo de todo el invierno y la primavera de 1946-1947, la acumulación de pruebas prosiguió incansable, a pesar de la retirada de algunos aliados, de la indiferencia de los ya aburridos corresponsales extranjeros, y del creciente sentimiento de la administración Truman de que los alemanes debían ser atraídos al bando occidental, en la guerra fría. El mayor obstáculo con que tropezó la acusación fue el decreto del presidente del Tribunal Supremo norteamericano, Fred Vinson, por el cual a los magistrados federales no se les concedería permiso para actuar en el tribunal de Nuremberg. Sin desanimarse, Clay estudió los juzgados estatales y logró reunir a los magistrados más competentes. El tribunal que juzgaría a Krupp estaría compuesto por el juez H. C. Anderson, del Tribunal de Apelación de Tennessee; el juez Edward J. Duly, del Tribunal Supremo de Connecticut, y el juez William J. Wilkins, del Tribunal Supremo de Washington.

Todo esto requirió bastante trabajo, y el tiempo obraba en favor de ambas partes. A lo largo de dos años el general Taylor reunió un equipo capacitado de abogados (expulsó a un eminente burócrata que quería juzgar a Bertha Krupp). Rawlings Ragland, el joven jurisconsulto de Kentucky que encabezaría la acusación contra Krupp, distribuyó los cuatro cargos principales entre sus diez ayudantes. Se clasificaron documentos, se presentaron juramentos escritos, se tomaron declaraciones. Al propio tiempo, el hermano de Alfried, que actuaba ya en una Alemania que comenzaba a cicatrizar sus heridas, había retenido al abogado prin-

cipal. La defensa de Dönitz efectuada por Otto Kranzbühler ante el Tribunal Militar Internacional, había demostrado claramente que era el letrado más digno y capaz de los que intervinieron en Nuremberg, y sus posteriores intervenciones en defensa de Hermann Röchling y Odilo Burkhart, en el caso Flick, aumentaron su prestigio y su dominio del proceso legal norteamericano. «Kranzbühler era el único alemán que comprendía realmente el procedimiento del interrogatorio», diría posteriormente Drexel Sprecher, jefe de los acusadores de I. G. Farben, mientras que para Cecelia H. Goetz, que posteriormente llevaría casos ante el Tribunal de la Corte Suprema de Estados Unidos, era «el mejor abogado que he visto jamás, un abogado de ensueño, de Hollywood, un letrado que nunca dejaba de sacar un conejo de su sombrero». El antiguo capitán naval germano tenía una ventaja más. Su destacada hoja de servicios en favor del Reich no le perjudicaba demasiado ante el tribunal, pero en cambio solía intimidar a algunos Kruppianer que subían al estrado de los testigos (18).

El equipo de Kranzbühler, en el caso Krupp, era enorme. Berthold ya no se limitó a hacer trueques con cartones de cigarrillos. No se sabe con exactitud la cantidad de propiedades extranjeras de Krupp que fueron liquidadas durante esos meses, pero algunos informes obtenidos en varios lugares sugieren su magnitud. En una ocasión, cuando el defensor principal de Alfried quiso incrementar su equipo, pidió a Anderson que «liberase algunas de las inversiones de herr Krupp en Suecia, España, Francia, Bélgica y Estados Unidos». Al preguntársele cuánto necesitaba, Kranzbühler repuso: «Aproximadamente cien mil libras». Como la libra esterlina valía entonces cuatro dólares, la suma representaba cuatrocientos mil dólares, y era sólo una parte de los gastos. Más tarde se vendieron 1.700.000 dólares para financiar pensiones de Kruppianer, y en los Bancos se ingresaron valores que ascendían a otros veinte millones de dólares. Volviendo a Kranzbühler, éste era auxiliado nada menos, que por veinticuatro abogados, los cuales ostentaban el prestigioso título de *Doktor der Rechte*. También había un letrado norteamericano muy cotizado —el antiguo coronel Joseph S. Robinson—, en el equipo defensor de Alfried Krupp. Entre todos estos abogados reunieron 1.300 declaraciones escritas, contra 380 de la acusación norteamericana, y por cada testigo de los acusadores, los defensores presentaban dos (19).

La afirmación de que Alfried se hallaba indefenso en el Palacio de Justicia de Nuremberg era absurda, por consiguiente, a pesar del posterior informe aparecido en una revista de Estados Unidos, según el cual había sido juzgado «sin el beneficio de una defensa» (20). Después de su condena, los alemanes declararon irritados que los jueces, las reglas de actuación, los ujieres, y hasta la bandera que aparecía en el estrado, eran norteamericanos. La queja parecía razonable. Es lógico que no se hubiera exhibido la bandera nazi, y que la de la ONU habría resultado inadecuada, pero realmente no había necesidad de colocar enseña alguna. Sin embargo, un escrupuloso examen de las actas, permite deducir que también Kranzbühler entró en la sala con ciertas ventajas tácticas. Los documentos estaban escritos en alemán. La mayor parte de los testigos fueron compatriotas de Alfried, y los alemanes solían considerar los testimonios de la acusación como colaboraciones con el enemigo. Por otra parte, ningún abogado acusador de Nuremberg podía colocar a un hombre en el estrado de los testigos, sin poder impedir que posteriormente fuese juzgado a su vez por sus propios delitos, y muchos escurrieron el bulto por tal motivo.

Por último, la nacionalidad de los juristas fue menos decisiva de lo que parecía. Anderson, el juez presidente, era conservador, en el aspecto polí-

tico, y pareció impresionado por el cargo del doctor Walter Siemens de que la acusación se mostraba inclinada «a considerar a todo industrial alemán como un criminal», y se inclinó hacia adelante, interesado, cuando Alfred Schilf, otro *Doktor der Rechte* de Krupp, insinuó que los procedimientos contra Krupp e I. G. Farben eran «decididamente anticapitalistas».

Un diálogo entre el juez presidente Anderson y el SS Brigadeführer Walther Schrieber, el 27 de mayo, resultaría particularmente aclaratorio a este respecto. El juez parecía considerar que la intervención del ministerio de Speer en el Berthawerk había constituido una intromisión burocrática. «Bien, no es nada desusado —manifestó Anderson—, que una empresa privada que ha tenido éxito durante tan prolongado tiempo, se oponga a que el Gobierno coloque allí un hombre para que les diga cómo debe manejarse el negocio. Eso no tiene nada de extraño, ¿verdad?»

Schrieber, que se hallaba en posesión de la Cruz de Caballero, de la Insignia Dorada del Partido, de la Espada de las SS y del Anillo de Himmler, estaba muy al corriente de que el Tercer Reich había sido algo muy diferente del *New Deal* (*), y en consecuencia repuso: «En Alemania, eso suponía algún riesgo, si no un verdadero peligro, para la propia vida». Evidentemente desconcertado, Anderson comentó ásperamente: «Creo que no ha entendido usted mi pregunta». Tal vez el general de las SS no la había comprendido, pero resultaba claro que el juez tampoco entendió la respuesta. Si bien iba a admitir, junto con sus dos colegas, que Alfried era un criminal de guerra y debía ser encarcelado, su opinión disentiría en cuanto a la confiscación de las propiedades de Krupp, acto que para él constituía la violación de un derecho sagrado (21).

Alfried habló por vez primera con los abogados de *die Firma* en agosto de 1946, pero no reconoció a Kranzbühler hasta el verano siguiente. Desde el principio, el abogado alemán de aguileño rostro se dio cuenta de que el hermano mayor de Berthold era un hombre de excepcional perspicacia. Otro año transcurriría antes de que la maquinaria legal comenzase a elaborar acusaciones. Tanto la defensa como su cliente sabían que el día del proceso llegaría inevitablemente, sin embargo, Kranzbühler predijo «resultará como el primer proceso. No será un juicio, sino un acto político». Puesto que el general Taylor era un demócrata de Roosevelt, el abogado alemán se dijo que la intrusión de la ideología del *New Deal* resultaba inevitable, y que «si bien el paralelo entre el fascismo y la industria alemana resultaba ridículo», el asunto sería así expuesto. Advirtió que no había manera de evitar las acusaciones de crímenes de guerra: «Para el vencedor, el vencido siempre será un agresor». Alfried asintió pensativamente, hizo algunas preguntas legales, propuso determinadas tácticas, y aprobó el plan general de un modo desusado en cualquier cliente. Ya era una influencia silenciosa, pero poderosa, para su propio *Generalstab* (22).

Krupp gozaba con aquellas conferencias, lo cual no es de extrañar, ya que en los últimos dieciséis meses le fueron llevando de campamento en campamento, desde Recklinghausen a Schloss Vehlen, luego a Bielefeld y por fin a la prisión para acusados de Nuremberg, que los anglosajones llamaban «el basurero» o «el cenicero». La prolongada espera, según manifestó Fritz von Bülow posteriormente, «fue lo peor de todo», incluso peor que después de pronunciada la sentencia». Entre sus reuniones judiciales, Krupp solía volverse descuidado en su apariencia, y se pasaba sin afeitarse toda una semana. Sus diez lugartenientes del Direktorium se preocupaban por él. De pronto, poco antes del proceso, las horas de Al-

(*) Política preconizada por el presidente Franklin D. Roosevelt. (N. del T.)

fried y de sus antiguos ayudantes se vieron inesperadamente animadas por una nueva presencia. A ellos se unió el duodécimo acusado. El último huésped del «basurero» era Ewal Löser, el que fuera *Finanzdirektor* de Essen. Sus viejos colegas, que habían seguido siendo fieles al Führer, no pensaban recompensar su traición con una acogida calurosa. Sin embargo, no teniendo otro testigo viviente que su esposa, del papel que desempeñó el 20 de julio contra el Führer, el hombre que estuvo a punto de morir en una celda de Himmler se hallaba ahora en una cárcel de los norteamericanos. Para él aquello resultaba una locura. Sin duda lo era, y la única explicación posible se apoya en lo incomprensible de los tiempos que corrían (23).

Berthold visitó el «basurero» cuatro veces, llevando una vez con él a Fritz Hardach, y otra vez a Jean Sprenger. Los viajes suponían un sacrificio mucho mayor de lo que Alfried podía apreciar entonces, ya que el peregrinaje de su hermano estaba muy lejos de haber concluido. A pesar del nutrido cuerpo de ayudantes de Kranzbühler, un miembro de la familia debía realizar ineludiblemente ciertos cometidos. Los veteranos Kruppianer no depositaban su confianza en nadie más; los antiguos empleados del Hauptverwaltungsgebäude sólo enseñaban alguna carta que habían conservado, si se trataba del hijo de Bertha, y los parientes de los hombres ocultos permanecían mudos a menos que oyesen el mágico nombre de Krupp. Pero en este último caso, tampoco se mostraban muy comunicativos si corría riesgo su vida. «Seguí procurando encontrar a las personas que habían conocido a Alfried cuando tomaba las decisiones fundamentales —declaró Berthold, mucho más tarde—, y ninguno de ellos parecía vivir ya en Alemania.» Su tarea más penosa, sin embargo, ahora que Kranzbühler y Alfried dirigían la defensa, era proporcionar confianza a su madre. En cuanto tenía algún tiempo disponible, Berthold recorría el largo camino que había hasta la posada de la carretera. A Bertha (ella misma bajo custodia en Austria), le prohibieron que visitase a su hijo en Nuremberg. Kranzbühler envió varios grupos de abogados para que la interrogasen, pero Bertha poco pudo decirles; no sabía nada, y al fin no proporcionó ninguna declaración escrita. Previamente manifestó a Berthold su extrañeza porque persiguieran a Gustav: «¿Por qué atacan a *Papa*? ¿Qué hablan de sangre derramada? ¿Por qué los extranjeros demuestran tanto odio hacia los Krupp?» (24).

Bertha creía saber el motivo. En su opinión, «los jefes norteamericanos de Alemania eran OK, pero la violencia de los acusadores yanquis procedía de los judíos alemanes que se habían naturalizado norteamericanos, y que se hicieron abogados. El tribunal actuaba con odio. Hicieron del proceso un asunto político» (25). Berthold es un hombre de inteligencia excepcional, pero aquí sus razonamientos también desafiaban a la lógica. Sin embargo, Krupp había sido denunciado por Robert H. Jackson. El jefe de la acusación era Telford Taylor. Rawlings Ragland sería el representante de Taylor en el tribunal, y el dirigente del equipo que enjuiciaba a Krupp era Russel Thayer. Si había alguna tendencia étnica en el grupo de la acusación, favorecía a los anglosajones blancos y protestantes, y la presencia de Anderson, Daly y Wilkins en la sala, así lo atestiguaba. A pesar de todo esto, hasta nuestros días en Essen están plenamente convencidos de que Alfried fue una víctima de los vengativos y amargados *Juden*.

Cuando terminaba su segundo año de cautiverio, Alfried fue trasladado Königstrasse abajo, en una camioneta blindada. Había tantos policías militares a su alrededor, que apenas si pudo echar una ojeada a Nurem-

berg, pero ese poco le bastó. Nada le recordaba a la exaltada ciudad que había visto durante la gran concentración de setiembre, cuando las estruendosas bandas ejecutaban el *Heil Hitler Dir,* las botas resonaban al unísono sobre el empedrado, y millones de germanos lanzaban vítores, llenos de entusiasmo. En sólo media hora, dos años antes de ese día del proceso, los bombarderos aliados arrasaron la antigua Nuremberg, los techos de aguda pendiente, las ventanas con marcos de madera, y las oscuras callejas medievales. Todo lo que Krupp alcanzaba a ver eran montones de escombros, la torre de la campana *Frauenkirche,* con cerca de seis siglos de antigüedad —y que doblaba ahora por los condenados—, así como la arcaica belleza rojiza de la casa de Alberto Durero, que milagrosamente se conservaba en pie gracias a su gran viga maestra, bajo la cual el mejor artista de Alemania había creado sus tallas y sus grabados para dos de los últimos gobernantes del Primer Reich. Los aviones enemigos sólo habían perdonado un gran edificio público, la extraña edificación de piedra grisácea del Justizpalast, que albergaba una veintena de salas de audiencia, así como una cárcel con su patio, y un patíbulo. Un hombre podía ser introducido en aquel edificio, acusarle, condenarle y ahorcarle, todo bajo ese mismo techo, y legalmente. Se trataba de un monumento a la eficacia alemana, y como tal se había empleado a menudo.

Allí fue donde, el 15 de setiembre de 1935, el Führer promulgó sus famosas Leyes de Nuremberg; donde se designó oficialmente a los judíos como *Untermenschen;* donde se llevaron a cabo las parodias más trágicas de la justicia nacionalsocialista, ante turbas que llenaban de salivazos a los acusados, mientras los jueces, que lucían esvásticas en sus togas, jugueteaban displicentes con los mazos. Y ahora, cerca de veinte meses después de su detención, Krupp era conducido a una celda del Palacio de Justicia, donde le ponían al corriente de los reglamentos. Los policías militares permanecerían vigilando al lado de su puerta día y noche. Se le permitiría un período de gimnasia de veinte minutos, y una ducha diaria, pero se le prohibía conversar con sus compañeros de prisión hasta que el juicio se hubiera iniciado, y entonces sólo podría hacerlo en los intervalos de descanso. Si consideraba que sus ropas no estaban presentables, el sastre de la prisión le haría un traje, pero debía quitárselo en cuanto volviese a la celda (26).

Alfried hizo caso omiso del sastre, ya que Berthold le había llevado un guardarropa completo. También se opuso a hablar en inglés. «Era un asunto de principios», declaró más tarde. El 15 de agosto, al presentarse ante el juez Anderson, un hombre de setenta y cinco años, de ojos hundidos, que recordó a un corresponsal de la *Reuter* «un águila disecada», Alfried prematuramente dijo «*Hier. Unschuldig*» (inocente), cuando se pronunció su nombre. El juez le preguntó si le representaba alguna defensa. «*Ja*», respondió. ¿Tenía conocimiento de los cargos y consideraciones que se le habían leído? «*Ja*». ¿Estaba dispuesto para el comienzo del proceso? «*Ja*». ¿Cómo se consideraba, culpable o inocente? «*Unschuldig*» (27).

Tres semanas más tarde fue conducido desde su celda a un ascensor. Al salir en el segundo piso, pasó ante una serie de puntos de control, cada uno de los cuales comunicó al siguiente su presencia. Seiscientas personas abarrotaban la galería del público, detrás de la gran baranda del salón de justicia, pero Alfried hizo como que no les veía. Sentado en el banco, con la mirada perdida en un punto de la pared de enfrente, aguardó impasible mientras los demás acusados ocupaban sus lugares al lado de él. Estos eran: Houdremont (carnet del partido nazi número 8.301.922), Eberhardt (número 4.038.202), Lehmann (8.303.913), Janssen (3.421.734), «Kanonen-Müller» (2.637.734), Max Ihn (3.421.752), Hans Kupke (1.988.328), Karl

Pfirsch (5.608.734), Heinrich Korschan (3.419.293), y, desde luego, Löser y Fritz von Bülow, de los cuales uno de ellos se había negado a afiliarse al partido por cuestión de principios, mientras que el otro no se inscribió preocupado por las excesivas exigencias de nazismo. En total los acusados ostentaban cincuenta y tres condecoraciones nazis, así como recompensas y títulos oficiales, y hasta el hundimiento de Alemania, su riqueza personal, aparte de la del propio Krupp, había sido enorme.

Dos soldados norteamericanos con casco y luciendo las cintas de sus campañas, se hallaban en posición de descanso detrás de Krupp y Bülow —los nazis, sensibles siempre a las peculiaridades raciales, notaron indignados que se trataba de negros americanos—, y cuando el reloj de la sala señaló las nueve de la mañana, los tres jueces togados se dirigieron al estrado. Mientras tanto, los instructores terminaban de enseñar a los acusados el empleo de los auriculares de traducción simultánea, y el significado de las luces del estrado de los testigos. Allí había dos bombillas, una amarilla y otra roja. Si brillaba la primera, quería decir «por favor, despacio, el intérprete no le puede seguir». Si se encendía la segunda, el testigo debía callarse inmediatamente, hasta que el intérprete hubiera recuperado el ritmo de su exposición. Era indispensable que se efectuaran pausas entre las preguntas y las respuestas; de lo contrario las traducciones, hechas por una sola voz, resultarían de una confusión indescriptible. Estas instrucciones, importantes para los testigos, eran de escaso interés para los prisioneros. Aleccionados por Alfried, ninguno de ellos decidió declarar en su propia defensa. Cuando llegase el momento de hacer una declaración, Alfried hablaría por todos; sólo Löser, el renegado, había decidido contrariarle (28).

A continuación se retiraron los instructores. El tribunal estaba reunido. Anderson aparecía pálido, ya que su salud era deficiente. El juez Daly, de cincuenta y cinco años, con gafas, aspecto grave y concienzudo, se hallaba a su derecha. El juez Wilkins, a su izquierda, tenía una apostura leonina. Un ujier uniformado hizo resonar sus brillantes tacones, y anunció: «¡Los honorables jueces del Tribunal Militar III A! ¡El Tribunal Militar III A inicia las sesiones! ¡Dios salve a Estados Unidos de Norteamérica y a su honorable tribunal!»

Alfried se colocó los auriculares e intencionadamente hizo girar el botón al rótulo que decía «*Deutsch*» (*). A través de ellos se oyó: «*Die ehrenwerten Richter des Militärtribunals III A! Das Militärtribunal III A hat mit der Sitzung begonnen. Gott schütze die Vereinigten Staaten von Amerika und diese ehrenwerte Tribunal!*»

Como suele ocurrir generalmente en los procesos cuyo defensor principal es un letrado hábil, el juicio comenzó con una reclamación. Otto Kranzbühler se quejó de que «todo el material de los archivos de Krupp había sido confiscado... probablemente eran varios miles de documentos». ¿Cómo esperaba el tribunal que preparase el caso sin esos documentos? El acusador, general Taylor, convino en que la queja era razonable. Pero añadió que gran número de archivos habían sido puestos a disposición de la defensa desde el verano último, y que el resto le sería facilitado,

(*) Kranzbühler, cuyo inglés era tan impecable como el de Alfried, siguió la forma de actuar de su cliente. Los testigos de la acusación se enteraron de esto, y las consecuencias fueron desalentadoras. Elizabeth Roth hablaba el alemán mucho mejor que el inglés, pero aunque Kranzbühler no hablaba más que alemán, ella no le contestaba en el mismo idioma. De igual modo, cuando a Milos Celap le preguntaron, al iniciarse su interrogatorio el 27 de enero: «Tengo entendido, testigo, que usted también habla alemán. ¿No sería más fácil para la presente actuación que contestase en alemán?» A lo cual Celap repuso secamente: «No, prefiero hablar en francés». El abogado defensor contestó en seguida: «Claro, sólo lo sugería para facilitar las cosas». Tal vez era para hacerlo más fácil, pero la confusión pudo ser también el motivo de Alfried. (WM/Ernestine Roth; testimonio de Celap 1/26-27/48 Ntr 2398-2438).

como en efecto sucedió. En apariencia, Taylor había ganado, pero Kranzbühler se anotó un buen tanto al demostrar que los vencedores estaban abusando de su poder. El coloquio situó a su cliente en el papel de víctima, y ya no iba a abandonarse esa postura (29).

El general, por otra parte, era expresivo. «De todos los nombres que se han asociado a los juicios de Nuremberg —declaró desde el estrado—, creo que ninguno ha sido tan familiar, durante tantos años, a decir verdad durante casi un siglo, como el de Krupp.» El tribunal, prosiguió diciendo, debía entender que la acusación no pretendía atacar el negocio de la fabricación de armas, que, evidentemente, no era más ilegal que la diplomacia o la profesión militar. A pesar del «siniestro matiz» que el nombre había adquirido con el paso de los años, los hombres que estaban en el banquillo no eran enjuiciados como símbolos. A ninguno se le mandó comparecer por su asociación con la firma, sino que iban a responder de actos determinados, cometidos en su capacidad individual. A pesar de todo, debía recordarse que si bien esos hombres eran nacionalsocialistas, a diferencia de otros acusados que pasaron por Nuremberg, no llegaron a la cúspide del poderío nazi. Después de todo, el nazismo era sólo una manifestación pasajera de algo mucho más antiguo «que se fundió con las ideas nazis para producir el Tercer Reich y su perniciosa vitalidad», o, como lo oyó Alfried, *«was sich mit den Nazi Ideen zusammenschloss und das Dritte Reich mit dessen Lebenskraft erzeugte»*. En consecuencia, prosiguió diciendo Taylor, si bien los acusados lo eran por delitos cometidos en un pasado reciente, los juicios acerca de su culpabilidad o inocencia resultaban imposibles de establecer sin haberse familiarizado previamente con la historia y las tradiciones de una dinastía que mucho tiempo antes hizo del nombre de Krupp «el foco, el símbolo, el beneficiario de las fuerzas más siniestras empeñadas en amenazar la paz de Europa». En los auriculares de Krupp, la voz del intérprete tradujo: *«...der Mittelpunkt, das Symbol, und den Nutzniesser, den unheimlichsten Kräfte, die den Frieden Europas bedrohen»* (30).

Mientras el tribunal permanecía sentado en sus sillones de cuero de alto respaldo, Taylor presentó sus acusaciones. Eran cuatro, las mismas que Jackson había establecido ante el Tribunal Militar Internacional: delitos contra la paz, saqueo, delitos contra la humanidad (trabajo en esclavitud), y «conspiración». Al final, en el último párrafo de su declaración de 36.000 palabras, el general volvía al tema inicial. La dinastía era una continuidad, manifestó, y debía considerársela en tal sentido. A causa del legado familiar, sus componentes se mostraron dispuestos a seguir a Hitler antes de que éste llegara a invitarles a ello. En realidad, Hitler había sido el instrumento perfecto de unas ideas cuidadosamente mantenidas en Essen desde hacía tres generaciones, y su nacionalsocialismo fue la realización definitiva de los Krupp:

> «La tradición de la firma Krupp, y la actitud "socialpolítica" que sostenía, se adaptaba perfectamente al clima moral del Tercer Reich. No había delito que el Estado cometiera —fuese guerra, saqueo o esclavitud—, en el cual estos hombres no tomasen parte.» (31).

En alemán había una leve diferencia de matiz. Resultaba en cierto modo familiar:

> *«Die Tradition des Krupp-Konzerns und die "sozialpolitische" Anschauung, die er vertrat, passten genau zum moralischen Klima*

des Dritten Reiches. Es gab kein Verbrechen, das ein solcher Staat begehen konnte —sei es Krieg, Plündern oder Sklaverei— woran Männer nicht bereit wäaren teilzunediesehmen.»

Alfried, hijo de Gustav, nieto de Fritz, biznieto de Alfred, permanecía inmóvil, observando al erguido general. Sus ojos eran inescrutables. Tal vez se sintiera fascinado. O quizá estuviese aburrido.

Tan pronto esto hubo terminado —una vez que los comprensivos norteamericanos expresaron sus disculpas por humillar al más ilustre barón del Ruhr (y que los alemanes, furiosos, rechazaron la disculpas)—, un escritor describió a Alfried en el banquillo, como inmovilizado por «una impresión de aislamiento *(Gefühl der Isoliertheit)*, incrementada por el carácter de los informes de la Prensa, que se hallaban plenamente bajo la influencia de los cambios en el alegato de la acusación» (32).

El frígido aspecto de Alfried tenía una explicación más lógica. Tenía frío. Todo el mundo en la sala lo tenía. El juez Anderson atribuyó sus propios escalofríos a su edad y al mal estado de su salud, hasta el miércoles 21 de enero. Hasta entonces el tribunal había soportado el frío durante siete semanas enteras. Cecelia Goetz, al interrogar a los testigos, cruzaba la sala calzada con botas de esquiar. Otto Kranzbühler llevaba prendas aislantes bajo su toga, y Paul Hansen, al presentarse desde Essen para declarar en la octava semana del proceso —mientras los miembros del tribunal miraban irritados los yertos radiadores—, se preguntó si se hallaba en Baviera o en Siberia. Hansen padeció sentado en el banco de los testigos durante dos días. Hacia el fin de su pesadilla, trató de describir, tartamudeando, cómo había sido concebido el Berthawerk, «un proyecto para una fábrica de descongestión». La primera frase le salió así: *«Pro-pro-projekt für ei-einen Aus-ausweich-weichbetrieb-b-b...»*. Entonces las bombillas roja y amarilla se encendieron al mismo tiempo, y mientras la mayor parte de los asistentes se inclinaban hacia adelante para oír mejor, percibióse claramente en toda la sala un rumor de papeles de periódico al arrugarse. Hansen se dio cuenta de que la mitad de los que estaban allí se habían colocado hojas de diario debajo de la camisa (33).

Si bien los artículos de la Prensa se hallaban influidos por las acusaciones del general Taylor, otras insinuaciones se mantuvieron en silencio. Los alemanes leyeron que la acusación «no hacía el menor intento por ocultar su odio y sus deseos de venganza», que «atribuía una culpabilidad colectiva al pueblo alemán», y que el principal argumento contra Alfried era que «los alemanes difieren fundamentalmente de las demás naciones europeas debido a su codicia, su amor a la guerra y su maldad» *(ihre Raubgier, Kriegslust, und Schlechtigkeit)* (34).

En ese aspecto la Prensa desfiguraba la verdad, no respecto a Krupp sino a sus acusadores, y resulta penoso comprobar que otras falsedades aparecieron en los periódicos de Estados Unidos. Los artículos de los periódicos financieros parecían una nota salida del Hauptverwaltungsgebäude; los del *New York Herald Tribune* insinuaban acerca de cierto proyecto de una Europa unida en torno a un Ruhr dirigido por el Konzernherr de Essen. Un corresponsal descansaba en una finca de los alrededores de la ciudad, y llamaba por teléfono diariamente a los ayudantes de Kranzbühler para que le dieran detalles sobre lo ocurrido en la sala. Otro, que sostenía una guerra particular contra la ocupación norteamericana, y contra el general Clay en especial, empleaba el caso Krupp como

ejemplo flagrante de la irresponsabilidad del Gobierno Militar Norteamericano.

Podía esperarse algo más del *New York Times*, y este diario lo proporcionó. Los artículos de Kathleen McLaughlin eran objetivos, concisos y veraces. Pero daba la impresión de que el *Times* rara vez encontraba espacio para publicarlos. El proceso de Alfried, a semejanza del de Adolf Eichmann, trece años más tarde, duró cerca de nueve meses, más que cualquier juicio celebrado nunca en Estados Unidos. Los procedimientos del tribunal se basaron en escritos que totalizaban cuatro millones de palabras. Sin embargo, entre fines del invierno de 1947 y el verano de 1948, cuando se presentaron los últimos testimonios, el periódico norteamericano había publicado exactamente cuatro de los artículos de miss McLaughlin, un total de cuarenta y siete párrafos, menos de dos columnas de todo ello enterrado en las páginas interiores (35).

Los que no estuvieron presentes en el juicio se perdieron bastante, ya que todo gran proceso tiene su «ambiente», y el de Krupp resultaba en muchos aspectos sorprendente. Por ejemplo, respecto al escenario. Pudo creerse que todo el caso se desarrollaría en la enorme sala de caoba y mármol del segundo piso del Palacio de Justicia. No ocurrió así. La audiencia se reunió allí en la primera sesión y en la última (cuando la Prensa se encontró realmente presente), pero habiendo tantos otros procesos pendientes, y sabiendo el general Taylor lo mucho que el de Krupp iba a durar, se trasladaron a una sala del cuarto piso, dejando la adornada estancia al tribunal que juzgaba el caso I. G. Farben.

Arriba no había protocolo, muebles tallados ni calefacción, según se ha indicado. La estancia se parecía mucho a la de un juzgado de policía norteamericana. En un intento de disimular un poco la pobreza del lugar, los policías militares cubrieron con un tapiz de seda el cielo raso. La intención fue buena, pero los resultados resultaron lamentables, ya que cada día que pasaba la tela parecía más un pingajo. Al mirar alrededor, uno podía ver con disgusto las cañerías del agua al descubierto. Cada vez que uno de los miembros del tribunal hablaba, al auditorio le distraía el ruido que hacía una llave de paso situada detrás del juez Anderson. Durante los descansos algún abogado corría y desesperadamente trataba de hacer girar la ruedecilla; pero era en vano, ya que a semejanza de otros tantos artefactos que había en Alemania ese invierno, la llave estaba totalmente inmovilizada por la herrumbre.

A pesar de la vulgaridad del ambiente, el salón se convirtió en escenario de representaciones casi teatrales. El tribunal era sobrio y majestuoso, pero algunos de los abogados suministraban colorido al procedimiento. Ragland era un caballero del Sur, Taylor el aristócrata de Nueva Inglaterra, Kranzbühler el altivo genio de la jurisprudencia. Otros resultaban decepcionantes. Benjamín B. Ferencz, consejero ejecutivo de Taylor, tenía el aspecto descuidado de un profesor adjunto, aunque en realidad era un idealista con un intelecto de primer orden y una aplicación extraordinaria a su tarea. Cecelia Goetz —ataviada sencillamente, casi siempre con un jersey de lana, a cuadros—, sonreía con facilidad, pero sus pensamientos eran a menudo sombríos. Otros presentes no parecían lo que habían sido. Löser, enfermizo y considerado un paria por ambos bandos, apoyaba las manos en un bastón. Tenía los ojos enrojecidos, y dejaba descansar la barbilla sobre el pecho. A menudo no comparecía por encontrarse en la enfermería de la prisión.

Krupp, sin embargo, dominaba sobre todos. Ese era su proceso, era el hombre más famoso de Nuremberg, y todos los que estaban en la sala percibían su poder silencioso. Miss Goetz le consideraba un hombre fascinante. Según recordó más tarde, era «el equivalente germano de

Henry Ford II». También escribió: «Resultaba difícil relacionar el patricio y distinguido semblante con la dureza y crueldad que, de hecho puso de manifiesto durante el período hitleriano» (36). A diferencia de la mayor parte de los acusados de Nuremberg, incluyendo los que asesinaron en masa, Alfried jamás expresó arrepentimiento. El testimonio más asombroso no provocaba impresión en él, si bien era evidente que no se perdía una sola palabra de las que se pronunciaban. Durante sus entrevistas con Kranzbühler, el abogado se maravillaba de la memoria de Alfried. Para Taylor, Krupp era como un gran adversario. Ambos hombres eran de la misma generación, y el general consideró que debían ser capaces de comprenderse. Nunca ocurrió así, ya que la barrera que les separaba era demasiado impenetrable. Al cabo de nueve meses, el dueño del Hügelschloss seguía siendo una inmutable esfinge.

Al unirse a las SS, Alfried, según el texto del certificado de afiliación, se hacía «responsable con su firma», pero este aspecto nunca fue considerado durante el juicio. Según declaró Taylor más adelante, «ya había bastante contra él, con lo que teníamos». El caso no dejaba de tener sus defectos y la acusación se dio cuenta de dos notables puntos débiles. Kranzbühler explotaría sin duda las ausencias; siempre había ocurrido así en los procesos anteriores. Según un testigo de la defensa que declaró cuando Eichmann se hallaba en el banquillo de Jerusalén, «durante la época de los juicios por crímenes de guerra, solía inculparse todo lo posible a aquellos que estaban ausentes o a los que se creía muertos». Además, el cargo de agresión era poco consistente. El papel de Alfried en los últimos años del reinado de su padre fue oscuro. Pero según cuatro telegramas despachados desde París a Washington por el embajador Bullit, en marzo de 1937, con la nota «sólo para el presidente», el hijo de Gustav había sido uno de los veinte industriales con los que Hitler se entrevistó aquel mes, dirigiéndoles la palabra en una reunión. Después de pasar revista al plan nazi de conquistas («Austria, Checoslovaquia, el resto de Europa»), el Führer desenrolló un mapa, deslizó su índice sobre el Atlántico y dijo: «La cantidad de sangre judía que corra por las calles de Europa no sería nada comparada con la de las alcantarillas de Nueva York». Por desgracia, los telegramas de Bullit complicaban a determinadas figuras en la República Argentina, y el Departamento de Estado se mostró reacio a proporcionar los originales. «Si [el Departamento de] Estado nos hubiese proporcionado esos telegramas, habríamos probado intenciones de agresión bélica», dijo Norbert Barr, entonces ayudante del general (37).

El Departamento de Estado no lo hizo, pero aun con esos datos, la acusación no hubiera mantenido demasiada confianza. Un caso tan complicado como aquél, no dejaría de tener sus defectos. El estallido de la guerra había sido imputable a un solo hombre; hasta Goering trató de impedir la agresión de la Wehrmacht a mediados de diciembre de 1939. Era indudable que Alfried siguió el camino de su Führer, y que nadie influyó en Hitler. Además, los cargos de agresión, así como los de las actuaciones de las SS, resultaban innecesarios. Los saqueos llevados a cabo por Krupp en Europa eran una violación flagrante a las leyes internacionales.

El 29 de julio de 1899, el conde Georg Münster, por mandato especial de Guillermo II, se unió a los representantes de otras veinticinco naciones en la firma del Convenio de Leyes y Costumbres de Guerra de la Conferencia Internacional de la Paz, de La Haya. El acuerdo no se tomó a la ligera; pero en un inciso de la orden, S. M. había escrito: «En la práctica, sin embargo, confiaré en Dios y en mi afilada espada». A pesar de todo, al final la patria admitió que «si como resultado de una acción bélica, un

beligerante ocupa un territorio adversario, *no* por eso adquiere el derecho a disponer de las propiedades de tal territorio, exceptuando las estrictas normas que se especifican en los reglamentos». Alfried había violado todos esos reglamentos. Hasta que el filo de la espada del Tercer Reich se hubo embotado, Alfried se burló de las decisiones de La Haya, y la parte acusadora podía demostrarlo perfectamente (38).

Los norteamericanos que en su país leyeron las acusaciones, reaccionaron de diferentes formas. Los que poseían propiedades se sentían inclinados a considerar el saqueo como el cargo más grave. Los delitos contra la humanidad parecían más ultrajantes para la mayoría, y Taylor y su personal, de acuerdo con esto, consideraron el asunto de los trabajadores esclavos como la clave del caso. Documentos que se habían salvado, y que llevaban el nombre y el sello de Alfried, le relacionaban con el empleo de esclavos en Auschwitz y en el Berthawerk, y la prueba de su participación personal no era realmente necesaria. El hecho de que el propio Krupp nunca hubiese asesinado a un prisionero de guerra, torturado una mujer encinta, o enterrado a un recién nacido, carecía de importancia. Al sentenciar a Eichmann, el tribunal israelita declararía: «La responsabilidad legal y moral del que entrega la víctima a la muerte es, en nuestra opinión, no menor, y tal vez mayor, que la del que ejecuta a la víctima».

Este principio se estableció con mayor claridad por un testigo que al revisar las tremendas responsabilidades en que habían incurrido los sucesivos jefes de la familia Krupp, manifestó: «No había anonimato posible en ese negocio. Siempre existía un hombre que respondía por todas las operaciones *(Immer stand ein Mann für das Werk, trat eine Gestalt hervor, die alles verantwortete, was geschah)*. Las decisiones no eran tomadas por los administradores, sino por los propietarios, aunque el propietario en cuestión fuese una eminencia o una mediocridad» (39).

El juez Anderson siguió preocupando a algunos de los acusadores. Sobre la decisión de Krupp del rearme secreto inmediatamente después de Versalles, dijo el juez desde el estrado: «Considerándolo objetivamente y en su debido significado, resulta al menos plausible que la decisión que Gustav tomó en 1919 fuese un riesgo comercial calculado. Allí estaba un hombre enfrentado con la pérdida de una gran parte de lo que indudablemente era un negocio provechoso, creado durante un prolongado período». Pero la insistencia del anciano oriundo de Tennessee acerca de la forma desusada de la familia de obtener beneficios aparte «del negocio estrictamente privado», daba a entender claramente la repugnancia que le producían la apropiación de las posesiones de otros hombres, por parte de Alfried (40).

El general Taylor y sus ayudantes estaban investidos de un espíritu de cruzados; pero en cuanto había algún descanso, y cuando los acusados eran conducidos a sus celdas al fin de la jornada, todos salían corriendo del Palacio de Justicia. La mayoría se encaminaban hacia el recientemente restaurado edificio de piedra rosada del Gran Hotel, situado junto a la estación del ferrocarril. La comida era buena, el servicio excelente, y las habitaciones tenían calefacción. Como hasta el propio Otto Kranzbühler se alojaba allí, la acusación, los defensores y los jueces se encontraban casi todas las noches en la primera muestra del «milagro alemán» de Ludwig Erhardt. En aquellos salones, una vez restablecidos con buenas bebidas y alimentos, los letrados confraternizaban hasta un punto que parecería imposible en cualquier otro proceso. Kranzbühler no se mostraba demasiado afable; a pesar de lo cual condescendía a hablar en inglés. Uno de los norteamericanos le preguntó por qué se empeñaba en hablar alemán en los tribunales. Repuso que lo contrario «resulta peligroso; uno

puede verse enredado en las sutilezas idiomáticas de otra lengua». Sin embargo, según observaron sus antagonistas, jamás dejó de comprender un modismo, en el Grand Hotel. En nueve meses de charlas en inglés nunca separó un infinitivo, jamás terminó una frase con una preposición, y nunca empleo mal la palabra *whom*. Los demás le respetaban, aunque no le entendían. En una de sus escasas manifestaciones intempestivas, dijo: «Me gustaría que me enseñaran ustedes al industrial norteamericano que criticase su actuación [la de Alfried] en tiempos de guerra». Se produjo un embarazoso silencio. Comprendían que él tampoco les entendía. A pesar de su gran capacidad intelectual, no se daba cuenta de que la mentalidad de la gente era diferente fuera de Alemania, y de que ningún potentado yanqui, con sanción oficial o sin ella, habría osado hacer lo mismo (41).

Cierta noche, uno de los norteamericanos subió a un tranvía de Nuremberg y se dirigió al estadio en el cual todos los meses de setiembre, antes de la guerra, Hitler había celebrado las reuniones anuales del partido. Bajo una luna espectral, las sombras de los bloques se erguían tan inmóviles como los miembros de las tropas de asalto que una vez estuvieron allí en posición de firmes, y que se encontraban ahora casi todos entre los siete millones de alemanes muertos en la guerra. Ese día el estrépito de las bandas era ensordecedor. Ahora no se oía otra cosa que el susurro de la helada brisa invernal. El visitante nunca había visto una reunión de Nuremberg, pero las emisoras norteamericanas transmitieron los discursos del Führer, y al mirar el estrado, vacío e iluminado por la luna, recordó las guturales inflexiones del orador más fogoso del siglo veinte:

> «*Das nervöse Zeitalter des 19, Jahrhunderts hat bei uns endgültig seinen Abschluss gefunden! In den nächsten tausend Jahren findet in Deutschland keine Revolution mehr statt!*»

> «¡Con nosotros el nervioso siglo XIX ha terminado! ¡No habrá revolución en Alemania durante los próximos mil años!» (42).

Al volver al hotel, el extranjero se preguntó cuántos de los hombres con los que trataba a diario habían escuchado aquella *Führerproklamation* allí, habían alzado sus brazos derechos rígidamente, junto con otros treinta mil, en el *Hitlergruss*, y habían creído que Alemania permanecería inmutable durante un milenio... Se preguntaba cuántos de aquellos hombres lo recordarían ahora.

Otros vientos soplaban sobre el Reich de la posguerra, haciendo más tibio el ambiente de la derrotada nación. Otto Kranzbühler, que alcanzaba a percibir ese viento, dispuso sus velas para recogerlo mejor, y con el consejo y el consentimiento de Krupp, dirigió una defensa totalmente distinta a cualquier otra de las llevadas a cabo hasta entonces en Nuremberg. La acusación vivía en un pasado inmediato, en el mundo de *Die Fahne hoch*. El defensor de Alfried comprendió que fuese cual fuere el resultado que se obtuviera allí, la política sería mucho más importante para el futuro de su cliente que la justicia, ya que el nuevo viento, la nueva fuerza impulsora, era de carácter político.

Sintió la primera inquietud el otoño anterior a la acusación de Alfried, cuando en la noche de un jueves de setiembre, el secretario de Estado norteamericano James Byrnes subió al lujoso tren privado del difunto Führer y se dirigió hacia el sur, cruzando los campos quietos y desola-

dos. El secretario durmió en el lecho del propio Hitler, y su consejero, Benjamín V. Cohen, en el de Goering. Descendiendo en la estación de Stuttgart, desmantelada por los bombardeos, se dirigieron en coche hasta el Staats-Theater, donde Byrnes invitó a los dirigentes alemanes a unirse a los aliados occidentales en la guerra fría. A cambio, les ofreció una oportunidad para reconstruir un Reich reformado. Se les concedería que dirigiesen sus propios asuntos bajo la debida supervisión. Además, y esto tenía un gran interés para Krupp y su defensor principal, Estados Unidos tratarían de que el Ruhr siguiera siendo alemán, que la industria teutona fuese restaurada, y que todos los planes para una Alemania Occidental de tipo agrario quedasen abandonados. Los oyentes de Byrnes aprobaron las proposiciones por aclamación (43).

Cuando Fritz Thyssen rompió con Hitler, le escribió: «Su política terminará en una *finis Germaniae*»; pero Thyssen no había contado con la increíble estupidez de la política rusa en Alemania. Uno se pregunta si alguien en el Kremlin se había molestado en estudiar la geografía del Reich. Todos los errores que cometieron los soviéticos, empezaron por Potsdam, se basaban en el concepto de que ellos poseían la fuerza. Y no era así. El Ejército Rojo estaba asentado en Berlín, y eso era una baza a su favor, evidentemente, pero casi todas las demás ventajas pertenecían al Occidente. En esencia, Alemania Oriental era una enorme granja, mientras que Alemania Occidental era una zona más extensa, más densamente poblada y más ricamente dotada de recursos naturales. Impulsada por el Rhur, era la reserva de vigor, destreza, empuje y capacidad industrial de Alemania.

La consecuencia de esto fue que Washington —que poco merecía, ya que el Departamento de Estado también careció de una política alemana coherente—, obtuvo un triunfo tras otro. Stalin trató de mantener alejada a Francia del acuerdo de posguerra, pero fracasó, llevando de esta forma al afrentado Quai d'Orsay a una alianza militar con Estados Unidos. Entonces el dictador soviético manifestó que realmente no había diferencias entre los conservadores británicos y el partido laborista de la misma nacionalidad, desilusionando así a los nuevos hombres de Whitehall, y agregando una tercera potencia a lo que pronto se convertiría en la NATO. La hoja de balance del Kremlin debía ser leída para creerla. En el momento de la capitulación de Jodl y Friedeburg, Rusia presentó sus exigencias, que comprendían el control de los Dardanelos, una franja del territorio turco, una participación fija en el petróleo del cercano Oriente, territorios sobre el mar Caspio que escudasen sus campos petrolíferos de Baku; Trieste para Tito; Carintia para Austria; una parte en la ocupación del Japón, y la presencia material en el Ruhr. Ninguna de esas exigencias llegó a concretarse. Lo que consiguió Stalin, según escribió Theodore H. White, fue «un tercio de la armada alemana capturada, cien millones de dólares de indemnización por parte de Italia, y tres votos y el derecho al veto en la ONU» (44).

Todo esto debe verse como un apoyo favorable al juicio que se celebraba en el cuarto piso del Justizpalast de Nuremberg. Fuese cual fuere el veredicto del tribunal, Krupp estaba convencido de que su futuro sería decidido por hombres de Estado, y no por juristas. La solución no llegaría rápidamente, pero los acontecimientos tomaban una dirección alentadora. El mismo día en que el general Taylor subió al estrado para presentar su caso contra Alfried, la alianza de las cuatro potencias conquistadoras se desintegraba en una reunión celebrada entre Molotov y George Marshall en Londres. Entonces, cuando el proceso de Krupp llegaba a su parte media —el barón Von Wilmowsky se hallaba en el banco de los testigos, por aquel entonces, defendiendo apasionadamente a sus parien-

tes (*)—, un policía militar entregó un mensaje al tribunal, lo que dio lugar a un breve descanso. Moscú acababa de cometer ya la mayor de sus necedades: el Ejército Rojo había bloqueado Berlín.

Friedrich Flick declaró al día siguiente en favor de sus colegas industriales. Su aparición fue un fracaso. Interrogado por Ragland, Flick no pudo citar un solo hombre de negocios alemán que hubiera sido enviado a un campo de concentración por haber dejado de cumplir con una cuota de producción estipulada; contribuyó con ello a destruir la excusa del empleo de trabajadores esclavos por parte de Krupp. La parte acusadora sintió enorme satisfacción. Kranzbühler, observando los acontecimientos desde un ángulo más amplio, no se descorazonó. Ragland había obtenido un importante triunfo, pero la posición legal de Krupp, a la larga iba mejorando poco a poco. En aquel primer día del bloqueo, unos cien aviones de transporte C-47, con un total de 250 toneladas de suministros, aterrizaron en el aeródromo de Templehof. La primera gran crisis entre el Este y el Oeste, provocada por la retención por parte del general Clay de los envíos de indemnización a los soviéticos, así como por una reforma monetaria, y por los primeros tanteos hacia un Estado alemán independiente dirigido desde Bonn, esa primera gran crisis se había iniciado.

Nueve días más tarde Clay fue a ver al comandante en jefe ruso, y le preguntó: «¿Cuánto tiempo piensa usted seguir así?» Y el general Sokolovsky repuso: «Hasta que ustedes abandonen sus planes de crear un Gobierno de Alemania Occidental». Los norteamericanos no abandonaron sus proyectos, y cuando la capacidad de transporte diaria de los C-47 llegó a la cifra de las 13.000 toneladas, Stalin decidió suspender el bloqueo. Mientras tanto, la justicia internacional, casi inadvertidamente, se convirtió en una víctima de la confrontación. Un observador escribió: «Cuando el tribunal de Nuremberg decidió invitar a los soviéticos a Essen y les pidió que participasen en la administración de Krupp *(beschloss, die Sowjets nach Essen einzuladen und sie am Krupp-Konzern zu beteiligen)*, los soviéticos iniciaron su bloqueo de Berlín Oeste, que Estados Unidos solucionaron con un gran puente aéreo» (45).

Por rara coincidencia, la acusación terminó con su defile de testigos, de tres meses de duración, la semana anterior al comienzo de la crisis. Cuando se inició el día de Krupp en el tribunal, un avión británico fue abatido sobre Berlín por un caza soviético. Clay disolvió entonces el Consejo Aliado, y Estados Unidos cerraron la frontera de su zona a todos los rusos. Comenzó una movilización parcial. En Nuremberg, Taylor y los miembros de su equipo advirtieron la tensión. El Gobierno Militar Norteamericano pidió que los procesos del Justizpalast terminasen pronto. Unos mensajeros llevaron la noticia de que nuevas tropas llegaban desde Estados Unidos, que las mejores divisiones aerotransportadas estaban poniéndose a punto, y que se construía una nueva base aérea para la 36.ª Ala de reactores cazas, que había despegado desde la costa atlántica norteamericana.

Mientras los murmullos resonaban en la sala del tribunal, la Unión Soviética se retiró formalmente de la *Kommandantura* de Berlín, terminando de dividir la administración de la ciudad. El Pentágono hizo una demostración de fuerza enviando una columna blindada a través del Berlín ruso; George Bidault expresó públicamente el temor de que cualquier incidente provocase la guerra, y el comandante soviético del Aire, como si buscara crear más complicaciones, anunció vuelos nocturnos sobre Berlín Oeste.

(*) La fecha era el 1.º de abril de 1948.

Ese era el ambiente en el cual el tribunal de Nuremberg dictó sus veredictos. Los casos de Krupp y Farben terminaron con una diferencia de veinticuatro horas, el uno respecto al otro. Los alarmados jueces abandonaron Europa en avión antes de que el general Taylor pudiera hablarles. Los veredictos parecían correctos, pero habría apelaciones, y entre los acusadores, hubo algunos que recordaron el frío del invierno con nostalgia (46).

Sólo teniendo presente en la memoria la oscura sombra de Berlín, podía resultar lógico el caso Krupp. De todos modos, se trataba de un proceso muy singular. En repetidas ocasiones los procedimientos fueron interrumpidos por incidentes poco corrientes: la tentativa de intervención del arzobispo Frings, el suicidio del jefe de la Gestapo de Essen, Peter Nohles, los abultados paquetes de peticiones de clemencia organizada que matemáticamente llegaban a los despachos de los jueces, y los esfuerzos de la defensa por reducir a los Kruppianer a que alterasen sus declaraciones escritas. Incluso se ensayó la intimidación en la propia sala del tribunal: Ragland descubrió que cada vez que uno de los trabajadores de Krupp declaraba por la acusación, cierto abogado de Alfried, un prusiano de feroz aspecto, con el rostro cruzado por cicatrices de duelos, se quedaba mirando siniestramente al obrero hasta que dejaba de declarar. (Los norteamericanos replicaron haciendo que el más fornido y hosco de sus letrados observase con gesto amenazador al prusiano, y éste abandonó al fin su actitud.)

Poco a poco los cordiales diálogos en el Grand Hotel fueron desapareciendo. El proceso iba tomando un carácter desagradable, explosivo. Los abogados abusaban de los testigos, y desafiaban al propio tribunal. Un jueves de últimos de abril, por ejemplo, uno de los abogados norteamericanos estaba preguntando a un antiguo directivo de Alfried acerca del empleo, por parte de la Firma, de mensajeros secretos para obtener informes de los funcionarios del Reich en la zona ocupada de Francia. El testigo convino en que «el traslado de la fábrica desde Mulhouse a la parte alemana del Rhin... no fue provocado por una orden, sino que se hizo en interés de Krupp». Un miembro de la defensa saltó de su asiento y pidió que se explicara el fin de tales preguntas, afirmando: «¡Parece un interrogatorio ante un tribunal nazi, preguntando por qué uno había ocultado algo a las autoridades del Reich!». Lo cierto era que comparar el tribunal con un *Volksgerichtshof* —una corte títere dominada por matones del partido, con la intervención de abogados espurios y de testigos intimidados—, resultaba un verdadero insulto a los tres magistrados que presidían la sala, y el juez Daly, que dirigía la sesión, repuso fríamente: «Nosotros nunca hemos tenido semejante experiencia, doctor, de modo que no sabemos a qué clase de interrogatorios se refiere» (47).

Ninguno de los ataques de la acusación alcanzó la ferocidad que el de los abogados alemanes contra el último testigo del general Taylor. Este era Karl Otto Saur, y su aparición el anterior 8 de junio asombró a los treinta y tres abogados germanos, sentados ante Alfried como un negro escudo protector. Pero no pudieron hacer nada para anular a Saur. Este estuvo demasiado cerca del Führer, sabía demasiadas cosas, y declaró bajo juramento que la intervención personal de Alfried ante Hitler fue directamente responsable del empleo por Krupp de los judíos de Auschwitz en el Berthawerk. Aunque menos dramática que las de los campos de concentración para muchachas y niños, ésta fue la prueba más condenatoria que se había oído contra el propio jefe de la Casa; de un golpe

hacía polvo todas las excusas que se habían esgrimido para justificar el programa de *Fremdarbeiter* preconizado por Alfried. Sólo había una posible forma de contraataque: impugnar la integridad del testigo. Para Otto Kranzbühler, Saur era «como un mandarín chino, un hombre que se aprovecha de todas las oportunidades que proporciona una dictadura», y que luego «pretende que sólo era un chico para hacer los recados». Otro alemán se burló del rollizo y rubicundo Saur llamándole «cerdo repugnante», y un tercero manifestó: «Tratar de rechazar la existencia de la producción obligatoria... llamando, de entre todos, a este testigo, es como si se llamara a Goebbels para que testimoniara en favor de la "democracia" nacionalsocialista (48).

En modo alguno era lo mismo; se trataba de un argumento improcedente. Pero lo importante era insistir en que los barones del Ruhr habían estado «aullando con los lobos», según la memorable frase de Flick. En otras palabras, que se habían visto obligados a fingir adhesión a una dictadura que en realidad desdeñaban. Un segundo objetivo era demorar el curso del proceso. Cuanto más sombrías fuesen las noticias procedentes de Berlín, más intransigente podía mostrarse la defensa. A los abogados alemanes se les advirtió que no hiciesen largos discursos mientras interrogaban a los testigos; pero ellos desafiaban los incesantes golpes de mazo y terminaban sus parrafadas. También había otras formas de alargar el tiempo. Una vez el tribunal tuvo que presenciar una interminable película que entre otras cosas mostraba al joven Alfried al mando de una locomotora Krupp, en 1919. («Muy interesante —manifestó Ragland—; pero, ¿qué nos prueba eso?») Además, estaban las innumerables relaciones de las estadísticas de producción del Konzern (49).

En esto, el ostensible propósito de Kranzbühler era convencer al tribunal de que todas las descripciones que pintaban a Alfried como un Kanonenkönig eran un mito. Tal creencia era absurda, insistió. Skoda había hecho cañones para la Wehrmacht. Fried. Krupp, de Essen, no era ahora, ni había sido nunca, el *Waffenschmiede* del Reich. Eso fue una historia inventada por el kaiser, y todo el mundo sabía lo charlatán que era Guillermo. La defensa presentó incluso a un Kruppianer que había trabajado en la Gusstahlfabrik durante cincuenta años sin haber visto jamás un arma. A decir verdad, admitieron que «algunas» armas se habían producido, y con ello se inició lo que la acusación, exasperada, bautizó con el nombre de «el juego de los números».

La raíz de los hechos, según la defensa, comenzaba el 1.° de julio de 1914, cuando, según se dijo al tribunal, la Firma había suministrado al mundo 2.750.000 ruedas de acero para ferrocarril, y producía entre un quinto y un tercio de los «raíles, ruedas, ejes, chasis de locomotoras, calderas, hornos y piezas forjadas» para los *Eisenbahn* alemanes. En esa época sólo el cinco por ciento del acero de Krupp se destinó a fabricar artillería. (Otros datos igualmente dignos de confianza, sitúan la cifra en un 39 por ciento.) Entre 1911 y 1943, el barón Von Wilmowsky declaró que el ocho por ciento de los productos de la Firma fueron destinados a usos bélicos; entre 1919 y 1935, «cuando el Führer ordenó el rearme», la producción de cañones sólo ascendía al siete por ciento. En total, entre las dos guerras, el catorce por ciento de lo fabricado era de carácter militar. En 1939 sólo el 26 por ciento de los obreros estaban destinados a tales empresas. Al año siguiente, la cifra disminuyó al 25 por ciento, y al otro año, al 24 por ciento. Elevóse al 25 por ciento al año siguiente, y luego, cuando el Führer proclamó la guerra total, alcanzó el 42 por ciento. Pero aun entonces, más de la mitad de los Kruppianer de Essen nada tenían que ver con los armamentos (50).

Hacer una evaluación exacta de esta producción resulta imposible,

pues los testigos se contradecían entre sí, y sus pruebas nada tenían que ver con las acusaciones contra Alfried. De todos modos, las minucias proseguían hora tras hora, y cada vez que protestaba un norteamericano, otro alemán replicaba con tono dolorido que estaba oyendo «el áspero ladrido del opresor», y que el Palacio de Justicia se hallaba en peligro de transformarse en la parodia de un *Volksgerichtshof* nazi.

La acusación debió callarse, pero la provocación era demasiado grande, y las heridas excesivamente recientes. Por ejemplo, cuando el tribunal rechazó unánimemente el 5 de abril los cargos primero y cuarto (agresión y conspiración), a Ragland, aun presentando testigos, no se le permitió contestar, lo que aleja toda sospecha de que el tribunal fuese germanófobo. Los gozosos alemanes manifestaron que eso era «el equivalente al hundimiento del aspecto político de la acusación y de la base teórica de todo el procedimiento» *(Grundthese des Verfahrens)* (51).

Disgustados ante la negativa de Krupp a sentarse en el banco de los testigos, los abogados norteamericanos contemplaron desmoralizados el material que laboriosamente habían preparado para su interrogatorio. Debían interpelarse por relevos, cada uno de los abogados tratando los detalles de las quinientas judías enviadas a Buchenwald, de la fábrica de Auschwitz, el entrenamiento en Ravensbrück de las empleadas de Krupp en los métodos de las SS, y la construcción del Berthawerk. Ahora todas estas preguntas quedarían sin respuesta. Desalentados, denunciaron la «huelga del silencio» de Alfried, si bien se daban perfecta cuenta de que éste tenía perfecto derecho a no declarar, sin perjuicio de su causa.

Ese fue uno de los errores norteamericanos. Tres meses antes habían cometido otro, y los dos estaban relacionados entre sí, ya que el primero suministró a Krupp una excusa para no declarar. (Más tarde Kranzbühler admitió que había buscado una coartada; bajo ninguna circunstancia Alfried debía someterse a un interrogatorio; sus respuestas, en la relación del proceso, se habrían empleado contra él hasta el fin de su vida.) Aquel temprano desliz surgió de las lamentables confusiones acerca de los dos diferentes sistemas legales. Comenzó, de forma inocente, con una propuesta rutinaria del doctor Alfred Schilf, abogado de Janssen, el 17 de junio. Para acelerar los procedimientos, el tribunal ordenó que se tomasen las declaraciones a los testigos de menor importancia en cualquier otro lugar del Justizpalast. Schilf quiso que los acusados estuvieran presentes en aquellas sesiones. Sus colegas protestaron con vehemencia, reafirmaron la decisión de Anderson, y la defensa de Krupp, en bloque, abandonó la sala del proceso. En los juicios europeos esta es una forma aceptable de protesta, pero en Norteamérica e Inglaterra aquello era ilegal. Los dos abogados principales se hallaban ausentes; el general Taylor asistía al proceso de Flick, y Otto Kranzbühler defendía a Hermann Röchling, «el Krupp del Sarre», ante un tribunal francés. Ragland llamó por teléfono a Taylor, quien solicitó inmediatamente un aplazamiento de la causa (52).

Era lo que debía hacerse, pero los jueces, poco familiarizados con las leyes europeas, creyeron que habían sido burlados deliberadamente. Después de aguardar irritados durante varias horas, el juez Anderson ordenó al ujier que reuniese a todos los abogados de Krupp que pudiera hallar. Encontró a seis, les dijo que eran culpables de desacato, y los envió al calabozo. Sus protestas fueron desoídas, lo cual no era procedente. El tribunal desconocía que en los códigos europeos no suele existir el artículo que castiga la actitud desdeñosa hacia el tribunal. A los alemanes, la acción del juez de Tennessee les pareció despótica, y su resentimiento resultaba comprensible. Después de pasar un fin de semana entre rejas, cinco de los abogados alemanes pidieron disculpas a los jueces, pero el sexto, el doctor Günter Geisseler, se negó a expresar su arrepen-

timiento, y fue inhabilitado para seguir participando en la defensa. Para Kranzbühler la arbitraria decisión supuso una ventaja. La defensa de Krupp pudo manifestar entonces, altivamente, que «el acusado, en consecuencia, decidía abstenerse de cualquier declaración personal en el futuro, convencido de que cualquier cosa que dijera sólo contribuiría a empeorar la situación» *(dass jedes Wort die Lage nur verschlechtern würde)* (53).

Era una lógica inverosímil, más extraña aún por cuanto que cinco de los hombres sentados en el banquillo —Bülow, Ihn, Jansen, Korschan y Kupke— declararon posteriormente en favor de Alfried, o unos favoreciendo a otros. Pero ello dio a Krupp ese pretexto, y convenció a millones de alemanes de que el acusado más famoso de Nuremberg, en 1948, era un mártir de la patria.

Durante el proceso, Kranzbühler llevó a cabo otra maniobra complicada, y que si bien era igualmente efectiva ante el tribunal de la opinión pública, no era más que un puro juego de manos. Convenció a la Prensa de que a su cliente le privaban de contratar los abogados que él quería, y repitiendo este absurdo en posteriores declaraciones, llegó incluso a inculcar el hecho en la mente de algunos historiadores. Como el abogado reapareció durante las audiencias que en solicitud de clemencia tuvieron lugar dos años más tarde, el hecho debe ser estudiado con todo cuidado.

Alfried Krupp, según declaró Kranzbühler, necesitaba un abogado norteamericano. Por capacitado que fuese su equipo legal alemán, un acusado que se enfrentaba con un tribunal de Estados Unidos debía contar con un letrado para el que fueran familiares los procedimientos anglosajones. En consecuencia, solicitó a los jueces que aceptasen como miembro de la defensa a Earl J. Carroll, un ex capitán del ejército de Estados Unidos y miembro de la firma Thomas Foley y Earl J. Carroll, de Hollywood, California. Kranzbühler añadió que si la decisión de los jueces era negativa, él mismo se retiraría como defensor de Krupp. La respuesta fue negativa. Kranzbühler rogó a los jueces que reconsiderasen su decisión. Como éstos se negaran otra vez, trató de renunciar. Sólo permaneció debido a que el juez Anderson le ordenó quedarse en calidad de abogado designado por Alfried. Esta es la base de la acusación hecha en la *Columbia Law Review*, en enero de 1953, por el profesor Heinrich Kronstein, de la Escuela de Derecho de Georgetown, de que «Krupp eligió un abogado norteamericano de reconocido prestigio —Carroll—, pero el tribunal "se negó a admitir al norteamericano y nombró *ex officio* a un sustituto alemán"» (*). El sustituto *ex officio*, desde luego, era Otto Kranzbühler, el cual había estado defendiendo a su cliente durante tres meses antes de que Carroll apareciese. Además, la afirmación de los críticos de Nuremberg de que los abogados extranjeros no eran aceptados en el Justizpalast carece de fundamento. El coronel Robinson ya integraba el equipo legal de Krupp, y el doctor Walter Vinessa, de Suiza, representaba al doctor Walter Häflinger, un director de la I. G. Farben, en tanto que Warren E. Magee, de Washington D. C., defendía al barón Ernst von Weizsaecker, delegado de Ribbentrop, en el llamado «Caso de los Ministerios».

Quedaba por dilucidar el «reconocido prestigio» del señor Carroll. Era

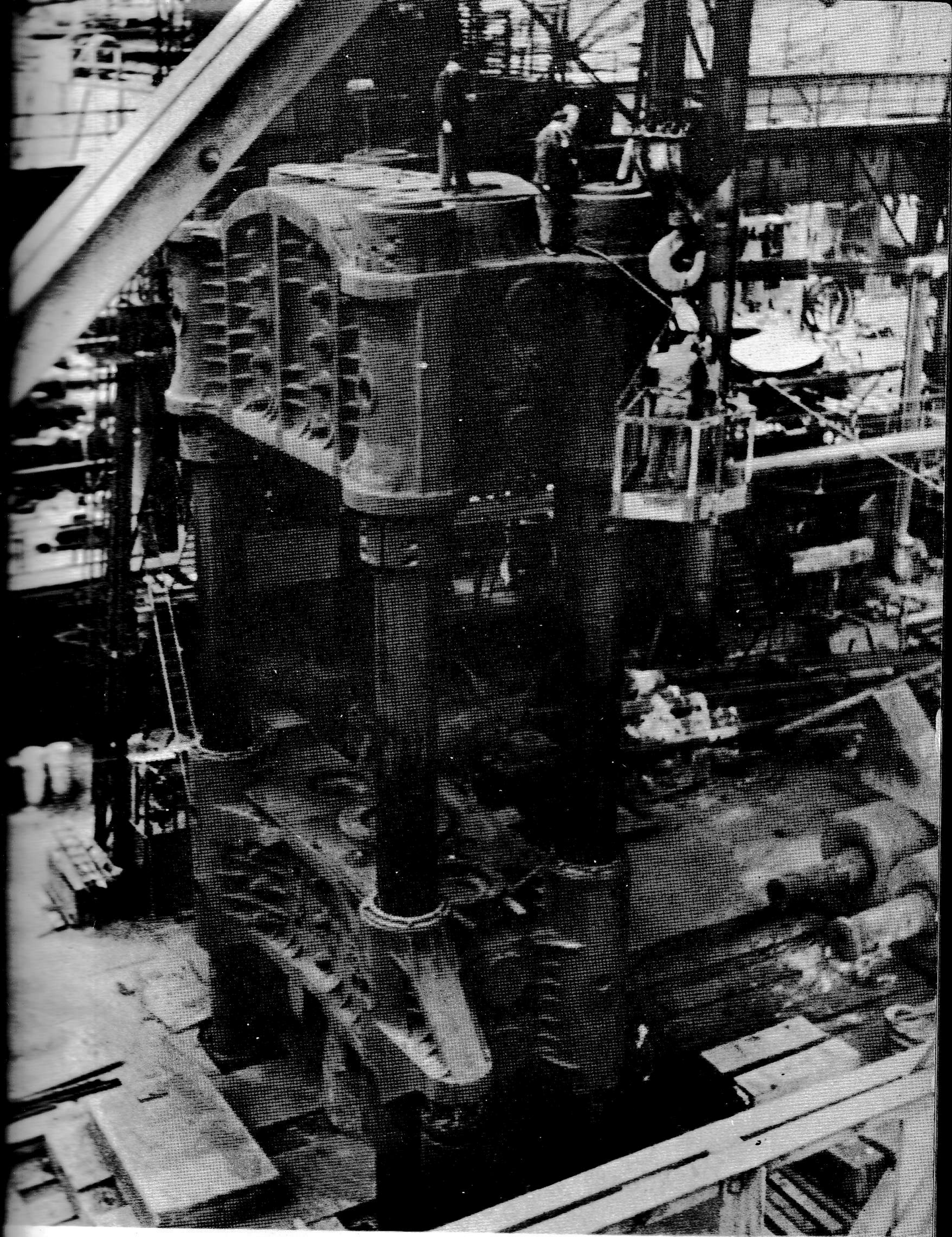
(*) El profesor Kronstein, en su artículo, hacía un estudio favorable del **Warum wurde Krupp verurteilt?** (¿Por qué fue condenado Krupp?), escrito por Tilo von Wilmowsky (ver más adelante pág. 601). En parte alguna el profesor identifica al autor como pariente del acusado de ser criminal de guerra. En lugar de ello, el barón era presentado como un investigador alemán desapasionado en el caso. El general Taylor contestó a esto en el número de febrero de 1953 de la **Columbia Law Review.**

Buschmannshof, el campo de concentración de Krupp para niños. *Arriba*: Los barracones. *Abajo*: Dos de las tumbas numeradas.



Detención de Alfried Krupp en Villa Hügel, el 11 de abril de 1945.

Alfried en el banquillo de Nuremberg, con sus ayudantès nazis (a su izquierda) y su equipo de abogados (delante).



La famosa prensa de Krupp, de 15.000 toneladas, al ser desmontada como compensación de guerra, concluido el segundo conflicto mundial.

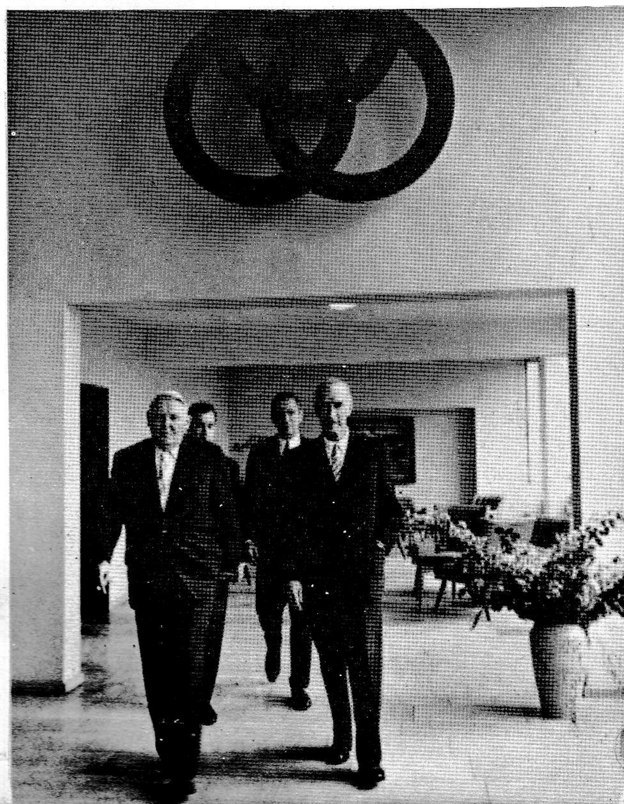
Alfried y Vera Krupp
durante su boda,
el 19 de mayo de 1952.



Una de las excursiones de caza de Alfried, en los fines de semana. De izquierda a derecha: Alfried; el embajador de Estados Unidos, David Bruce; Berthold Beitz; el embajador inglés, sir Christopher Eden Steel, y el agente de la Firma en Londres, conde Klaus Ahlefeldt-Lauruiz.

Arriba: Alfried durante las ceremonias del Yacht Club, de Kiel, al descubrirse un busto en memoria de su abuelo, Friedrich Alfred Krupp. *Abajo*: Harald, hermano de Alfried, regresa de su encarcelamiento en Rusia, en octubre de 1955. De izquierda a derecha: Waldtraut, Harald, Bertha y Alfried. El cartel dice: «Entrañable bienvenida.»

Bertha Krupp con su hijo Berthold y el canciller Adenauer en Villa Hügel, 1953.



Alfried recibe a Ludwig Erhard en Essen. Arndt el hijo de Alfried, avanza detrás en compañía de Berthold Beitz.

El emperador de Etiopía, Haile Selassie, es acogido por Bertha y Alfried en Villa Hügel, el 11 de noviembre de 1954. Beitz está detrás del emperador.

Bertha y Alfried Krupp dan la bienvenida al rey Pablo y a la reina Federica de Grecia en Rheinhausen, en setiembre de 1956.

Sir Alhaji Ahmadu Bello, jefe del Gobierno de Nigeria, con Alfried en el castillo, en 1962.

Modibo Keita, presidente de Mali, llega con su esposa al Hügelschloss en 1962, en compañía de Alfried Krupp (derecha) y Berthold Beitz (izquierda).

un asunto extraño. Impetuoso, simpático y de temperamento típicamente irlandés, Carroll tenía el don instintivo de la publicidad, y pasaba sin cesar de una controversia a otra. En la primavera de 1946, *Newsweek* le describió como «excéntrico». Otros le consideraban como un indisciplinado. Cuando aún vestía uniforme, logró una impresionante serie de absoluciones en consejos de guerra celebrados contra soldados que habían infringido diversos reglamentos militares. De pronto, él mismo se vio ante la posibilidad de comparecer como acusado ante un consejo de guerra. En setiembre de 1946 volvió en barco a Estados Unidos después de relatar a la Prensa que le «fletaban» debido a su «cruzada» contra los «graves abusos» del ejército y el Gobierno Militar norteamericanos (54).

El Gobierno Militar consideró que había acabado con Earl Carroll, pero tras convertirse de nuevo en civil, Carroll regresó a Alemania y abrió un despacho de abogado en Francfort. Su posición oficial quedaba claramente definida. Sus documentos le permitían tan sólo hacerse cargo de la defensa de algunos soldados norteamericanos, y de cuatro civiles que esperaban para ser juzgados. Esto no era suficiente sin duda, para una práctica profesional satisfactoria. Pero Carroll era un hombre emprendedor. A decir verdad, disponía de tantos recursos que el 5 de mayo de 1947 se hizo acreedor de la ira del propio general Lucius Clay. En una declaración pública, el gobernador militar de Estados Unidos le acusaba de «abusar de su permiso de entrada en Alemania, actuando como si fuera el representante comercial de una fábrica de licores extranjera». Podía seguir compareciendo ante tribunales del Gobierno Militar, representando a los soldados y los cuatro civiles, ya que ese fue el acuerdo, y Clay lo respetaría; pero esperaban que Carroll se marchase una vez concluidos esos casos. No le permitirían que llevase a cabo «más transgresiones» (55).

Evidentemente, esto excluía al californiano de cualquier posible papel en el caso Krupp. Según la Ordenanza N.° 7 del Gobierno Militar norteamericano, los tribunales de Nuremberg estaban gobernados por la Carta del Tribunal Militar Internacional de Londres, y se hallaban sometidos a «las potencias del Gobierno Militar para la Zona de Ocupación de Estados Unidos en Alemania». La postura de Clay parecerá demasiado intransigente, pero debe tenerse en cuenta que el Reich se hallaba aún en estado de anarquía, y que todos los civiles resultaban sospechosos. Miles de ellos se hallaban totalmente dedicados al mercado negro, y aunque los motivos de los abogados no alemanes eran diversos, y hasta resultaban nobles en algunos casos, el Gobierno Militar los consideraba a todos con recelo. A decir verdad, y a la luz de lo que sucedió más tarde, vale la pena hacer notar que fue John J. McCloy, entonces un antiguo ayudante del secretario de la Guerra, quien consideró a Carroll como un aventurero.

El tribunal rechazó la petición con ásperos términos. Anderson, al hablar por los magistrados, hizo notar que la petición de Alfried para contratar los servicios de otro abogado norteamericano no había sido expuesta antes del proceso. Con ello ya se hacía improcedente; por otra parte, el doctor Kranzbühler, cuya defensa de Dönitz ante el Tribunal Militar Internacional había salvado la vida del almirante, estaba suministrando a Krupp una defensa «capacitada y competente». Luego los jueces la emprendieron con Carroll. Para el tribunal, «ese pretendido abogado», de una «pretendida firma legal», no se hallaba capacitado ni en disposición de actuar. Puesto que la prohibición del gobernador militar aún seguía vigente, debía limitarse a los casos que tenía entonces entre manos (56).

El blanco de toda esta polémica salió rápidamente de la sala y celebró una conferencia de Prensa en el vestíbulo. Haciendo caso omiso de las

órdenes que tenía de abandonar la Zona norteamericana de ocupación, en cuanto hubiese concluido con los casos que estaba tramitando, atacó la legalidad de todos los tribunales con sede en Nuremberg. Dijo que siendo los jueces norteamericanos, el tribunal no era internacional. Luego desapareció repentinamente. Según se dijo había vuelto a la costa occidental de Estados Unidos. Pero no era así; sin importarle Clay, se unió al equipo legal de Flick, y cuando los jueces sentenciaron a este fabricante a siete meses de prisión, Carroll anunció durante otra conferencia de Prensa, que iniciaría un sumario de *hábeas corpus* en Washington y exigiría que todos los reglamentos de Nuremberg fueran derogados (57).

El 6 de abril de 1948, un tribunal de distrito rechazó su petición para un mandamiento; el 11 de mayo de 1949 una corte de apelación apoyó la decisión anterior, y en el siguiente 14 de noviembre el Tribunal Supremo negó definitivamente su solicitud. Los razonamientos de la corte de apelación constituyen tal vez la defensa más lúcida que se hizo nunca de los procesos de Nuremberg. La Corte de Apelación del Distrito de Columbia declaró que dichos tribunales no eran juzgados de Estados Unidos. Al rendirse Alemania, las potencias victoriosas convinieron en que la suprema autoridad sería ejercida en el Reich por sus cuatro comandantes en jefe actuando como Consejo de Control, es decir, el cuerpo gobernante de Alemania. La Ley número 10, del 20 de diciembre de 1945, definía los crímenes de guerra, prescribía los castigos, y proveía los tribunales que serían «determinados o designados por cada comandante de zona». La autoridad de los tribunales, por consiguiente, se hallaba arraigada en la soberanía de Estados Unidos, del Reino Unido, Francia y la Unión Soviética. Legalmente, el tribunal de referencia era tan internacional como el Tribunal Militar Internacional, y estaba plenamente justificado si adoptaba semejante designación (58).

Hasta un denodado irlandés, podía uno pensar, se sentiría descorazonado ante todo esto, y a esas alturas. Los periodistas le habían olvidado, el Gobierno Militar le había olvidado, y el cronista oficial del Tribunal Internacional no le mencionaba. Pero los alemanes tenían memoria. Carroll, con su actuación espectacular, se había hecho una buena reputación en el continente europeo. A semejanza de Kranzbühler, se vería reivindicado cuando el futuro de los acusados no estuviese determinado por jueces y soldados, sino por estadistas y diplomáticos. Carroll abrió de nuevo su despacho de Francfort, y aguardó su oportunidad.

A pesar del bloqueo de Berlín, las presiones políticas no habían llegado a influir aún en los procesos por crímenes de guerra, cuando la defensa de Krupp pidió un receso, después de culpar de todo lo malo que había ocurrido en Essen a los consejeros de Alfried, que le ganaban en edad. La descripción de Kranzbühler al hablar de Alfried era como la de un inocente jovencito que había sido mal dirigido. El 30 de junio, Krupp hizo su declaración personal ante el tribunal. Fue precedido por Löser, el cual describió su papel en la conjura contra el Führer, y concluyó diciendo de su actuación, que «culminó ante el Tribunal del Pueblo; el que la sentencia de muerte no fuera llevada a cabo, y que me encuentre aquí, es más que un milagro».

La voz de Löser había tenido a veces inflexiones de emoción contenida. Alfried, poniéndose en pie lentamente, siguió con su enigmática actitud. Como un Krupp que era, no iba a suplicar ni a demostrar debilidad. Dijo a los jueces, hablando por sus compañeros de banquillo, que había integrado su firma con la convicción de que la reputación de ésta era imperecedera. Ahora se veían como víctimas de una leyenda. Aunque el Kon-

zern era sólo un negocio, se le utilizaba como símbolo de la agresión teutónica. En Villa Hügel, ni cuando era niño u hombre, había oído hablar jamás aprobatoriamente de la guerra, y los jueces debían recordar que «el símbolo de la Casa no era un cañón, sino tres anillos entrelazados, es decir, el emblema del comercio pacífico» (59).

De haber comparecido Gustav von Bohlen ante los jueces, dijo Alfried, tenía la seguridad de que a su padre le hubiesen absuelto, aun tratándose del Tribunal Militar Internacional. Ahora, como hijo suyo, él había ocupado su lugar. Pero su posición era mucho más difícil. Su padre, al menos, supo desde los primeros días del Tercer Reich lo que estaba ocurriendo en Berlín. En consecuencia, habría llevado ante el tribunal un conocimiento detallado de su propio papel. Pero Alfried tenía una gran desventaja. Le pedían que respondiera de un sistema que no había creado, que él difícilmente entendía, y al que a menudo desaprobaba. En consecuencia, manifestó, el caso de la acusación podía resumirse en tres palabras: «*Sie haben zusammengearbeitet*» (Usted colaboró). Ahora, alzando su fuerte voz de barítono para que toda Alemania le oyera, replicó que era cierto, que lo había hecho y estaba orgulloso de ello. «Nadie podrá reprocharnos que en los azares de la guerra hayamos seguido el sendero del deber, un camino que millones de alemanes tuvieron que seguir en el frente o en su casa, y que les llevó a la muerte (*einen Weg, dem Millionen von Deutschen, sowohl an der Front wie auch zu Hause, folgen mussten und der zum Tode führte*).»

Rechazó el cargo de «saqueo de los territorios ocupados» observando que los grandes negocios son internacionales. El asunto de los trabajadores esclavos era muy delicado, y la solución de Alfried a esto nos dice tanto sobre él como todo lo que se haya dicho o escrito. Sencillamente, ignoró el hecho, no deliberadamente, desde luego, pues sabía lo que el tribunal podía hacerle, sino porque para él ese problema no existía, del mismo modo que los esclavos no habían estado allí. Ante el tribunal explicó que a lo largo de la historia de la Firma, «el hombre fue siempre más importante que el dinero. Desde que tuve uso de razón me enseñaron a hacer que nuestra firma sirviera a los hombres que trabajaban en ella, muchos desde hacía dos y aun tres generaciones. Este espíritu imperaba en todas las fábricas. ¿Pueden ustedes creer que algo que tardó un siglo en crearse puede desaparecer repentinamente?». Alfried hablaba con toda seriedad. Pero sin duda se estaba refiriendo a los trabajadores *alemanes*. Los *sklaven* no eran Kruppianer. No siendo seres humanos, no existía el maltrato contra ellos. Este fantástico concepto fue sin duda lo que le permitió declarar solemnemente que «tenía conciencia de no haber violado las leyes humanitarias».

Los tres jueces consideraron su veredicto durante todo un mes. Nadie ponía en duda la culpabilidad de Alfried. Desde el primer momento la opinión de los magistrados acerca del empleo de trabajadores esclavos fue unánime y muy severa. Sólo tres aspectos eran motivo de desacuerdo para Anderson, Daly y Wilkins. El primero creyó a Löser y consideró que debía ser absuelto. Daly, en cambio, era partidario de inculparle, y Wilkins, después de considerar las pruebas se mostró de acuerdo, pero con reservas. En cuanto a Krupp, Wilkins deseaba una insistencia mayor sobre el caso de los saqueos, citando el pillaje de Krupp en ciertas propiedades francesas, yugoslavas y rusas. Sus colegas consideraron que las pruebas en esos casos eran decisivas, y que había motivos suficientes como para condenar a Alfried diez o doce veces, por tal causa. Al debatir la condena, todos convinieron en el encarcelamiento, pero Daly y Wilkins querían que asimismo se le confiscaran las propiedades. Según escribió Wilkins en una nota personal, «decidimos acabar con la firma Krupp

y ordenamos que sus propiedades fueran confiscadas, deseando que las fábricas pasaran a manos de alemanes de mentalidad pacífica...» (60). Según la Ley número 10 del Consejo de Control, estaban capacitados para hacerlo. El Artículo II, sección 2, establecía que cualquier condenado por crímenes contra la humanidad quedaba sometido a uno o a la totalidad de seis castigos, entre los que se contaba la «confiscación de la propiedad». Anderson se mostraba reacio. Después de escribir la opinión de la mayoría, él y Wilkins decidieron añadir breves reseñas disintiendo sobre asuntos de carácter marginal (61).

El veredicto, leído en el gran salón de mármol y caoba, el 31 de julio de 1948, contenía sesenta mil palabras. Tanto la defensa como la acusación se asombraron de la dureza del lenguaje empleado por el tribunal:

> «Ese enorme pulpo, la firma Krupp, con el cuerpo en Essen, desplegaba uno de sus tentáculos después de cada nuevo avance agresivo de la Wehrmacht y chupaba, llevándose para Alemania, todo lo que podía servir para mantener el esfuerzo bélico alemán y a la firma Krupp en particular... que ese crecimiento y expansión por parte de la firma Krupp fueron debidos en gran parte a la favorable posición que tenía ante Hitler, resulta algo indudable. Las estrechas relaciones existentes entre Krupp por una parte, y el Gobierno del Reich, especialmente el ejército y el Comando de la Armada, por la otra, constituían una verdadera alianza. Las actividades de la empresa Krupp estaban basadas en parte en el saqueo de otros países y en la explotación y el maltrato de grandes masas de trabajadores forzados extranjeros.» (62).

El juez Anderson anunció que el tribunal se disponía a pronunciar sentencia, y el juez Daly ordenó: «El acusado, Alfried Félix Alwyn Krupp von Bohlen und Halbach debe ponerse en pie». Alfried así lo hizo. Hubo un momento de silencio, y luego Daly leyó con voz grave: «En relación con el cargo por el cual ha sido condenado, el tribunal le sentencia a doce años de cárcel, y a la confiscación de todos sus bienes, tanto reales como personales». Añadió que el tiempo pasado en reclusión le sería contado iniciándose el plazo de la condena a partir del 11 de abril de 1945. Terminó diciendo: «Puede usted sentarse» (63).

Krupp tuvo dificultades para volver a tomar asiento. De los que le observaron en aquel momento, dos recordarían más tarde su reacción. Alfried esperaba la cárcel, sin duda. Un alemán que se hallaba en una de las casillas de los traductores observó que Alfried reaccionaba «como si el asunto no le concerniese en absoluto» *(als ob das ganze Theater ihn nichts anginge)*, y Rawlins Ragland convino en que se mostró indiferente a la primera parte del veredicto: «Se mantuvo con gesto de esfinge a lo largo del proceso, y la sentencia de doce años no le sorprendió; ni siquiera pestañeó». Pero la pérdida de las posesiones de la dinastía era otra cosa muy diferente. Ragland advirtió que «cuando se anunció la confiscación, [Alfried] se puso blanco como una hoja de papel. Creí que iba a desmayarse. Me dio la impresión de que estaba al borde del colapso» (64).

Hasta los mismos abogados de la acusación mostraron su asombro. No habían pedido eso, si bien Taylor y Ragland convinieron, en voz baja, que era justo. Al fin y al cabo millares de funcionarios nazis de poca monta estaban pagando cuantiosas multas a los tribunales alemanes de desnacificación, y el principio era el mismo. Para algunos ex nazis, la imposición de una multa de quinientos dólares podía suponer «la apropiación de todos sus bienes, tanto reales como personales». No obstante, la confiscación de la fortuna de un multimillonario internacional traería

complicaciones. Al comentar esta decisión, el *New York Times* preguntó: «¿Qué es la propiedad de Krupp? Esa es la pregunta clave. El tribunal... no dijo que consideraba que ésta fuera sólo de Alfried. Ahí reside la dificultad, ya que la familia de Krupp puede que no esté de acuerdo». Un gran titular en *Stars and Stripes* decía: «LA CONFISCACION DE BIENES DE KRUPP LA PRIMERA ORDENADA EN LOS JUICIOS DE GUERRA». Este no era el primer caso. El 30 de junio, el tribunal que juzgaba a Röchlin ordenó una confiscación semejante. Sin embargo, algunos errores de los periodistas nunca se olvidan, especialmente si resultan convenientes. Hasta en nuestros días, el titular del periódico *Stars and Stripes* sigue aún citándose en el Ruhr (65).

Si los norteamericanos no disimularon su asombro, puede juzgarse hasta qué punto los alemanes quedaron atónitos. Apenas escucharon la imposición de penas menores a los ayudantes de Krupp. En los pasillos, Joseph Robinson prometió impugnar el veredicto ante los tribunales norteamericanos, y ante la Corte Suprema, si era necesario. Otto Kranzbühler dijo a los periodistas que los norteamericanos «habían dado un billete de entrada a los rusos en el Ruhr». Sus compatriotas se mostraron igualmente disgustados. Tal vez debido a que Taylor era un general, y los alemanes seguían respetando a los militares, se vio exento de ataques personales. De los jueces, un germano escribió: «El exagerado carácter de sus acusaciones, y la evidente omisión de toda circunstancia atenuante, les dio el aspecto de instrumentos de venganza, y no de legisladores» (66).

El juez Daly fue descrito como un hombre «cuyas facciones ocultaban, más que ponían de manifiesto, una mente no exenta de una inclinación hacia la hipocresía», en tanto que describían a Wilkins como una especie de fiera de presa cuyos ojos «relucían ferozmente» *(blitzen von Angriffslust)* y «cuyo hocico era afilado como una navaja» *(Mund ist messerscharf)*. Según se informó a la patria, Krupp saldría de la cárcel con cincuenta y un años, y totalmente arruinado (67).

Esa no era la estricta verdad. A Alfried aún le quedaban recursos no declarados. Antes de cambiar su traje por el uniforme de penado, a través de Berthold convino en pagar a su equipo de abogados mediante pertenencias que poseía en países extranjeros. Krupp se recobró pronto del veredicto, por otra parte. Una fotografía tomada en el patio de la cárcel, una vez que Anderson, Wilkins y Daly hubieron tomado el avión que les llevaba de regreso a Nueva York, nos muestra a Alfried con dos de sus antiguos directores, jugando al skat. El rostro del que fuera propietario de *die Firma* se halla vuelto hacia la cámara. Están apostando con cerillas, y el tamaño del montón de Alfried demuestra que, como de costumbre, ha ganado a sus rivales.

26

Hoher Kommisar John J. McCloy

Durante la primera semana de agosto, Krupp y los miembros de su directorio que habían sido condenados con él, fueron trasladados a Landsberg, una de las ciudades más hermosas del sur de Baviera, y encarcelados en la Prisión Número Uno para Crímenes de Guerra, una fortaleza medieval que se hallaba dominando un río. Allí fue donde Adolf Hitler estuvo recluido durante la juventud de Alfried, y tras el fracasado *putsch* nazi de Munich. Era el lugar en que el Führer escribió su *Mein Kampf*. Para aquellos que gustan de crear leyendas, y a millones de *Volks* les gusta hacerlo, ése era un incomparable escenario para el martirio de Krupp.

Fue así como surgió una especie de mito durante los treinta meses que Alfried pasó en Landsberg. Algunas de las historias son ciertas. Es verdad que se levantaba a las 6,30 de la mañana, que vestía pantalones y chaqueta de rayas rojas y blancas, que tenía que vaciar su orinal y realizar su turno como lavaplatos, igual que los demás prisioneros. Pero los relatos acerca del ofrecimiento de Alfried para trabajar en la forja de la prisión, donde, equiparando las hazañas de su abuelo ante el yunque, elaboró magníficos candelabros de hierro para el altar ante el cual sus compañeros de prisión oraban por los nacionalsocialistas ejecutados en ese lugar por los norteamericanos, son una fábula absurda, y así me lo dijo el mismo Krupp, con su habitual franqueza (1).

Atuendo a rayas, celdas, orinales y lavado de platos eran cosas desagradables, pero él y los que compartieron su encarcelamiento admiten ahora que algo tenían de vigorizante. El director de la prisión y Krupp pronto hicieron buenas migas, y diez años después de la liberación de Krupp aún seguían enviándose felicitaciones de Navidad. Nadie en la fortaleza comía *Bunkersuppe*. Por el contrario, la comida allí era bastante mejor que las raciones que se distribuían en la ciudad. Aparte de una misión ocasional en la lavandería o la cocina, Alfried disponía de todo su tiempo. Por vez primera desde su detención en Villa Hügel, pudo fumar sus Camel uno tras otro, como solía hacerlo antes. La biblioteca de la cárcel se hallaba bien provista de libros y periódicos en diversos idiomas, así como de papel y tinta. Generalmente Alfried leía novelas o escribía. «Landsberg —recordó posteriormente Fritz von Bülow— fue unas largas y soleadas vacaciones.» (2).

Krupp escribió su primera carta en la medieval penitenciaría, el 21 de agosto. Dirigida *An den amerikanischen Militärgouverneur General Clay, APO 742, Berlin,* sólo puede describirse como un error que se extendía a lo largo de nueve páginas. En la misiva repitió todo cuanto había dicho durante el juicio. La Casa de Krupp fue juzgada como un símbolo («De pronto me vi ocupando el lugar de mi padre en el proceso criminal»); condenarle por saqueo era injusto, debido a que las leyes de La Haya a este respecto no eran claras. Los testigos de la acusación habían mentido, y debía culparse a los nazis de Berlín del trato dado a los prisioneros de guerra. De todos modos, si los Kruppianer habían cometido algún exceso, «No alcanzo a comprender que mis ayudantes y yo debamos ser inculpados por responsabilidades criminales debidas a excesos cometidos por subordinados que pertenecían a esta gran organización». La única explicación de todo era un tribunal «taimado y con prejuicios». En consecuencia, Krupp solicitaba a Clay que anulase el veredicto, le liberase al momento, y dejase sin efecto la «injusta» confiscación de sus propiedades (3).

No era una petición que pudiera ganarse las simpatías de un oriundo de Georgia que hasta tenía recelos de los potentados norteamericanos. El mayor error de Alfried, sin embargo, fue escribir por su cuenta. Los condenados tenían el recurso de apelar a un cuerpo determinado, y la carta de Krupp, que ningún abogado hubiese aprobado, constituía una apelación hecha por un prisionero que actuaba como su propio abogado. El general, considerándolo así, entregó la misiva al comité de revisión, integrado por los jueces J. Warren Madden y Alvin Rockwell, y por el coronel John Raymond, el cual más tarde se convirtió en asesor legal del Departamento de Estado. Durante siete meses estudiaron las declaraciones y documentos, examinando las pruebas presentadas contra Alfried y Fritz von Bülow, pues este último envió una carta parecida a APO 742. Obrando según la recomendación de los examinadores, el gobernador militar «confirmaba en todos los aspectos» las sentencias del 1.° de abril de 1949, y declaraba que en su opinión el juicio suministraba evidencia «en un grado sin paralelo, de cómo la codicia, en manos inescrupulosas, podía llevar destrucción y miseria al mundo». El general modificaba el veredicto en un solo punto. Las distintas pertenencias de Krupp serían entregadas a los diferentes comandantes de las zonas norteamericanas, inglesa, rusa y francesa. El general Clay explicó posteriormente a este autor, que «no había otra solución, ya que nuestros tribunales sólo tenían jurisdicción en nuestra zona de ocupación» (4).

Esto agotó los recursos reales de Krupp. Le habían juzgado y condenado; apeló y rechazaron su apelación. La única esperanza que le quedaba era esperar el perdón, lo cual parecía descabellado, ya que otros nazis habían sido ahorcados por delitos menores que los de Krupp. Aun entonces, veintiocho de sus compañeros de prisión, comprendidos los oficiales de las SS que permitieron el fusilamiento de setenta y un prisioneros de guerra norteamericanos, cerca de Malmédy, después de la batalla del Bulge, usaban la chaquetilla roja que les identificaba como condenados a la horca. En Washington el senador Joseph McCarthy estaba empeñado en una solitaria lucha en favor de los condenados de Malmédy, pretextando que habían sido «tratados brutalmente para extraerles las confesiones». Pero ni siquiera McCarthy habló en favor de Krupp. Por otra parte, en el Congreso norteamericano se apoyaba la decisión de haberle despojado de sus posesiones. El 28 de febrero de 1949, una delegación de senadores encabezada por James E. Murray, de Montana, presentó a Clay un «memorándum en apoyo del Decreto de Confiscación de Propiedad». En realidad, cualquier procónsul norteamericano que hubiese ignorado

las decisiones de sus tribunales habría causado una tan violenta reacción en Estados Unidos, de la que podía salir malparado (5).

En definitiva, nada ocurrió. Los austríacos reclamaron el Berndorferwerk, y los rusos se habían apoderado ya del Grusonwerk; pero aquellas fábricas hubiesen cambiado de dueño aunque Alfried no hubiera sido juzgado. Virtualmente casi todas las fábricas, minas y yacimientos de Krupp se hallaban en la zona británica. El general Clay notificó a su colega británico del decreto de confiscación. No recibió respuesta. La industria francesa tenía reclamaciones innegables contra Krupp, y el general francés también se mantuvo en silencio. No había manera de tocar las posesiones de Krupp en los países neutrales, por otra parte, pero sus acciones en las empresas norteamericanas estaban disponibles, y su equipo legal confirma hoy que nadie se las apropió entonces. Con esto no sugerimos que existiera una conspiración internacional de financieros en favor de un capitalista humillado. Una explicación más sensible es que los asuntos del Konzern estaban tan embarullados, y faltaban tantos documentos fundamentales, que el único curso factible parecía dejarlo todo bajo supervisión militar hasta que la madeja pudiera desenredarse un poco.

Una vez al mes Berthold se presentaba en Landsberg con una abultada cartera. En teoría la única firma del Ruhr a la que se permitía una administración alemana era el Gutehoffnungsghütte, con el que Friedrich Krupp se había hecho siglo y medio antes. En la práctica, los ingleses dedicaban sus energías a desmantelar, y dejaban que los alemanes hicieran de supervisores de la ocupación. Los supervisores de Essen rápidamente asumieron el carácter de un directorio secreto. Con la aprobación de su hermano mayor, Berthold encabezó un *Familienrat.* Cada uno de los directores recluidos en Landsberg nombró un delegado antes de abandonar Nuremberg. Guiados por el largo brazo de Landsberg, los delegados proyectaron la reconstrucción y la puesta en marcha de la producción. De vez en cuando había algunas diferencias entre ellos y los funcionarios del Essener Hof. En una oportunidad, el general de división William A. Bishop expulsó a Paul Hansen por «fomentar sentimientos antibritánicos». Al día siguiente Hansen estaba de vuelta. Como director de desmantelamiento, resultaba indispensable para Bishop (6).

Sin Krupp, su imperio languideció. El adiestramiento de aprendices y la reparación de locomotoras prosiguió; pero lo demás carecía de importancia. Incluso cuando el desmantelamiento alcanzó su apogeo, hubiera podido iniciarse una provechosa línea de montaje. Aunque se carecía de maquinaria, la Firma retenía un capital: la habilidad de sus artesanos, la competencia de sus ingenieros, la capacidad de organización de sus supervisores. Pero faltaba el Konzernherr. En esos tiempos los vientos parecieron soplar mal, pero a la larga fue beneficioso para Krupp. Su presunto sufrimiento contribuyó a aumentar su fama como «verdadero Krupp», igual que lo habían sido Alfred, Fritz y Gustav. En el folleto *Warum wurde Krupp verurteilt?,* Tilo von Wilmowsky se manifestaba en contra de la condena de su sobrino, argumentaba que los esclavos de Alfried en realidad le debían la vida, pues de no haber sido por Krupp hubieran muerto en las cámaras de gas. Karl Otto Saur era consciente como un advenedizo de «groseros modales». El barón se refería al último testigo de la acusación, como a «ese hombre que realmente representaba el "programa de esclavitud laboral" de los que gobernaban Alemania *(Dieser Mann, der das "Sklavenarbeitsprogramm" der deutschen Machthaber wirklich verkörperte),* y que debió haber cambiado de asiento con el acusado. Ese hombre hizo de nuevo lo peor contra sus víctimas, como había hecho bajo el mando de Hitler» (7).

Ignoramos cómo Saur, un técnico sin responsabilidad alguna sobre los trabajadores, pudo haber sido acusado de la *Menschenjagden* de Sauckel y Krupp. Sin embargo, debería lamentar su declaración del 8 de junio de 1948 en el Justizpalast. Después de un breve período en Munich, donde instaló un despacho como ingeniero consultor, se perdió de vista. Los trabajadores de Essen cuyas declaraciones también perjudicaron a su patrono, igualmente desaparecieron. Incluso Gerhardt Marquardt, Kurt Schneider y Fritz Niemann, los tres hombres que ayudaron a escapar a las hermanas Roth y sus amigas, se esfumaron. El barón fue creído por todos los alemanes *krupptreue,* cuando justificó la asombrosa historia del Berthawerk escribiendo: «Gustav Krupp y sus ayudantes no favorecían el plan, ya que deseaban mantener las fábricas de Essen, como centro principal de la producción». Fue Alfried, desde luego, y no su padre, el responsable de establecer una fábrica en Silesia. Y el motivo principal de esa construcción fue crear una factoría complementaria, para el caso de que la RAF bombardease y destruyera por completo la Gusstahlfabrik. Tilo, desde luego, no sabía nada sobre todo esto. Incluso insistió en que «durante todo el tiempo necesario para la construcción y puesta en marcha de los talleres, la firma Krupp tuvo que sentir el peso de la orden de Hitler, y las constantes presiones del Ministerio de Armamento».

Aislado en Marienthal, el barón no podía saber que el Ministerio de Armamento había sentido, por el contrario, todo el peso de Alfried Krupp respaldado por el Führer, con lo que estaba escribiendo una cosa y demostrando otra. Cegado por la pena que le producía la humillación de su sobrino, insistió en que «la negativa a emplear trabajadores extranjeros, habría sido una pública demostración de protesta, y hubiese equivalido al suicidio» *(sie wäre einem Selbstmord gleichgekommen),* y todo esto sin tener en cuenta los testimonios de numerosos industriales de Nuremberg que habían rechazado envíos de esclavos de Sauckel, y que quedaron impunes.

Para Tilo, cualquier rumor, por carente de fundamento que fuera, era bien acogido, si contribuía a ayudar al nombre de la familia de su mujer. En consecuencia, ni siquiera intentó examinar los documentos que revelaban primero la participación de Gustav, y más tarde la de Alfried en la jefatura del partido nacionalsocialista. Para él, los dos hombres no eran más que otras dos víctimas del nazismo, y adoptó la explicación de Alfried respecto a la injusticia del tribunal: «Los jueces estaban evidentemente tan influenciados por la "Leyenda Krupp", que resultaba inconcebible para aquéllos que esta empresa industrial, que se veía abrumada por el mito de la omnipotencia, hubiera estado bajo la dominación de los dirigentes nacionalsocialistas *(der Gewalt der nationalsozialistischen machthaber),* del mismo modo que otras entidades industriales lo estaban».

En APO 742 los retorcidos razonamientos de Tilo no fueron tenidos en cuenta, al ser presentados. El barón Wilmowsky terminaba su folleto con una cita del propio presidente Lincoln; «Nada está aclarado, hasta que queda debidamente aclarado». Las autoridades norteamericanas de ocupación estaban de acuerdo con esta máxima, y se hallaban en esos momentos preparando justamente un volumen que comprendía 1.539 páginas, con resúmenes de los procesos llevados a cabo. Este libro, escrito en alemán, sería entregado a todas las bibliotecas de las tres zonas occidentales.

Con ello se aclararían los asuntos debidamente, se corregirían los flagrantes errores sustentados por el barón Wilmowsky, y se haría saber al pueblo alemán lo que había sucedido realmente; cuáles habían sido

los delitos cometidos por Krupp, por los que había sido condenado. Desgraciadamente, hubo un apreciable error de cálculo. El libro hubiera contribuido notablemente en el sentido que se proponían, pero no llegó a ponerse al alcance del público. El sucesor de Clay en el Gobierno de la zona norteamericana, considerando que podía dañar la necesaria amistad entre Alemania y Estados Unidos, ordenó que no fuera distribuido (8). Así es como la única versión de apreciable extensión, que referida al proceso de Krupp pudo conseguirse en Alemania —y que hasta el momento de la publicación de este libro sigue siendo la única disponible—, fue el parcial relato del barón Tilo.

«Herr Krupp brütet Tag und Nacht über seine Geschäfte», escribió a su casa un compañero de prisión de Alfried: «Herr Krupp piensa día y noche en sus negocios». Era la opinión de una minoría. *«Die Zeit schwindet ihm unter den Händen»* (El tiempo pasaba rápidamente), ya parece más de acuerdo con la realidad. A decir verdad, Krupp se encontraba muy solo. Las visitas de su madre, de su hermano y su tío eran poco frecuentes, y la reclusión prolongada produce un intenso malestar espiritual. A pesar de todo, el núcleo de su fuerza y su orgullo permanecía intacto. Sus cartas a Anneliese Bahr, preguntándole por el hijo de ambos, eran corteses, aunque impersonales; cuando Anneliese llegó a Landsberg, Alfried la recibió afectuosamente; no obstante estaba claro que no deseaba intentar la renovación de los antiguos vínculos. Su correspondencia con una de las amigas de ella, era más afectuosa. Sin que Anneliese lo supiera, una rubia mundana, agresiva y felina llamada Vera Hossenfeldt, a la que Alfried conoció siendo él aún joven, comenzó a escribirle por iniciativa propia. Había algo en sus cartas que conmovió a Krupp, y él le contestó; pero un condenado a doce años de cárcel, y con porvenir escasamente esperanzador, poco tenía que ofrecer a una mujer. Aunque el aislamiento resultaba duro, Alfried había resuelto soportarlo sin mantener sueños ociosos y sin hundirse moralmente. Cualquier señal de debilidad sería como una capitulación. Debía mantenerse fuerte, y se negó a suplicar ninguna gracia personal en su carta al general Clay. Cuando se le ofreció una oportunidad de ver el mundo exterior, diecisiete meses más tarde, Alfried la desdeñó.

La ocasión se presentó con motivo de la muerte de su padre. El 16 de enero de 1950, Gustav movió la cabeza sobre la almohada por última vez; Bertha, que sostenía su mano, notó que se le iba enfriando. El entierro presentaba numerosos problemas, ya que para empezar, no sabían dónde colocar los restos del anciano. El panteón familiar en el cementerio de Kettwig, ahora formaba parte de la nueva Hauptbanhof de Essen. Blühnbach aún se hallaba en manos norteamericanas, y los funcionarios vieneses que pudieron haber ayudado, no compartían el respeto de los alemanes por la dinastía. Era evidente que se necesitaba el consejo del cabeza de la familia. Esta se hallaba aún dispersa. Harald, ahora en una prisión para personajes en las afueras de Moscú, supo cuatro años antes por boca de un oficial del Ejército Rojo que Gustav había fallecido, y ahora, con gran asombro, otra vez le daban un mensaje parecido.

El barón se enteró de la noticia por una llamada telefónica anónima; Berthold recibió un telegrama de su madre, e inmediatamente despachó otro cable a Alfried, el cual se dirigió con la misiva al director de la cárcel (9). Este expresó sus condolencias al penado de alta estatura que se mantenía rígidamente erguido ante él. Entonces Alfried preguntó si podrían dejarle salir provisionalmente para ayudar a su madre. El director consultó con autoridades superiores, y contestó que era posible, pero

siempre que Krupp estuviera constantemente acompañado por una guardia de seguridad. Alfried giró sobre sus talones y salió del despacho. Con ello el penoso problema del entierro quedaba a cargo de Berthold, el cual llegó a la posada de la carretera al día siguiente. Bertha, agotada tras cinco años de cuidar al enfermo, casi constantemente al lado de su cama, no estaba en situación de tomar decisiones. Indudablemente, el huerto de la posada no resultaba apropiado para enterrar a Gustav, el cual se habría sentido indignado en vida, si se lo hubieran dicho. Acuciado por la necesidad de hacer algo, Berthold ordenó la cremación de los restos en Salzburgo. «En realidad, era lo único que podía hacerse», dijo suspirando, posteriormente. En efecto, incluso parecía que en aquella época no se le ahorraba nada a la familia, y más, cuando el chato cajón del crematorio avanzaba hacia las llamas, un fotógrafo de *Life* avanzó rápidamente y sacó una instantánea que aparecería reproducida en todo el mundo al cabo de una semana (10).

La viuda y su hijo abandonaron el lugar con la urna que contenía las cenizas. ¿Qué hacer con ellas? ¿Colocarla en el alojamiento provisional de Berthold en Essen? La casa no le pertenecía. ¿Ponerla en una caja fuerte de alquiler? No; podían extenderse los rumores, dando lugar a desafortunadas conclusiones. Además, Bertha insistió en que deberían celebrarse oficios religiosos. De pronto Berthold se dio un golpe en la frente con la mano, *Verdammter Idiot!* ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tenían Obergrombach, una pequeña propiedad de los Bohlen en Baden. Nadie vivía allí; sería un buen sitio para colocar las cenizas. De nuevo fue informado Alfried. Otra vez solicitó permiso para salir, y una vez más, al informársele que deberían mantenerle bajo vigilancia, salió airadamente de la oficina del director. La ceremonia fue sencilla. Resulta difícil imaginarse un funeral menos aparatoso y contrario de lo que el anciano hubiera deseado. Pero es que Gustav murió en una mala época.

Telford Taylor había pronosticado que la muerte de Gustav daría lugar a un ataque contra el veredicto de confiscación de bienes. Kranzbühler no podía desperdiciar semejante oportunidad, y, como era de esperar, al cabo de una semana, Bertha reclamó la fortuna familiar, estimada por ella y sus abogados en bastante más de 500 millones de dólares. Los alemanes, que en general no estaban enterados acerca de la Lex Krupp, supieron a través de una breve noticia radiada, que Hitler aparentemente había promulgado un decreto desusado. Bertha pedía ahora a los vencedores que lo anularan. Perplejos, los germanos se enteraron de que, según Bertha, la ley

> «...que designaba a su hijo Alfried como único heredero y propietario es ilegal, ya que fue decretada por el Führer violando las leyes de bienes inmuebles. [*...ihren Sohn Alfried als einzigen Erben und Eigentümer einsetzte, sei ungültig, da der Führer sie in Verletzung des Gesetzes erlassen habe*]. En consecuencia solicitaba a las autoridades de ocupación que ella y sus demás hijos participasen en el legado. Los hermanos y hermanas de Alfried apoyaron la petición.» (11).

No hubo respuesta. A Krupp no se le permitía ni siquiera el inhabilitamiento por parte de su madre. Lleno de disgusto, Alfried volvió a sus periódicos y a contemplar el hermoso panorama del río Lech. Pero ambas cosas le resultaban ya demasiado aburridas, pues para entonces llevaba encerrado casi cinco años. La última vez que vio Alemania, ésta se hallaba totalmente en ruinas. Nueve de cada diez fábricas estaban paradas.

No había comunicaciones telefónicas, ni correo, ni medicinas para los soldados y los civiles que atestaban los hospitales. El poderoso Rhin se hallaba atascado por 754 lanchones hundidos, sólo en la zona norteamericana; la red ferroviaria estaba insensible, con 885 puentes destrozados, y algo parecido ocurría con las carreteras.

Pero en menos de un lustro la fabulosa patria estaba en marcha de nuevo. Mientras observaba hacia abajo, Krupp podía ver barcazas pintadas de vivos colores, reluciendo con sus accesorios de latón, las que recorrían el curso del Lech. Si estaban allí, también debían hallarse en el Rhin y el Ruhr. La carretera que flanqueaba las orillas aparecía llena de flamantes automóviles cuyas fotografías había visto en las revistas, y que casi le parecían imposible. Junto a los «Volkswagen», «Opel», «Kapitan» y «Mercedes Benz», pasaban enormes camiones de remolque doble llevando mercancías para la venta. Los hombres de Landsberg fumaban largos habanos, y las mujeres resultaban elegantes con sus nuevas ropas de nylon. Los niños de la ciudad volvían a tener aspecto robusto, vistiendo sus típicos *Lederhosen* (pantalones de cuero) (12).

La Alemania que Krupp dejara al entrar en la prisión se había ido para siempre, había cambiado bajo circunstancias trascendentales. Afuera, sus compatriotas hablaban, del «milagro económico» *(Wirtschaftswunder)* de Alemania Occidental, y se referían a su propio país como una tierra de maravillas económicas *(Wirtschaftswunderland)*. Se habían producido asombrosos cambios por todas partes, y unas pocas cifras son reveladoras. En cinco años la renta bruta de la nación subió un 70 por ciento, las exportaciones se multiplicaron por siete, y los créditos eran superiores que en cualquier otro Estado europeo. Por cada casa que se construía en Francia, los alemanes levantaban ocho, al punto de que estaban alzando cerca de medio millón de casas por año.

En cuanto a la industria pesada, Francia iba quedando rápidamente atrás. La producción alemana de carbón se había duplicado, la del acero aumentó de 2.500.000 toneladas anuales a 11.000.000, y aún habría aumentado más, de no haber puesto los Aliados esa cifra como tope máximo. Impulsada por la célula madre del Ruhr, la truncada Alemania había sobrepasado la cúspide económica de 1936, que fue el mejor año de Hitler, y la fabricación de radios, automóviles y electrodomésticos era casi el doble que la de aquel año. El desempleo descendió al 3,5 por ciento, y aún seguía bajando. En la derrota, los alemanes estaban llevando a cabo todo aquello que el Führer les prometió y no pudo cumplir. De nuevo Alemania competía con el Reino Unido por la supremacía económica. Y todo esto, debemos recordarlo, se llevaba a cabo con el treinta por ciento del antiguo Reich en manos de los soviéticos (13).

¿Cuál era la explicación? La revista *U. S. News and World Report* escribió que «en Alemania Occidental, bajo el sistema de la libre empresa, fueron muchos los que se hicieron ricos». Las fortunas seguían haciéndose, al punto que el «Mercedes» decía una frase corriente, era el «Volkswagen» del Ruhr; pero los Schlotbarone que los conducían se hubieran sentido disgustados ante la sugerencia de que su nueva prosperidad se debía a lo que ello sarcásticamente llamaban «*freie Wirtschaft*». Indudablemente, Ludwig Erhardt tenía mucho que ver en el asunto. Sin embargo, el ministro de Economía alemán era tan partidario del *laissez-faire* como pudo serlo Schacht con Hitler. Sus principales contribuciones fueron la concesión de créditos respaldados por el Gobierno, y los impuestos liberales a los fabricantes. Y por útil que resultara su intervención, el sucesor del secretario de Estado Byrnes la empequeñeció cuando, el 5 de junio de 1947, subió al estrado del patio de Harvard

e invitó a Europa Occidental a unirse a Estados Unidos en una operación intensiva.

Mediante el Plan Marshall, el Programa de Recuperación Europea y otros proyectos monetarios semejantes, se inyectaron cuatro mil millones de dólares en la averiada economía del Reich. Una vez que el *Wirtschaftswunder* se hubo realizado, la mayor parte de sus beneficiarios adoptaron la misma actitud que Gustav Krupp adoptó hacia el plan Dawes de 1920. Era comprensible; se hallaban orgullosos de su éxito, y les habían ofendido. Un joven protegido de Speer, que floreció en aquel país de maravillas, dijo a Charles Thayer: «En el Ruhr nosotros no vimos mucho de aquel dinero. Tal vez debieron ustedes haber contratado mejores encargados de relaciones públicas, para hablarnos de su ayuda». Un fabricante de acero hizo notar a este autor: «Marshall no tuvo nada que ver. Este fue un milagro alemán». Otro fabricante, éste de productos químicos, manifestó: «Nos volvimos a poner en pie porque trabajamos duro. El Programa de Recuperación Europea poco tuvo que ver con eso» (14).

Aunque cuatro mil millones de dólares produjeron sin duda su efecto, el *Wirtschaftswunderland* no fue creado sólo por el dólar, sino que se debió a diversos factores. Uno, sin duda alguna, era el poderoso y ancestral anhelo teutón de superar al continente. Los alemanes siempre fueron trabajadores natos, y ahora trabajaban más duro que nunca. Otro factor, aunque lo nieguen apasionadamente los barones del Ruhr, fue el hecho de que los norteamericanos acabaran con las grandes empresas monopolíticas, lo que abrió el camino a advenedizos bien capacitados. Al mismo tiempo, los alemanes, por no intervenir en la guerra fría, se veían libres del peso muerto que significaban los presupuestos militares. La contribución de Francia a la NATO era de varios miles de millones al año, y los gastos de defensa británica absorbían el diez por ciento del presupuesto nacional; en cambio, no había un solo alemán de uniforme.

Paradójicamente, los derrotados industriales resurgieron de la bruma de 1945 con un fondo poco perceptible, pero vital. Aunque sus fábricas se habían visto reducidas a hierros retorcidos y ladrillos desmenuzados, muchas de sus máquinas-herramientas se hallaban casi intactas. Estos artefactos, indispensables para la producción en la paz, incrementaron su cantidad gracias al impulso agresivo del Führer. Durante la época de Munich, Alemania tenía 1.281.000. Cuando el Reich se hundió, el inventario de máquinas-herramientas de las zonas de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, ascendía en realidad a 2.216.000. En otras palabras, durante seis años de victorias y derrotas, la fuerza potencial productiva del Ruhr se duplicó. En Essen, los delegados de Alfried ocultaron su modelo a escala del *Prinz Eugen* en el techo del Hauptverwaltungsgebäude, para que no lo vieran los guardianes ingleses. Para ellos era un recuerdo de la gloriosa travesía del 11 al 12 de febrero de 1942, cuando el poderoso navío de guerra de Krupp cruzó sin ser molestado el Canal de la Mancha. «Nada más mortificante para el orgullo marítimo ha ocurrido en nuestras aguas desde el siglo XVII», escribió entonces el *Times*, y para algunos Kruppianer ello sugería la posibilidad de una gloria futura aún mayor. Pero las herramientas no estaban en un techo, sino que se hallaban en sótanos bien aislados y se las engrasaba dos veces por semana, aguardando el día en que *die Firma*, a semejanza de otras empresas del Ruhr, pudieran utilizarlas (15).

Si bien debe rendirse un homenaje a la vitalidad y capacidad alemanas, la maravilla económica de los años cincuenta fue determinada en gran parte por fuerzas externas, algunas de las cuales eran económicas. El Ruhrgebiert era indispensable para un continente exhausto, que lu-

chaba por no perecer. Gran Bretaña temía la competencia alemana, pero los ingleses también pasaban hambre, y Londres no podía justificar el envío de alimentos a Bremen y Hamburgo porque a los alemanes se les prohibiera elaborar los suyos. A los holandeses les ocurría algo distinto. Hallándose Alemania postrada, el puerto de Rotterdam funcionaba a la mitad de su capacidad. Lo mismo ocurría con Amberes, con los navíos mercantes noruegos, sin fletes; con los yacimientos suecos y las minas belgas que proveían de arena para el moldeo del Kruppstahl. Hasta los suizos se vieron comprometidos. Sin su mejor cliente, Alemania, grandes centrales eléctricas se hallaban inactivas. Tratando desesperadamente de pasar por alto las protestas de los Países Bajos, Escandinavia y los Alpes, los expertos Aliados intentaron crear industrias livianas en el Ruhr. De nada les valió. Las fábricas textiles y de bienes de consumo no eran aptas para la forja. Aquello era un yunque, no una rueda (16).

Los barones lo sabían perfectamente, y se daban plena cuenta de que Europa les necesitaba. Ello les daba derecho a un lugar en la mesa de las negociaciones, y la fortaleza de su posición creció conforme la temperatura de la guerra fría iba descendiendo. El discurso de Byrnes en Stuttgart fue la primera evidencia. La segunda apareció en el mes de marzo siguiente, cuando la misión económica de Herbert Hoover en Alemania y Austria, al informar al presidente Truman, criticó el desmantelamiento y la restricción de la producción del Ruhr. En abril la conferencia de Moscú y la restricción de la producción del Ruhr terminó con un desbarajuste desalentador, revelando al mundo entero el abismo insalvable que existía entre Stalin y sus antiguos aliados. Entonces se produjo el bloqueo de Berlín, el pasillo aéreo, el enorme cambio en la actitud de los soldados norteamericanos hacia el derrotado Reich (el «ellos» se convirtió en «nosotros») y la variación en las alianzas internacionales, que proporcionaron una salida para la energía y la destreza acumuladas (17).

Las potencias occidentales no pusieron fin a su estado de guerra hasta 1951, año en que Washington también cambió su actitud hacia Krupp. Pero los hábitos diplomáticos marchaban igualmente por detrás de los acontecimientos. Si uno debiera buscar un día precisamente que señalase el comienzo de la nueva Alemania, ése sería el 12 de mayo de 1949. En la mañana de esa jornada, los rusos, derrotados por el pasillo aéreo, terminaron su prolongado bloqueo, y en el momento en que los primeros camiones y trenes llegaban desde el oeste a la capital, el general Clay salía de ella para sostener una conferencia histórica en Francfort.

Desde setiembre, setenta alemanes sin pasado nazi se habían estado reuniendo en una escuela normal de muchachas de Bonn, a fin de redactar la Constitución de un nuevo Estado. Clay estableció los detalles finales, los aprobó, y luego regresó a Estados Unidos, para entrar en situación de retiro. Tres meses más tarde Bonn celebró elecciones. Konrad Adenauer se convirtió en el primer canciller alemán desde el suicidio de Adolf Hitler, producido cuatro años antes. Como gesto de fe en el nuevo país, Estados Unidos, Francia y el Reino Unido decidieron concluir con el Gobierno Militar. En el futuro, cada uno de los vencedores estaría representado por un alto comisario (18).

«Había vuelto la pleamar», escribió más tarde Fritz von Bülow. Si bien Krupp permanecería en la fortaleza de Landsberg otro año y medio, los acontecimientos se sucedían rápidamente. A pesar del mito de Essen en el sentido contrario, Krupp no contribuyó al *Wirtschaftswunder*, si bien el cambio en la política continental, y el clima económico, alteraron sus propias posiciones enormemente. Más tarde, hablando de esto a un escritor, Alfried manifestó:

«En lo que se llamó desafortunadamente milagro, no existe realmente nada de milagroso. En primer lugar, los alemanes comprendieron después de la Primera Guerra Mundial que podían recuperarse de la derrota. Esta lección les inspiró constantemente, hasta que volvieron a recobrarse. El trabajo duro es el factor principal [*Der Hauptfaktor war harte Arbeit*]. Esta vez teníamos que comenzar desde abajo, y debíamos de aplicarnos más duramente. El Plan Marshall y la demás ayuda norteamericana nos echó una mano. Otra ayuda fue de tipo político. Podíamos levantarnos de nuevo mientras la coalición antigermana de los tiempos de la guerra se deshacía y se abandonaban los esfuerzos para perseguir a Alemania. Pero otro ideal nos llevaba a la cumbre. Tuvimos buena suerte, lo que añadido a todo ello fue causa de nuestra recuperación; pero no fue un milagro.» (19).

La suerte se portó con Alfried de manera increíble. Durante los cien años transcurridos desde que Alfred Krupp nerviosamente puso al descubierto el reluciente cañón de campaña en el Crystal Palace, del Hyde Park, sólo un arma se había enfrentado con los productos *Waffenschmiede*, derrotándolos: el tanque T-34 ruso. Guderian lo demostró al tener que detener su avance hacia Tula y Moscú. En la dolorosa encrucijada de Kursk los T-34 hicieron pedazos el último gran escudo de Alfried. Este recuerdo aún le atormentaba, si bien durante el período de encarcelamiento fue aprendiendo poco a poco a olvidarlo. A pesar de todo, estos tanques aún existían en gran número, alimentándose en las válvulas de combustible de los extensos parques de carros de asalto de Siberia, y su baja y amenazadora silueta, estaba a punto de entrar de nuevo en la vida de Krupp (20).

A las ocho de la noche, hora alemana, del sábado 24 de junio de 1950, cuando Alfried se hallaba jugando al skat, el T-34 seguía siendo el mismo tanque: de 32 toneladas, amplia oruga, protegidos por una plancha de acero de excepcional espesor, y armado con un cañón de 85 mm y dos ametralladoras de 7,62 mm. Las ocho de la noche en Landsberg eran las cuatro de la madrugada del día siguiente en Corea. Allí el calendario ya indicaba la fecha del sábado 25 de junio, si bien nadie al norte del paralelo 38 podía ver el almanaque ni cosa alguna, ya que un general norcoreano llamado Chai Ung Jun había ordenado el oscurecimiento general. En las tinieblas, y bajo la lluvia, el general Chai, habiendo recibido consentimiento del premier Kim Il Sung y de sus consejeros soviéticos, acababa de desplegar en formación 150 T-34 y 90.000 hombres más allá del paralelo 38, en un arco que abarcaba cuarenta y dos millas. En los relojes de las capitales del mundo había sonado la hora de la guerra, otra vez (21).

Los tanques de Chai avanzaban hacia Seul, y para la Casa Krupp se convirtieron de pronto en las armas más esperanzadoras desde que los cañones de retrocarga de Alfred hicieron trizas a los del Segundo Imperio, el de Napoleón III, en Sedán. Cuatro generaciones de Kruppianer, al describir aquel día dorado del Mosa, dijeron a sus aprendices e hijos: «*Wenn Deutschland blüht, blüht Krupp*» (Cuando florece Alemania, florece Krupp). Ahora el milagro económico privado de Alfried estaba a punto de realizarse, y todo debido a un amenazador despliegue de monstruos mecánicos bolcheviques manejados por *Untermenschen* asiáticos que se hallaban en la otra parte del globo. Aquello era un golpe de suerte tan increíble, que parecía un sarcasmo. Pero, evidentemente, el conde-

nado cuya celda se abrió para dejarle salir, no se detuvo a pensar demasiado en los motivos que le permitían recuperar la libertad.

El único que niega la intervención de Chai como factor que contribuyó a dejar libre a Krupp, es John J. McCloy, quien al hacerse cargo del puesto de alto comisario, exactamente once meses antes, había heredado los poderes del general Clay. Vivaz, de corta estatura y muy franco, el banquero de Nueva York insiste en que fue *él* quien hizo girar la llave de la celda de Krupp. «No hay una sola palabra de verdad en el asunto de que la liberación de Krupp se debió al estallido de la guerra de Corea —asegura sin vacilar—. Ningún abogado me dijo lo que debía hacer, y no fue un asunto político. Se trataba de una cuestión de conciencia.» John McCloy es, merecidamente, uno de los hombres públicos más respetados, y nadie que le conozca pondría en duda su integridad. Sería injusto decir otra cosa porque mientras estaba en el Departamento de Guerra había favorecido sólo una tibia política de desnazificación, y no porque los nuevos hombres de negocios adulaban al nuevo *Hoher Komissar* (22).

McCloy era un hombre hábil, magníficamente dotado para su nuevo cargo en Francfort. Como capitán en la Primera Guerra Mundial sirvió con las fuerzas de ocupación de Coblenza. Si bien tenía poca experiencia en los tribunales, poseía el título de abogado, y fue responsable de la condena en La Haya, veinte años más tarde, de los saboteadores alemanes de 1916. Verdadero trotamundos, conocía Europa casi tan bien como los europeos; diestro negociador, fue instrumento para la colaboración entre los generales Giraud y De Gaulle en la primavera de 1943, y ciertamente estaba mejor calificado para administrar la zona norteamericana que cualquier otro funcionario del Departamento de Estado. A pesar de todo, no era infalible. Como veremos después, los documentos demuestran que en realidad no tuvo mucho que ver con la decisión sobre Krupp, y no había hombre alguno, aunque fuese John J. McCloy, que permaneciese incólume ante el ciclón que se desató sobre Corea en la segunda mitad de los años cincuenta (23).

Esta vez la confrontación era más grave que la de Berlín. A menos de cinco años de la capitulación del imperio japonés, las potencias occidentales, dirigidas por Estados Unidos, estaban luchando en una contienda de grandes proporciones. Washington oteaba a través de ambos océanos, ya que la mayor parte de sus fuerzas occidentales se hallaban ocupando Alemania. Aquel era el punto clave, y todo el mundo lo sabía. «Era necesario que cambiase la actitud de Estados Unidos acerca de Nuremberg», manifestó Otto Kranzbühler más adelante, mientras que Benjamín Ferencz, que se sentó frente a Kranzbühler en el helado Justizpalast, dijo: «En aquella época había una sensación de pánico respecto a los rusos, un sentimiento de que era urgente llegar a un acuerdo con los alemanes. McCloy no podía desentenderse de ese ambiente». El *New York Times* señaló que «revivir la industria del Ruhr y mantener sometidos a los industriales eran objetivos diametralmente opuestos. De la noche a la mañana, los fines del Plan Marshall cambiaron por completo. Los que trazaron el plan original especificaron que ni un solo dólar debía gastarse en armamento. Ahora Washington dijo a las capitales europeas que cuanto mayores fueran sus presupuestos militares, mayor sería su participación en el ERP. Por encima de todo estaba el urgente asunto de la división de Alemania. El alto comisario británico, sir Ivone Kirkpatrick, declaró en privado: «Debemos hacer que Alemania entre en el asunto» (24).

«A los alemanes —escribió posteriormente T. H. White—, el conflicto asiático les suministró un provecho rápido, completo e incondicional... El

florecimiento de la industria alemana tras el estallido de la guerra de Corea, volvió a colocar esa industria en el mercado mundial de modo tal que pudo volver a equipar enormes sectores de sus derruidas fábricas.» Los Schlotbarone también aportaban nuevas fuerzas a la mesa de negociaciones, lo cual complacía a los norteamericanos, acostumbrados a presupuestos de defensa de setenta mil millones de dólares y a guarniciones militares gigantescas. Era un síntoma de la nueva realidad. Pero en junio de 1950 los tres aliados occidentales se mantuvieron en Alemania Occidental con siete divisiones escasas, mientras que al otro lado de la frontera de la zona había veintidós divisiones del Ejército Rojo respaldadas por el nuevo ejército de Walter Ulbricht en Alemania Oriental. Todos los satélites soviéticos se hallaban armados, provistos de artillería y de T-34. El mundo libre, según iba ahora a saberse, estaba defendido únicamente por una delgada fila de fusileros. Los refuerzos mecanizados que debían enviárseles habían sido vendidos como excedentes de guerra o como chatarra. Cuando la NATO pidió a París los planes de batalla, los desconcertados franceses contestaron que sólo podían proporcionar dos divisiones mal equipadas, una de las cuales estaba armada con antiguos tanques de Krupp, el mismo modelo que había sido hecho añicos por las divisiones blindadas rusas. Pero Francia ni siquiera disponía de los tanques alemanes Tigre, ya que éstos carecían de piezas de repuesto (25).

Estas piezas de recambio estuvieron disponibles durante un tiempo en el Hauptverwaltungsgebäude. Los franceses recordaron que los alemanes, sus antiguos enemigos en el frente occidental, casi habían derrotado a la Unión Soviética ellos solos. Cuando 1950 estaba concluyendo y el frente coreano se desintegraba bajo el peso del poderío chino, los estrategas del Pentágono se preguntaron qué debían hacer con dos factores recién descubiertos: la proeza bélica alemana, y la tradición militarista prusiana. En la guerra, un símbolo puede ser más efectivo que todo un cuerpo de ejército. El profesor Pounds escribió que para el Ruhr, «Krupp se convirtió en una leyenda. Essen debía a él su existencia como ciudad industrial, y ya en 1950 la leyenda tenía significado político». De tal modo la compleja integración de la política del Ruhr, las necesidades de la NATO y el cambio de la política en las zonas militares se combinaban con un tema, que inadvertido en aquel tiempo, resulta asombrosamente claro al examinarlo restrospectivamente (26).

Aquel verano el terror originado por los tanques norcoreanos llegó a tal punto que, según un cronista oficial del ejército de Estados Unidos, «algunas cargas de demolición preparadas no fueron accionadas, se alzaron parapetos sin que nadie los defendiese, y los obstáculos no estaban cubiertos por el fuego artillero». En setiembre, sin embargo, el comando de la ONU mantuvo a raya a los temidos T-34 en el perímetro de Pusan mediante una desesperada combinación de armas: *bazookas* de aluminio, de 3,5 pulgadas accionadas eléctricamente; cazas ametralladores Corsair con bombas de napalm y otros de 500 libras, una serie de tanques que comprendía los Sherman M-26, los Patton M-46, y los Sherman M_4A_3, que proporcionaban una superioridad de cinco contra uno ante el enemigo. Alentado, el comandante de la ONU se dirigió hasta Inchon, y haciendo caso omiso de las advertencias de la India, avanzó hacia el Yalu. Más tarde, en octubre, Pekín entró en la guerra, atacando a unos batallones australianos y escoceses situados en la orilla occidental del río Thaeyrong. Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, rápidamente anularon el tope máximo de once millones de toneladas de acero impuesto sobre Alemania, y pidieron a los barones del Ruhr que entrasen en la lucha contra el comunismo. (Por aquella época los ingenieros aliados dudaban de que los anticuados métodos del Ruhr les permitieran conseguir más de trece

millones y medio de toneladas de acero anuales. Pero no conocían a Alfried Krupp y a la nueva generación de Schlotbarone. Un tributo a su capacidad es el hecho de que a los once meses de haber sido Alfried puesto en libertad, los alemanes producían ya los trece millones y medio de toneladas; que dos años después obtuvieran otro millón más, y al siguiente año llegasen a los dieciocho millones (27).

El 21 de noviembre de 1950, Douglas MacArthur avistó el Yalu. Diez días después Alfried celebró su primera reunión de directorio desde la caída del Tercer Reich. A decir verdad, aún estaba en prisión. Pero cuatro ejércitos chinos acababan de iniciar una ofensiva en gran escala. De pronto MacArthur tuvo que retirarse sin remedio, y el director de Landsberg dispuso una gran estancia especial para los negocios del Konzern. Los directivos llegaron desde Essen acompañados por representantes del equipo legal de la Firma. Desde entonces se celebraron regularmente conferencias en la cárcel:

> «Herr Krupp tomaba asiento en la cabecera de la mesa, flanqueado por sus directores [*Herr Krupp sass am Ende des Tisches, mit seinen Direktoren auf beiden Seiten*]. Algunos de ellos fumaban cigarrillos americanos o comían naranjas o plátanos traídos desde afuera, mientras trataban con calma acerca de cifras de producción y sobre otros asuntos financieros.» (28).

La evacuación de 205.000 soldados de la ONU desde Hungnam se inició en diciembre. Simultáneamente, los representantes de las potencias occidentales, reunidos en Bruselas, eligieron a Dwight D. Eisenhower como comandante supremo de la Fuerza de Defensa Europea Occidental; los tres altos comisarios recibieron instrucciones de organizar un ejército alemán. Al regresar de Bélgica, mandaron llamar al canciller Adenauer al Petersberg Tof —la blanca mansión situada frente a Bonn, al otro lado del Rhin, donde Chamberlain traicionó a Checoslovaquia ante Hitler, antes de las formalidades de Munich—, y le pidieron que les ayudase a poner en marcha una nueva fuerza bélica alemana. Era la última vez que mandarían llamar al canciller al Petersberger Hof. Durante todo aquel año Adenauer había ido puntualmente cada tres semanas a ver a los comisarios para informar y recibir instrucciones. Todo eso se terminó con la sangre derramada en Yalu. Alemania Occidental era ahora esencialmente soberana. La decisión occidental de rearmarla no fue unánime, y Francia e Inglaterra al principio se mostraron reacias. Pero Estados Unidos insistieron, y como los norteamericanos sufrían el 58 por ciento de los muertos en Corea, Whitehall y el Quai d'Orsay se sometieron a la apisonadora de Washington, expertamente conducida por *Hoher Kommisar der Vereinigten Staaten*, John J. McCloy (29).

El 4 de enero de 1951, la semana en que los rojos volvieron a tomar Seul, el alto comisario de Estados Unidos resolvió dar otro paso adelante. «Es mejor abandonar toda una provincia que dividir un ejército», había escrito Schlieffen, y siendo el abandono del Ruhr un asunto en el que ni podía pensarse, el unir a los Schlotbarone resultaba un asunto de cierta urgencia.

El propio Krupp se dio cuenta de esta necesidad. Incluso podía decirse que la compartía. Llamarle asesor de empresa habría sido ir demasiado lejos, pero ciertamente poseía las mayores libertades concedidas a un condenado en la historia penal. El uniforme de rayas rojas se había convertido en un traje oscuro. El sombrero de fieltro, aunque invisible, parecía hallarse de nuevo en su cabeza. Conocía el resultado de la conferencia de Bruselas antes de que ésta se reuniera. En noviembre le

informaron confidencialmente sobre la decisión de Washington de que Alemania volviera a forjar su espada. La liberación de él, de Krupp, era «sólo cuestión de corto tiempo». Su hermano Berthold y Otto Kranzbühler también supieron de fuentes autorizadas que se estaba preparando una decisión de clemencia. Esperaban tenerle fuera para Navidades, y aunque eso resultó imposible, Alfried y sus ayudantes celebraron el inminente acontecimiento con una discreta fiesta de Navidad. Los comensales hicieron una prolongada sobremesa, levantándose aproximadamente a la misma hora en que los últimos efectivos de la retaguardia de la Primera División de Infantería de Marina eran desembarcados procedentes de Hungnam (30).

Los ayudantes de McCloy en Francfort decidieron conceder clemencia a Alfried veinticuatro horas antes de que las puertas de la fortaleza se abrieran por completo. Sin embargo, poco antes del día de Año Nuevo llegaron rumores a todos los encarcelados de que habría una amnistía general. Veintiuno de los veintiocho hombres condenados a muerte por crímenes de guerra, y que se hallaban en la Prisión Número Uno, incluidos todos los que participaron en los fusilamientos de Malmédy, podrían abandonar sus chaquetillas rojas. Krupp no sólo recuperaría la libertad, sino que de nuevo volvería a ser un hombre adinerado. Pero los británicos aún necesitaban tiempo para evacuar Villa Hügel, y las autoridades de ocupación dieron a entender que el restituido Konzernherr debía vender sus acciones de acero y carbón a otros industriales alemanes, como parte de un programa antimonopolio. Mientras tanto los yacimientos de hierro, las minas de carbón y las setenta y tantas empresas que valían medio millar de millones de dólares, serían suyas de nuevo.

En Washington el senador Joseph McCarthy asintió sonriente. «Sumamente acertado», comentó (31).

Tan sensibles a los acontecimientos históricos son los militares y estadistas del siglo XX, que a poco que se investigue, suele determinarse el lugar, y con frecuencia el momento exacto en que se tomó alguna gran decisión. De un fajo de notas de un traductor, por ejemplo, se deduce que el Pacto de Munich fue firmado pocos minutos después de la una de la madrugada del 30 de setiembre de 1938 en la Führerhaus de la barroca Königsplatz, en la capital bávara. La NATO, por su parte, fue concebida en la noche del 16 de diciembre de 1947, en la morada del ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, inmueble señalado con el número 22 de Carleton Terrace, en Londres, después de que Vyacheslav Molotov hubo gruñido *Nyet* un centenar de veces a los asuntos propuestos, para marcharse luego irritado en avión. Los soldados de Estados Unidos entraron en combate por vez primera contra las tropas norcoreanas precisamente a las 8,16 de la mañana del 5 de julio de 1950, al norte de Osan. En cambio, nunca se ha divulgado dónde y cuándo el Gobierno de Truman resolvió que los alemanes calaran de nuevo sus bayonetas; tampoco se sabe quién recomendó la medida, ni quedó constancia del motivo de revocar, por parte de McCloy, la decisión de un distinguido tribunal de Nuremberg y del general Lucius Clay. Poseemos la versión que circuló entre las autoridades de ocupación. A poco que se indague, esta versión se derrumba sin remedio, como una frágil historieta que se hace trizas en cuanto se realiza un leve examen (32).

Uno de estos investigadores fue la esposa de Franklin D. Roosevelt. Alarmada ante los informes relativos a Landsberg, escribió al alto comisario: «¿Por qué estamos liberando a tantos nazis?» En su respuesta, McCloy le explicó que había «heredado aquellos casos del general Clay,

quien, por una u otra razón no pudo deshacerse de ellos». Agregaba que había recibido «muchas cartas y peticiones» solicitándole que dejara de lado los reglamentos de Nuremberg, y que él consideraba «un principio fundamental de la justicia norteamericana el que los acusados tuvieran el derecho final a ser oídos...». El general Clay había reunido un consejo de apelación, y después de revisar los documentos del proceso no vieron razón alguna para otorgar el perdón. Más tarde el alto comisario manifestó a este autor que Clay, al transferirle la autoridad, habló de Landsberg y dijo: «Es un asunto endemoniado». La observación resulta razonable, ya que trasladaba la responsabilidad de las vidas de casi treinta hombres cuyas sentencias de muerte podía cambiarse por cadena perpetua con sólo un plumazo. Los gobernadores de los Estados norteamericanos suelen indultar a los condenados a muerte, pero rara vez perdonan a los condenados a prisión, y nunca nombran un tribunal de apelación para que revise la decisión de otro tribunal de igual especie. No pueden hacerlo porque es ilegal. Sin embargo, eso fue lo que hizo McCloy. En la jerga policíaca, estaba «actuando según informes recibidos». Pero se trataba de informes solicitados por una Junta de Clemencia que él mismo había nombrado, debido a que, según dijo a Eleanor Roosevelt, «a diferencia de los casos criminales en Estados Unidos e Inglaterra, no se había previsto una revisión posterior, en estos asuntos, por posibles errores legales, una vez que la corte de primera instancia los había confirmado». La correspondencia del comisario demuestra del todo que no se daba cuenta de que tal revisión, precisamente, había sido llevada a cabo por los jueces Madden y Rockwell, y el coronel Raymond (33).

La junta de apelación del general Clay se reunió en Alemania. El comisario McCloy sostuvo reuniones en Washington tres meses antes del estallido de las hostilidades de Corea. El nombramiento de los miembros de aquella junta, el 20 de marzo de 1950 es una prueba evidente, según señala acertadamente McCloy, de que su decisión de revisar los veredictos nada tenía que ver con la guerra de Corea. Todo lo concerniente a esta segunda revisión fue desusado. El comisario nombró a tres hombres con hojas de servicio impecables: David W. Peck, juez presidente de la sección de apelación del Tribunal Supremo de Nueva York; Frederick A. Moran, presidente de la Junta de Libertad Condicional de Nueva York, y el general de brigada Conrad E. Snow, consejero legal adjunto del Departamento de Estado. Se la llamó «Junta Peck». Entonces el comisario les encomendó una tarea imposible. Los abogados de Clay dispusieron de siete meses para considerar un solo caso. McCloy dio a la Junta Peck sólo cinco meses para que revisaran los doce juicios de Nuremberg que siguieron al del Tribunal Militar Internacional; es decir, un estudio completo de los casos celebrados contra 104 acusados cuyos procedimientos exigieron un total equivalente a cinco años judiciales, y cuyos expedientes, aparte de testimonios y otros documentos similares, tenían diez veces la extensión del gran diccionario Webster y comprendían 330.000 páginas, un montón de hojas de cerca de cuarenta metros de altura.

En Munich, el juez, el funcionario de la junta de libertad condicional y el general se reunieron durante cuarenta días. Después de leer los doce veredictos —sólo éstos comprendían tres mil páginas—, les fueron presentados unos abogados alemanes que integraban el Consejo para Petición de Clemencia de Criminales de Guerra. La Junta Peck se dispuso a escuchar sus alegatos. Cuando después informaron de sus conclusiones al alto comisario, el 28 de agosto de 1950, manifestaron que habían examinado los procesos, que Moran entrevistó a cada uno de los prisioneros

de Landsberg, y que cincuenta abogados que representaban a noventa acusados declararon ante la junta.

Eso resultaba impresionante, y parecía razonable. Pero no lo era. Ninguna corte de apelación pretendería nunca cambiar un veredicto de un juez —y debe tenerse en cuenta que Krupp fue declarado culpable por tres eminentes magistrados de tribunales de apelación—, sin antes solicitar declaraciones tanto de la defensa como de la acusación. En los procedimientos ante la Junta, se escucharon las declaraciones de los abogados de los condenados, permitiéndoseles que hicieran extensos comentarios. Pero no había réplicas. Según Telford Taylor señaló en su propia carta a Eleanor Roosevelt, «hasta en un proceso de clemencia ante el gobernador de cualquiera de nuestros Estados, se procura obtener los puntos de vista del abogado del distrito y del juez que falló el caso. Ninguna de estas prácticas elementales fue observada por el señor McCloy» (*) (34).

Hacia el verano de 1950 el equipo de la acusación que había condenado a Krupp en 1948 se hallaba disperso por todo el mundo. El general Taylor se preparaba para unirse a los efectivos de la nueva contienda; la mayor parte de aquellos que le habían ayudado se retiraron a la práctica privada de la profesión. La junta pudo escribirles, pero no lo hizo. Pudo haber solicitado el parecer del tribunal, ya que estos jueces ni siquiera sabían que su veredicto estaba siendo reconsiderado. Pero el desdén por los compatriotas que se habían sacrificado durante dos años por lo que esperaban que fuera un nuevo código de ley internacional, fue más allá que todo eso.

Dio la coincidencia de que uno de los principales acusadores de Nuremberg se hallaba presente durante las deliberaciones del nuevo consejo de apelación. Como oficial del ejército, Benjamin B. Ferencz había entrado en los recién conquistados campos de concentración cuando los hornos de los crematorios estaban aún calientes. Fue uno de los primeros miembros de la Comisión de Crímenes de Guerra, y ahora, cinco años más tarde, se hallaba todavía en Alemania. Su misión, precisamente, consistía en restituir las propiedades de los judíos asesinados a sus herederos. Al enterarse de la revisión de la junta, escribió a cada uno de los tres integrantes, explicándoles que había sido consejero ejecutivo de Telford Taylor durante los procesos, y que se ponía al servicio de la nueva comisión. Recibió una breve nota del secretario de la junta, informándole que ésta le haría saber si se le necesitaba. No le llamaron, y Ferencz, por curiosidad, se presentó de vez en cuando durante las deliberaciones de la Junta Peck. En su primera visita, cuando se iniciaban los nuevos interrogatorios, encontró los documentos del proceso de Krupp. Estos se hallaban embalados en unos cajones de algo menos de dos metros de largo, curiosamente conformados como ataúdes. Sabiendo las pruebas que había dentro de aquellos cajones, Ferencz se preguntó cuándo les quitarían las tapas. Pero éstas no fueron quitadas. Una vez que McCloy hubo liberado a Alfried, Ferencz pasó por última vez, y vio que ni un solo clavo había sido quitado de los cajones (35).

(*) Con el permiso de Eleanor Roosevelt, el alto comisario reprodujo la carta que le envió a ella en el **Information Bulletin**, publicación oficial de la ocupación norteamericana. El 29 de junio de 1951, Taylor, habiendo recibido el mismo permiso de ella, pidió al **Information Bulletin** que imprimiese su respuesta a McCloy. El editor, H. Warner Waid, ni siquiera acusó recibo a esta petición. Tras esperar once semanas, Taylor escribió de nuevo a Waid, el 14 de setiembre, solicitando la publicación «para corregir algunos errores perjudiciales aparecidos en la carta del señor McCloy a la señora Roosevelt, que usted editó en su número de mayo». De nuevo se ignoró el requerimiento. Este gratuito insulto a un general de Estados Unidos, que había servido al Secretario de Justicia y al Senado como experto legal, indica lo mucho que habían cambiado las cosas en la zona norteamericana desde los veredictos de Nuremberg.

Con esto no queremos sugerir que el comisario considerase su mandato a la ligera. Examinar todos los archivos resultaba imposible. Un lector de los más rápidos, capaz de asimilar mil doscientas palabras por minuto, no hubiera podido imponerse de los documentos de Nuremberg en menos de diecisiete meses. John J. McCloy era, entre otras cosas, responsable de la administración de un tercio de la Alemania occidental. Pudo haber quedado perfectamente justificado al delegar todo el caso Landsberg en la junta, pero le preocupaban los condenados. Ferencz le consideraba «generoso y amable, con deseos de tener una atención con los alemanes». Fuese cual fuere la presión que recibiera de Washington, y por fuerte que resultara la influencia de la matanza de jóvenes norteamericanos en Corea, McCloy se hallaba genuinamente preocupado por el veredicto de Krupp. «Le juzgamos con prejuicios —me dijo más tarde—, y la confiscación de sus bienes me inquietó. Consulté con mis colegas franceses y británicos, y ellos se mostraron de acuerdo conmigo. Mi parecer —sólo era eso—, es que Alfried era un amigo de la buena vida, y que tenía escasas responsabilidades en el asunto. Consideré que había expiado ya sus culpas, fueren cuales fuesen, con el tiempo que pasó en la cárcel. Bueno, no hay duda de que ayudó a los nazis desde el comienzo; tenía poco carácter» (36).

Al pensar en los ciento cuatro condenados, y decidido a tocar todos los resortes posibles en el escaso tiempo de que disponía, el *Hoher Kommissar* se trasladó personalmente a Landsberg y habló con muchos cuyo futuro, si lo tenían, estaba en sus manos. («Algunos, especialmente los generales, se mostraron arrogantes, y deliberadamente me volvieron la espalda. Pero otros fueron más razonables, se acercaron y me estrecharon la mano.») Por alguna razón desconocida no llegó a ver a Krupp. («Más tarde nos encontramos en reuniones sociales, desde luego.») La confrontación hubiera sido interesante. Uno no puede imaginar mayor contraste de personalidades. Los dos eran hombres con mentes de primer orden, pero el norteamericano tenía un fondo humano y comunicativo; el alemán era casi inabordable. Es probable que Alfried no hubiera vuelto la espalda a McCloy, pero sin duda le habría mirado fríamente. Aunque decepcionase a los cronistas, el que no se produjese este encuentro seguramente fortaleció la objetividad del alto comisario. «Actué en dos sentidos con la junta de revisión —manifestó años más tarde—. A veces yo era más duro de lo que sugerían, y otras más flexible. Pero en el caso Krupp las recomendaciones de los tres fueron unánimes» (37).

Al escribir a este autor, mucho tiempo después de ocurridos los sucesos, el juez Peck —uno de los tres miembros de la junta— se mostró en su carta sumamente impreciso acerca del consejo dado por el triunvirato sobre la solución del asunto Krupp. «No puedo proporcionarle la información que me solicita —me confesó—, porque no recuerdo bien el asunto.» No es de extrañar. Más de un centenar de condenados, tres mil páginas de veredictos, solicitudes de cincuenta abogados que hablaban una lengua extranjera, deliberaciones y presentación de informes en un torbellino de sesiones, todo ello hacía que resultase un conjunto confuso, del que poco podía acordarse. No obstante, resulta bastante asombroso que en otra carte de Peck éste citase a Earl J. Carroll como uno de los abogados defensores de Alfried Krupp (38).

El paria de Nuremberg, el «pretendido abogado» de una «pretendida firma legal», regresó apresuradamente. El equipo de abogados de Krupp resolvió que necesitaban más que nunca un letrado norteamericano, sobre

todo después del veredicto emitido en Nuremberg. Aunque el Tribunal Supremo de Estados Unidos se declaró incompetente para intervenir en el caso, la amenaza de confiscación seguía siendo tan imprecisa como anteriormente. El Konzern parecía destinado a mantenerse en suspenso durante una eternidad. Carroll era la imagen misma de la confianza. Hablaba el idioma de la Junta Peck, y se dispuso a escribir una vez más un recurso de apelación para presentarlo en Munich.

Allí las aguas se volvieron sumamente turbias. Según el posterior relato de Carroll, éste dijo a Clay que la orden de confiscación «favorecería los designios comunistas». Ahora volvió a insistir sobre el tema ante McCloy. Este no recuerda haber sostenido conferencia alguna con Carroll, y es poco probable que una entrevista semejante hubiese favorecido a la causa de Alfried. Para el alto comisario, el californiano seguía estando inhabilitado en sus funciones, y era un expatriado de fama poco recomendable. En consecuencia, Carroll no trató con él, sino con la Junta Peck. En ausencia de la parte contraria, sus argumentos sin duda resultaron convincentes. Transmitidos a la oficina del alto comisario por la Junta, formarían el núcleo de la postura pública de McCloy. Tres de ellos son característicos: *1)* Alfried detentaba realmente una posición «bastante secundaria» (*) en la Firma. *2)* Bajo las leyes norteamericanas los bienes sólo podían ser confiscados si se habían adquirido mediante actos ilegales, lo cual no era el caso del capital de Krupp anterior a la guerra. *3)* Era evidente que el cliente de Carroll había sido víctima de diferencias nocivas, puesto que fue el único criminal de guerra cuyas propiedades se confiscaron, ya que Flick y Farben, por ejemplo, retuvieron sus posesiones (39).

Una respuesta adecuada hubiera puesto de manifiesto, respecto a los puntos anteriores: *1)* Una circular interna de la Firma declaraba, en 1943, que Alfried Krupp asumía «la plena responsabilidad y dirección de la empresa». *2)* Los juicios de Nuremberg no fueron regidos por estatutos norteamericanos, sino por una ley promulgada por la coalición de cuatro potencias que habían derrotado al Tercer Reich y en la que se especificaba la «confiscación de propiedades» de aquellos que fueran declarados criminales de guerra. *3)* Krupp no fue el único industrial condenado a esta pena. Además, los casos de Flick y Farben eran diferentes. ya que estos industriales usaron mucho menos los esclavos como mano de obra, y ambas firmas eran sociedades anónimas.

La confiscación, en estos casos, habría sido como decretar la anulación de todas las acciones de la General Motors, por ejemplo, debido a delitos de los directores. La administración y la propiedad, en el caso de la empresa Krupp, recaía sobre una sola persona, lo que hacía justa la apropiación de sus bienes. Aquí la acusación pudo haber hecho una delicada pregunta, que no se hizo en aquella época. Si la Junta Peck consideraba que el Konzernherr no tuvo que ver demasiado con la dirección de su empresa, ¿por qué proyectaba liberar a todos sus directores junto con él? (40).

Durante cinco meses las recomendaciones de la Junta Peck descansaron en el escritorio de McCloy. Las noticias mundiales eran cada vez peores. «Las tropas norteamericanas —informaba un telegrama de servicio— están recibiendo un terrible castigo en Corea, de manos de los

(*) Mucho más tarde, Rawlings Ragland comentó mordazmente: «Me atrevería a decir que jamás el único propietario de una empresa de medio millar de millones de dólares ha sido descrito como ocupando "una posición bastante secundaria"». (Ragland a WM, 19-3-63).

chinos comunistas, y las fuerzas de la ONU, especialmente nuestros soldados, se retiran al sur de Seul». El general MacArthur preguntó al Pentágono si Washington había considerado la posibilidad de verse expulsado del todo de Corea. En la Colina del Capitolio, el «gran debate» sobre la vulnerabilidad de Europa se había iniciado. El senador Robert A. Taft dijo que el presidente ya había «usurpado autoridad» al defender a Corea del Sur, y no tenía derecho a incrementar la potencia de las armas norteamericanas en el continente. En la discusión pública, Herbert Hoover agregó que un aumento semejante no tendría objeto alguno, ya que si los rusos atacaban Alemania Occidental, sólo se les podría combatir mediante transportes aéreos. El 17 de enero, Pekín rechazó una nueva llamada de paz de la ONU, y el alto comisario preparó su declaración de amnistía, que iba a ser anunciada dos semanas más tarde.

Krupp no lo sabía, pero su hermano ya estaba al corriente de los hechos. Al pensar en lo bajo que la dinastía había caído desde el hundimiento, sintióse Berthold como si llegara «al final de un prolongado invierno». Earl J. Carroll mostró su júbilo. En el otoño de 1946 escapó a su patria bajo la amenaza de un consejo de guerra. Ahora era rico. El importe de la comisión que recibió de Krupp es objeto de controversias, pero ciertamente resulta un hecho histórico. En 1954 una revista publicó una entrevista sostenida con él, informando que «las condiciones del empleo de Carroll eran sencillas. Debía sacar a Krupp de la cárcel y restituirle sus propiedades. Los honorarios serían del cinco por ciento de todo lo que pudiera recobrar. Carroll sacó a Krupp y recuperó su fortuna, recibiendo por su tarea de cinco años una suma aproximada de veinticinco millones de dólares».

Kurt Schürmann, Friederich von Batocki y Gertrud Stahmer-Knoll, tres miembros del personal legal y estable de la Firma, admiten que si bien la suma era «muy elevada», no lo fue tanto como se dice en la revista, y oscilaba entre los dos y los tres millones de dólares. Los corresponsales extranjeros del *Daily News* de Chicago, y el *Daily News* de Nueva York, calcularon que Carroll recibió dos millones, y el coronel Robinson, que le ayudó a preparar el caso, obtuvo otros dos millones. En un punto hay acuerdo general: el abogado quería su comisión en efectivo. Terminadas las negociaciones sobre los detalles de la restitución, dos años más tarde, Carroll dijo adiós al Ruhr. Algunos aseguran que se retiró a Massachusetts; otros informaron que seguía en Alemania, ganando cien mil dólares al año. En cualquier caso, su relación con la casa de los Krupp terminó allí, si bien la había servido con toda competencia (41).

El miércoles 31 de enero de 1951, Radio Francfort estaba describiendo la odisea de un regimiento francoamericano cercado a doce millas al norte de Yoju, cuando un locutor interrumpió la noticia para dar el anuncio oficial de las amnistías concedidas a los criminales de guerra por el alto comisario de Estados Unidos. McCloy había liquidado el caso de Alfried firmando dos documentos: con uno le liberaba, y con el otro le restituía su fortuna. Manifestó: «No puedo hallar una culpabilidad personal en el acusado Krupp, que le distinga de los demás sentenciados por los tribunales de Nuremberg». Evidentemente, Alfried quedaría sujeto a la ley 27 de la Alta Comisaría Aliada («Reorganización de las industrias del carbón, el hierro y el acero»), pero las pertenencias le serían restituidas, porque, según declaró el *Hoher Kommissar,* la confiscación de propiedades «repugna nuestro concepto norteamericano de la justicia». Una vez que el general Thomas T. Handy, comandante en jefe del Comando Europeo de Estados Unidos, hubo avalado con su firma los documentos correspondientes, 101 prisioneros fueron liberados de la fortaleza de Landsberg (42).

En Essen, y en el número 16 de la calle Wallotstrasse, frau Ewald Löser escuchó atentamente mientras leían los nombres. Al final se echó a llorar. Su marido no estaba entre los liberados. No se había concedido el perdón al único antinazi de la Firma. Por razones que nadie se explica —McCloy lo llamó «un tremendo error»—, el superviviente de los calabozos de la Gestapo seguiría en su celda de Landsberg cinco meses más. Enfermo, le dejaron en libertad el primero de junio, y su esposa le llevó a restablecerse a un hospital de Recklinghausen (*) (43).

John McCloy supuso que de no haber actuado como lo hizo en el caso Krupp, habría sido acerbamente criticado (según sus palabras, hubiese habido «un infierno de aullidos, si dejo que la confiscación siguiera adelante»). Resulta desconcertante que pensara de esa forma. Los que gritaban fueron escuchados, y ahora se habían calmado. «McCloy hizo lo único justo que podía hacerse», manifestó Otto Kranzbühler. Louis Lochner, un decidido partidario de los industriales alemanes, consideró que la decisión del alto comisario era «clara y lógica». En su opinión, el restablecimiento de los bienes era «lo que correspondía, según la moral y los usos norteamericanos». Y uno de los dirigentes más respetados del PSD declaró que «si los yanquis creen realmente en la inviolabilidad de la propiedad privada, no cabría otra elección» (44).

Los dirigentes del partido más fuerte de Alemania comenzaron entonces a acusar a los capitalistas de Occidente y al Gobierno de Bonn, de confabularse para restaurar en su puesto a «los antiguos jefes de la política y la economía». Y luego agregaban: «Hemos llegado una vez más al punto en que comienza la catástrofe alemana». A decir verdad, muchos de los recientes enemigos del Reich no disimularon su cólera. Ningún acto de la ocupación creó un mayor choque emotivo que la anulación del veredicto de Krupp por parte de McCloy. La torpe manera en que a veces se hicieron las protestas, era como remover una vieja herida. El juez Wilkins, hojeando un periódico de Seattle en su despacho de los tribunales, se enteró del asunto por una pequeña nota cablegráfica. En seguida escribió a McCloy: «Como usted debe de saber, las decisiones de los jueces son a menudo revocadas, pero al menos éstos tienen ocasión de conocer las razones, leyendo los informes previos». En Washington, Joseph W. Kauffman, que había integrado el equipo acusador, calificó la liberación de Alfried de «apaciguamiento de los alemanes»; Max Mandellaub afirmó que la clemencia resultaba ilegal en tales circunstancias, mientras que en Nueva York, Cecelia Goetz se reprochó a sí misma amargamente por persuadir a los Kruppianer para que declarasen contra Krupp, pues se dijo que éste tomaría ahora represalias contra ellos. Elizabeth Roth, cuya herencia consistía en una fotografía barata y el recuerdo de su familia asesinada, se preguntó por qué el derecho a la propiedad debía ser más sagrado que el derecho a la vida (45).

Jacob J. Javits, del Congreso norteamericano, protestó ante el secretario de Estado, Dean Acheson, pidiendo que la familia fuera multada con la totalidad de su fortuna, por «delitos contra la humanidad». Los veteranos de guerra judíos denunciaron el caso como «una afrenta a la justicia». En el *New York Times*, Drew Middleton escribió lleno de resentimiento: «Algún día la familia Krupp volverá a Villa Hügel, y los talleres Krupp volverán a hacer toda clase de armas con las que una nueva

(*) En agosto, el veredicto de confiscación de bienes de Hermann Röchling —el cual contaba entonces setenta y ocho años—, fue derogado, y el «Krupp del Sarre» volvió a su casa para morir poco después (NYT, 21-8-51).

generación de europeos será asesinada. Como acostumbran a decir en el Ruhr, "hay que ver las cosas prácticamente"» (46).

Esa fue la reacción en Estados Unidos, y fue relativamente suave. Como hizo notar un articulista en una edición del *Times,* hubo «una notable diferencia entre las actitudes europeas y norteamericanas hacia gentes como los Krupp». La posición británica quedaba resumida en una caricatura de Vicky en el *News Chronicle,* de Londres. Hitler y Goering aparecen leyendo el titular de un periódico que dice «KRUPP LIBERADO», y el Führer manifiesta: «Tal vez debimos resistir un poco más». Un inglés anónimo dejó una corona «A los asesinados por Krupp», ante un monumento del Hyde Park; Winston Churchill se puso en pie en los Comunes para hablar con vehemencia, y el primer ministro Atlee hizo una declaración —descabellada, desde luego—, según la cual «no hay duda de que debe permitirse a Krupp asumir bien la propiedad o bien el control de su antiguo imperio industrial». Los periodistas de Flett Street no se mordieron la lengua. El *Observer* manifestó: «La decisión norteamericana significa que unos peligrosos lunáticos están de nuevo en libertad». El *Sunday Pictorial* dibujaba a Bertha Krupp como una anciana que se frotaba las manos «con deleite», porque su hijo mayor estaría produciendo cañones dentro de poco; y las caricaturas del *Daily Express* y el *Sunday Express* representaban a Bertha y Alfried como engendros repugnantes. Al otro lado del canal, la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea Nacional Francesa aprobó una moción de crítica y la envió a Francfort. *Paris l'Aube* aconsejó a Alfried «¡Piérdete! ¡Estamos hartos de ti!», y *Paris Presse* vio «todo lo que los franceses detestaban de Alemania —el espíritu prusiano, el pangermanismo y el militarismo—, avanzando de nuevo» (47).

McCloy se mostró entre asombrado e irritado ante tales reacciones. Los ultrajes inferidos desde París y Londres le parecían incomprensibles. A diferencia de los altos comisarios británico y francés, que nunca le consultaron, él siempre solicitó sus puntos de vista, antes de tomar una decisión importante. Ambos fueron invitados a opinar acerca de la situación de Krupp, si bien es cierto que un norteamericano daba la libertad a Krupp, en Inglaterra y Francia se olvidaba que de no haber sido por los predecesores de McCloy, no se hubiese condenado a Krupp. McCloy se mostraba especialmente indignado con los británicos. La actitud reprobadora de Churchill y Atlee le parecía pura hipocresía. Alfried dependió de la responsabilidad de ellos. Fue detenido y encarcelado por vez primera en la zona británica, donde se hallaban la mayor parte de sus propiedades. Le entregaron a Estados Unidos porque no se hallaban interesados en procesarle, y dos años y medio después de que el tribunal de Nuremberg dijo a Alfried que debía perder todas sus propiedades, los ingleses no se habían apoderado de una sola compañía de la firma Krupp.

En una carta dirigida a un amigo del Stanford Research Institute, McCloy expresó así su disgusto:

> «Estoy totalmente asombrado por la reacción inglesa ante la liberación de Krupp. En primer lugar, los ingleses se negaron a procesar a ningún industrial, y más bien nos tacharon de vengativos, por haberlo hecho nosotros. Pudieron juzgar a Krupp, de haberlo querido, pero desde el comienzo indicaron que no tenían interés... Ahora, cuando dejamos salir a este hombre tras haber pasado cinco años o más en la cárcel, los periódicos ingleses arman un gran alboroto, queriendo dar a entender que tomé esta decisión como un asunto de conveniencia. Ciertamente, que para mí era

mucho más cómodo no tratar el caso de Krupp. Pero... no veo razón para mantener a este hombre en la cárcel sólo porque lleva el nombre de Krupp. De todos los lugares, de donde menos crítica esperaba era de Inglaterra, en este caso (48).»

McCloy terminaba observando que «en una decisión como ésta, uno sólo puede seguir los dictados de su propia conciencia, y no la probabilidad de una aprobación o una crítica». No podía haber duda alguna de que el alto comisario era un hombre consciente, voluntarioso y decidido a que se hiciera justicia. La sinceridad ilumina cada una de las líneas que escribe. Era tan desinteresado como podía serlo un hombre en la difícil situación en que él se hallaba. No actuó como instrumento de nadie, sino que hizo lo que creía que estaba bien hecho.

Y sin embargo...

Su visión era muy limitada. Así, McCloy escribió a Eleanor Roosevelt: «Después de un detallado estudio de este caso, no puedo convencerme de que Alfried *(sic)* Krupp mereciese la sentencia que se le ha impuesto». Es singular el hecho de que alguien que hizo un estudio completo sobre los procedimientos de Nuremberg, pudiese confundir a Alfred Krupp con Alfried Krupp, y este lapso aparece más de una vez en la correspondencia de McCloy durante el año 1951. La verdad parece ser que *nadie* relacionado con la decisión de otorgar clemencia examinó a fondo los documentos. Si bien la respuesta del alto comisario al juez Wilkins insinuaba unos descubrimientos recientes («Las pruebas, algunas de las cuales eran nuevas, indicaban una responsabilidad bastante menor de su parte, si es que tenía alguna»), esas revelaciones no se citaban, como debió hacerse con un miembro del tribunal cuya decisión se había revocado (49).

Hubo otras anomalías en la correspondencia del alto comisario, en ese año. Aseguró a la esposa de Roosevelt: «Mis hallazgos no tienen validez en lo que concierne a la situación de las fábricas de Krupp. La mayoría de éstas han sido desmanteladas..., lo que queda está sometido a desconcentración». Sin embargo, ese mismo mes sugirió a Wilkins una duda acerca de la posibilidad de aplicación de esa ley: «Krupp, según se me informa, no tratará de volver al negocio del acero, pero no puedo decir si esta decisión es sólo pasajera, y se alterará con el tiempo».

Una y otra vez repetía McCloy que había «heredado esos casos» del general Clay, que Krupp tenía derecho a apelar, que la revisión era necesaria para enmendar «posibles errores legales o de actuación», si bien no enumeraba esos errores, que tal vez hubieran sido rebatidos por un abogado acusador. En algunos momentos las explicaciones que daba en sus cartas llegan al borde del sofismo. El decreto de confiscación, según él, había sido «ya parcialmente rescindido por el general Clay» (éste se había limitado a señalar que no podía aplicarse fuera de la zona norteamericana), y en sus referencias a los trabajadores extranjeros se limita a mencionar el «uso» que Krupp hizo de ellos, y no a la forma como los trató, que era la dura roca sobre la que Telford Taylor edificó todo su caso (50).

Evidentemente, el alto comisario no se hallaba familiarizado con el mandato de acusación de Taylor. Lo que oyó era lo que Alfried había contado al tribunal, y que volvió a relatar en su apelación a Clay. Sus abogados, posteriormente, ofrecieron una versión de esa declaración a la Junta Peck. Esta la aceptó, por no haber quien contradijese los argu-

mentos, y la pasó a McCloy. Así vemos al alto comisario empleando, en la decisión de clemencia, los mismos argumentos que le fueron rechazados a un acusado al que por ello condenaron. He aquí algunos ejemplos:

KRUPP	McCLOY
Acerca de los prejuicios contra su familia.	
«...El nombre de Krupp se hallaba en la lista de criminales de guerra... debido a un concepto que es tan antiguo como falso: Krupp quería la guerra, y Krupp hizo la guerra.» (Al tribunal de Nuremberg, 30 de junio de 1948.)	«En cuanto al particular caso de Alfried Krupp, encuentro difícil comprender la reacción, sin otra base que el efecto de un nombre famoso.» (A Javits, 1 de mayo de 1951.)
Sobre prejuicios hacia los fabricantes de armas.	
«Aunque no teníamos conciencia de culpabilidad alguna de guerra, estábamos familiarizados con el antiguo mito de las culpas de la industria del armamento.» (Al general Clay, 21 de agosto de 1948.)	«Es cierto que el nombre de Krupp aparece como atributo de la industria alemana de armamentos. Pero no estaba relacionada con un símbolo.» (A Javits.)
Acerca de Alfried, como cabeza de turco.	
«Me considero como el sucesor de mi padre en este banquillo de los acusados... Estoy aquí en lugar de mi padre.» (Al tribunal.)	«Es verdad que el nombre de Krupp se ha convertido en símbolo del mal: de la industria de armamentos alemana; yo estaba relacionado, no con un símbolo, sino con la culpabilidad de un individuo, Alfried *(sic)* Krupp.» (A la señora Roosevelt.)
«Debido al estado de su salud, (Gustav) no fue acusado. En consecuencia, mis ayudantes y yo hemos sido procesados.» (A Clay.)	«...Su padre se hallaba en su lecho de muerte cuando estos juicios tuvieron lugar, y este Krupp (Alfried) era el siguiente en la línea de descendencia.» (A la señora Roosevelt.)
«Jamás entendí cómo llegué a ocupar el lugar de mi padre en el proceso.» (A Clay.)	«Me siento inclinado a pensar que el hijo ocupó el lugar del padre en el banquillo, sobre todo porque su padre se hallaba agonizando por aquellas fechas.» (A Javits.)

Krupp	McCloy
Acerca de la confiscación.	
«Le ruego que anule la confiscación de mis propiedades... como acto ilegal.» (A Clay.)	«Este hombre, como usted sabe, no era el verdadero Krupp..., sino un hijo que sólo se hizo cargo de la dirección estando ya comenzada la guerra, y que ejerció muy escasa influencia, si la tuvo, en la administración de la compañía.» (A Karl Brandt, en Stanford.)
Sobre los delitos contra la humanidad.	
«Parece ser que el tribunal cree que aprobé el "programa de trabajadores esclavos", y lo exploté en favor de la Firma. Para mí, el reclutamiento y asignación por parte del Gobierno de mano de obra a la industria del armamento era una medida de economía bélica que no podíamos evadir, como tampoco otros muchos reglamentos, durante la guerra.» (A Clay.)	«Nadie más sufrió la confiscación de su propiedad privada.» (A la señora Roosevelt.) «...En ningún otro caso fue confiscada la propiedad personal de un individuo.» (A Brandt.) «También encontré muy dudoso que (Alfried) tuviera alguna responsabilidad en el empleo de trabajadores esclavos en las fábricas de Krupp.» (A Javits.) «Por otra parte, fue condenado apoyándose en el empleo de trabajadores esclavos. Todas las fábricas de cierta importancia del Ruhr poseían mano de obra forzada, la cual era asignada por el Gobierno y supervisada por los SS y SD, teniendo las compañías poco o nada que ver con las condiciones en que "esos trabajadores" eran utilizados.» (A Brandt.)

Tan semejantes son los paralelos, que si el alto comisario hubiera sabido que Alfried había dicho esas cosas, se habría cuidado mucho de repetirlas. El juez Peck y sus dos colegas también hombres íntegros, debieron compartir igual ingenuidad. Inevitablemente algunos aspectos de la decisión de clemencia resultan oscuros. Todo el mundo estaba en gran parte pendiente de lo que ocurría en la península coreana. Las tropas de MacArthur acababan de sufrir una grave derrota. Bajo tales circunstancias los escarmentados gobiernos se retraían, haciendo su política en privado. Los norteamericanos de Alemania eran, después de todo, subordinados. No hay forma de saber si las figuras clave de niveles secundarios recibieron órdenes urgentes de Washington, y considerando que la

seguridad de Occidente se hallaba en peligro, calladamente se hizo rectificar el sumario de la culpabilidad de Krupp. El alto comisario y su junta de revisión no habían visto nada del antiguo escenario, de los actores, del ambiente y del público. Todo aquel que está impuesto en los procedimientos de las grandes potencias, sabe lo fácilmente que se hacen estas cosas, tan pronto se da una orden al hombre adecuado. Una vez dada la orden, la tarea se completa mediante peritos en códigos secretos, traductores, ayudantes especiales y, desde luego, abogados. Pero todo lo anterior, insistimos, es pura especulación. Si algo de eso ocurrió, ha quedado oculto entre la bruma burocrática.

Lo único que conocemos a ciencia cierta son los resultados. Al revocar el veredicto, el procónsul de los Estados Unidos en Francfort reafirmó, realmente, la concesión especial que Adolf Hitler, agradecido, otorgó a Alfried ocho años antes, afirmando que, contrariando las leyes hereditarias del Reich, *die Firma* debería ser propiedad exclusiva del hijo mayor de Bertha. Al propio tiempo que retrasaba el calendario del Ruhr a 1943, McCloy también hizo una serie de declaraciones inexactas que perjudicaron a los generales Taylor y Clay, y al tribunal. En cuarenta días su Junta de revisión trastrocó años de interrogatorios y de laboriosas investigaciones, poniendo en duda la capacidad y hasta la integridad de todos ellos. Precisamente uno de estos afectados recordó amargamente el testamento político de Hitler, escrito en su bunker de Berlín menos de veinticuatro horas antes de quitarse la vida. Pronosticando que las democracias occidentales solicitarían un día que Alemania se uniera a ellas contra Rusia, el Führer dictó a una de sus secretarias, frau Gertrud Junge: «...La semilla que había sido sembrada, un día iba a conducir al glorioso renacer del Movimiento Nacional Socialista *(zur strahlenden Wiedergeburt der nationalsozialistischen Bewegung)* de una nación realmente unida» (51).

Aunque el nacionalsocialismo seguía estando desacreditado, el sueño de una nación realmente unida parecía estar más próximo para muchos que en la tarde de enero de 1951. Pero los poderes de una superpotencia también se hallan limitados. El virrey de Francfort podía perdonar a Alfried Krupp. Sus portavoces podían unirse a los periodistas alemanes en la crítica de aquellos que le habían condenado. Sin embargo, no se podía cancelar una sola línea escrita, ni anular una sola palabra de historia. Ni siquiera podía escribirse de nuevo el informe de la Junta Peck, que en la página 17 de su introducción había declarado que mientras la clemencia era su meta, «ninguna ley podía ser invocada para defender el asesinato de judíos y gitanos, la esclavización y el cruel trato de masas de gentes, y el amplio programa... que determinaba quién debía ser liberado, y quién esclavizado o eliminado». El informe proseguía: «El crimen, el pillaje y la esclavitud están fuera de la ley en todas partes, y así han estado, al menos durante el siglo veinte» (52).

Asesinatos, pillaje, esclavitud, y el cruel tratamiento de las masas había sido practicado en una gran escala dentro del Konzernherr, el *Staat im Staate,* en la última efusión de nacionalsocialismo. La decisión tomada en Nuremberg era legal. Una gran parte de los jefes de publicidad del Hauptverwaltungsgebäude —entrenados ahora en Madison Avenue—, sigue protestando contra el fallo, pero parafraseando al juez Jackson, «Krupp se colocó en el epílogo de su proceso como un ensangrentado Gloucester junto al cuerpo de su rey asesinado. Gloucester dijo a la viuda, como Krupp: "Yo no les maté". Y la reina contestó: "Entonces di que no fueron asesinados, pero muertos están"». Si fuera a decirse que Krupp no era culpable, sería tan cierto como afirmar que no hubo fábrica de espoletas en Auschwitz, ni campos de concentración en la compañía, ni

jaula en el sótano, ni cadáveres, ni matanzas, ni crímenes, ni guerra (53).

El autor de este libro entregó a John J. McCloy un resumen de las discrepancias entre las declaraciones de éste en 1951, y las relativas a Alfried en el proceso de Nuremberg. El alto comisario, ya retirado, las leyó cuidadosamente, luego se las devolvió, e hizo el siguiente comentario: «Esta es una antigua historia». Para entonces ya era realmente historia, aunque no muy antigua. Pero el asesinato del rey Eduardo V, de trece años, y de su hermano más joven en la Torre de Londres, es una cuestión bastante diferente. Ocurre en las primeras semanas del mes de agosto de 1483, y a semejanza de lo sucedido con tantas figuras legendarias de la historia el tío de la víctima, que contaba treinta y un años, se convirtió en rey de Inglaterra como Ricardo III. Pero este hecho se ha visto deformado al contemplárselo a través del prisma del tiempo.

Gran Bretaña floreció durante el breve reinado de Ricardo III, ya que éste era un innovador y puso en práctica sabias medidas legislativas, aparte de lo cual actuó como un enérgico administrador. Su error fatal, a los ojos de sus contemporáneos, era su «innata ferocidad». Otro cronista escribió: «No era un monstruo, pero sí un hombre característico de una época de extrañas contradicciones en los caracteres, de cultura mezclada con crueldad, y de temperamentos emocionales capaces de lograr elevados fines, aunque los medios fueran poco escrupulosos».

Sus acciones fueron su error. A pesar de su valentía personal, murió en Bosworth Field porque los ingleses estaban convencidos de que había sido responsable de la muerte de los dos príncipes en la Torre, «por cuya causa —nos cuentan las *Chronicles of London*—, el rey Ricardo perdió el corazón de su pueblo».

En esto Gloucester se diferenció de Krupp, el cual salió de entre las macizas puertas de Landsberg cuando daban las nueve de una mañana invernal, siendo la fecha el sábado 3 de febrero de 1951, y dirigió a los otros veintiocho prisioneros liberados con él, incluidos cuatro antiguos generales, a través de una espesa neblina de color grisáceo. Entonces Alfried oyó un griterío, acompañado del rumor de mucha gente que se acercaba corriendo, y descubrió que se había convertido en un ídolo nacional (54).